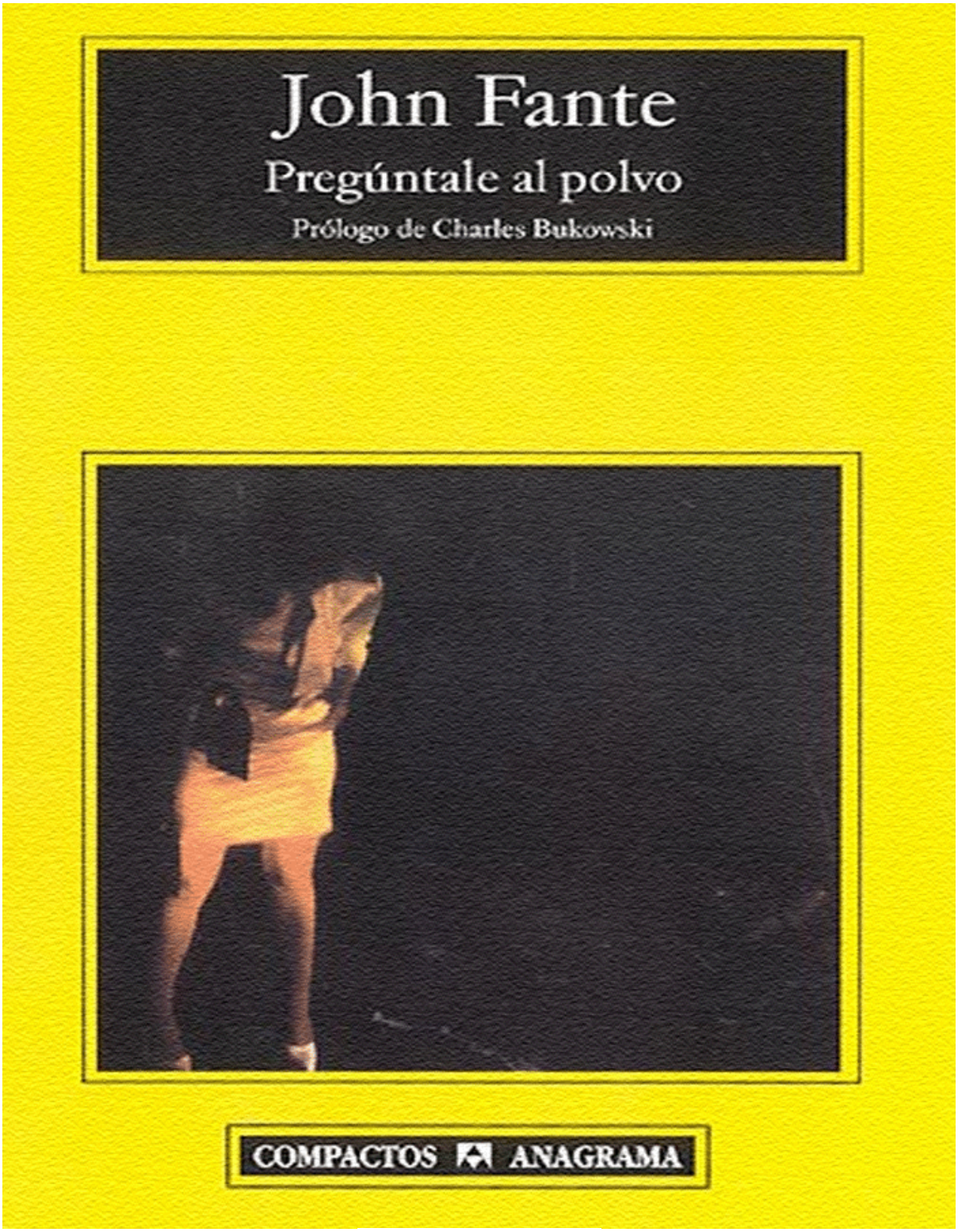
# Pregúntale al polvo
John Fante




LIBROdot.com
http://www.librodot.com

*Para Joyce, con amor*

## *PROLOGO*

Y O *era joven, pasaba hambre, bebía, quería ser escritor. Casi todos los libros que leía pertenecían a la Biblioteca Municipal del centro de Los Angeles, pero nada de cuanto me caía en las manos tenía que ver conmigo, con las calles, ni con las personas que me rodeaban. Me daba la sensación de que todos se dedicaban a hacer juegos de prestidigitación con las palabras, que aquellos que no tenían prácticamente nada que decir pasaban por escritores de primera línea. Sus libros eran una mezcla de sutileza, artesanía y*

*formalismo, y era esto lo que se leía, se enseñaba en las escuelas, se digería y se transmitía. Era un invento cómodo, una Logocultura ingeniosa y prudente. Había que volver a los autores anteriores a la Revolución Rusa para encontrar algo de aventura, un poco de pasión. Había excepciones, pero eran tan escasas que se agotaban rápidamente y uno se quedaba sin saber qué hacer ante las filas interminables de libros insípidos. A pesar de todo lo que podía haberse aprendido en los siglos precedentes, los autores modernos no eran lo que se dice muy hábiles.*

*Cogía de las estanterías un libro tras otro. ¿Por qué nadie decía nada? ¿Por qué no alzaba nadie la voz por encima de la de los demás?*

*Probé en las distintas secciones de la biblioteca. La sala de Religión me pareció un páramo tan vasto como inútil. Fui a la de Filosofía. Di con un par de alemanes resentidos que me estimularon una temporada, hasta que los olvidé. Probé con las matemáticas, pero las matemáticas superiores no se diferenciaban de la religión. no me afectaban en absoluto. Lo que yo buscaba no se encontraba al parecer en ninguna parte.*

*Probé con la geología, y al principio sentí cierta curiosidad, pero me resultó insustancial a la postre.*

*Descubrí ciertos libros sobre cirugía y me gustaron los libros sobre cirugía: las palabras eran nuevas y maravillosas las ilustraciones. En concreto, me gustaron y memoricé los detalles de las operaciones del mesocolon.*

*Al final abandoné la cirugía y volví a la gran sala abarrotada de autores de novelas y cuentos. (Cuando tenía morapio en abundancia no iba por la biblioteca. Una biblioteca era un lugar estupendo para pasar el rato cuando no se tenía nada para comer o beber y cuando la dueña de la casa le perseguía a uno con los recibos atrasados del alquiler. En la biblioteca, por lo menos, se podía ir al lavabo sin problemas.) Vi muchísimos compañeros de vagabundeo allí, y casi todos dormidos sobre el libro abierto.*

*Seguí recorriendo la sala general de lectura, cogiendo libros de los estantes, leyendo unas cuantas líneas, unas cuantas páginas, y dejándolos en su sitio a continuación.*

*Pero cierto día cogí un libro, lo abrí y se produjo un descubrimiento. Pasé unos minutos hojeándolo. Y entonces, a semejanza del hombre que ha encontrado oro en los basureros municipales, me llevé el libro a una mesa. Las líneas se encadenaban con soltura a lo largo de las páginas, allí había fluidez. Cada renglón poseía energía propia y lo mismo sucedía con los siguientes. La esencia misma de los renglones daba entidad formal a las páginas, la sensación de que allí se había esculpido algo. He allí, por fin, un hombre que no se asustaba de los sentimientos. El humor y el sufrimiento se entremezclaban con sencillez soberbia. Comenzar a leer aquel libro fue para mí un milagro tan fenomenal como imprevisto.*

*Tenía tarjeta de lector. Rellené la hoja del servicio de préstamo, me llevé el libro a casa, me tumbé en la cama, me puse a leerlo y mucho antes de acabarlo supe que había dado con un autor que había encontrado una forma distinta de escribir. El libro se titulaba* Pregúntale al polvo *y el autor se llamaba John Fante. Tendría una influencia vitalicia en mis propios libros. Acabé* Pregúntale al polvo *y busqué más libros de Fante en la biblioteca. Encontré dos.* Dago red *y* Espera a la primavera, Bandini. *La calidad era la misma, se habían escrito con el corazón y las entrañas y no hablaban de otra cosa.*

*Sí, Fante tuvo sobre mí un efecto poderoso. Poco después de leer los libros que he citado conviví con una mujer. Estaba más alcoholizada que yo, sosteníamos peleas violentas y a menudo le gritaba: «¡No me llames hijo de puta!* ¡Yo soy Bandini, Arturo Bandini!».

*Fante fue para mí como un dios, pero yo sabía que a los dioses hay que dejarles en paz, que no hay que llamar a su puerta. Sin embargo, me ponía a hacer conjeturas sobre el punto exacto de Angel's Flight en que al parecer había vivido y hasta pensaba que a lo mejor seguía viviendo allí. Casi todos los días pasaba por el lugar y me preguntaba: ¿será ésa la ventana por la que se deslizaba Camila? ¿Es ésa la puerta de la pensión? ¿Es ése el*

*vestíbulo? No lo he sabido nunca.*

*Treinta y nueve años más tarde he vuelto a leer* Pregúntale al polvo. *Quiero decir que lo he vuelto a leer este año y que todavía se sostiene, al igual que las demás obras de Fante, pero que éste es el libro que prefiero porque constituyó mi primer encuentro con la* magia. *Escribió otros libros, además de* Dago red *y* Espera a la primavera, Bandini. *Por ejemplo,* Plenitud de vida *y* The brotherhood of the grape. *En la actualidad está escribiendo otra novela,* A dream of Bunker Hill.

*Al final, gracias a otras vicisitudes, he conocido al novelista este mismo año. Queda mucho por decir de la vida de John Fante. Una vida con una suerte extraordinaria, con un destino horrible y llena de una valentía tan natural como insólita. Es posible que se cuente algún día, aunque creo que a él no le gustaría que yo la contase aquí. Permítaseme decir, sin embargo, que en su forma de escribir y en su forma de vivir se dan las mismas constantes: fuerza, bondad y comprensión.*

*Es todo. A partir de este momento, el libro pertenece al lector.*

**CHARLES BUKOWSKI**
*5-6-79*

## 1

C I E R T A noche me encontraba sentado en la cama de la habitación de la pensión de Bunker Hill en que me hospedaba, en el centro mismo de Los Angeles. Era una noche de importancia vital para mí, ya que tenía que tomar una decisión relativa a la pensión. O pagaba o me iba: es lo que decía la nota, la nota que la dueña me había deslizado por debajo de la puerta. Un problema relevante, merecedor de una atención enorme. Lo resolví apagando la luz y echándome a dormir.

Cuando desperté por la mañana, me dije que tenía que hacer más ejercicio y comencé en el acto. Practiqué varias flexiones. Luego me cepillé los dientes, noté el sabor de la sangre, vi una mota sonrosada en el cepillo, me acordé de los anuncios y resolví bajar a la calle y tomar un café.

Fui al restaurante donde siempre me restauraba, tomé asiento en un taburete que había ante el largo mostrador y pedí un café. Se parecía mucho al café, pero no valía el precio que se pagaba por él. Me fumé allí mismo un par de cigarrillos, leí los resultados de la Liga Americana de béisbol, pasé concienzudamente por alto los resultados de la Liga Nacional y comprobé con satisfacción que Joe DiMaggio seguía siendo un orgullo para Italia, ya que seguía encabezando la lista de mejores bateadores.

Una máquina de hacer tantos el DiMaggio. Salí del restaurante, me situé ante un *pitcher* imaginario y largué un pelotazo que se llevó por delante la barrera. Anduve luego por la calle, hacia Angel's Flight, preguntándome qué hacer aquel día. Pero no había nada que hacer y por tanto resolví pasear por la ciudad.

Mientras recorría Olive Street, pasé ante una casa de vecindad sucia y amarillenta, todavía húmeda como un secante a causa de la niebla de la noche anterior, y pensé en mis amigos Ethie y Carl, ambos de Detroit, que vivían allí, y recordé la noche en que Carl había pegado a Ethie porque ésta iba a tener un niño y él no quería ningún niño. Pero lo tuvieron y no hubo más que hablar. Y recordé el interior de la casa, que olía a polvo y a ratones, y a las ancianas que se sentaban en el zaguán cuando el calor apretaba por la tarde, y a la anciana de piernas bonitas. También estaba el ascensorista, un individuo de Milwaukee que estaba hecho polvo y que ponía cara de burla cada vez que se le indicaba un piso, como si uno fuera un imbécil por querer ir a ese piso concreto, el ascensorista, que siempre tenía dentro del ascensor una bandeja con bocadillos y una revista de historietas baratas.

Seguí bajando la colina por Olive Street y pasé ante las horribles casas de madera que apestaban a crímenes y, sin abandonar Olive, ante el Philarmonic Auditorium, recordé que había estado allí con Helen para oír a los coros de los Cosacos del Don, que me había aburrido y que nos habíamos peleado por culpa de aquello, y me acordaba de lo que Helen llevaba puesto aquel día, un vestido blanco, y de que los riñones se me ponían en órbita cada vez que lo rozaba. Ay, Helen, Helen... aunque allí no, claro.

Así llegué al cruce de Olive con Fifth Street, donde los tranvías enormes destrozaban los oídos a causa del ruido que producían, donde el olor a gasolina hacía que las palmeras parecieran tristes y donde el asfalto negro seguía húmedo a causa de la niebla de la noche anterior.

Y así llegué también ante el Hotel Biltmore, ante la hilera de taxis amarillos, en cuyo interior dormían los respectivos conductores, salvo el que estaba más cerca de la puerta principal, y pensé con asombro en aquellos sujetos y en su repertorio informativo, y me acordé de cuando Ross y yo hicimos una consulta a uno, que se sonrió con salacidad y nos llevó a Temple Street, precisamente a Temple Street, donde sólo encontramos un par de sitios muy desagradables; y de que Ross estuvo todo el tiempo arriba, mientras yo me quedaba en el salón, poniendo discos en la gramola, asustado y solo.

Pasé ante el portero del Biltmore, que me cayó gordo en el acto, con sus galones amarillos, su metro ochenta de estatura y toda la dignidad de que se rodeaba, y en aquel punto se acercó al bordillo un automóvil negro del que descendió un hombre. Parecía rico; acto seguido descendió una mujer, la mujer era una belleza, la piel que llevaba era de zorro plateado, una melodía que cruzase la acera y se colase por la puerta giratoria, y me dije, chico, quién pudiera estar un rato con ella, sólo un día y una noche con ella, un sueño, y yo seguí andando y el perfume femenino quedó en el aire húmedo de la mañana.

Luego estuve un rato interminable mirando el escaparate de un estanco y el mundo entero desaparecía salvo el escaparate ante el que me encontraba fumando todo el tabaco que veía, e

imaginé que era un autor célebre, y llevaba en la boca una pipa de brezo italiano, muy chula, y en la mano un bastón, y salía de un coche negro imponente, y también ella estaba allí, la señora de la piel de zorro plateado, orgullosísima de mí. Nos inscribíamos, nos íbamos a tomar unos cócteles, luego a bailar, a continuación a tomar más cócteles y yo le recitaba unos versos en sánscrito, y el mundo era fabuloso, porque no pasaban dos minutos sin que alguna maravillosa mujer se me quedara mirando a mí, al autor célebre, y aunque lo único que pasaba era que le firmaba un autógrafo en la carta, la del zorro plateado se ponía muy celosa.

¡Dame algo tuyo, Los Angeles! Ven a mí tal y como yo voy hacia ti, con los pies en tus calles, ciudad preciosa a la que tanto amo, flor triste enterrada en la arena, ciudad preciosa.

*Un día, el siguiente, la víspera, y la biblioteca con las estanterías llenas de amiguetes, el viejo Dreiser, el viejo Mencken, todos los muchachos estaban allí e iba a verles, Hola Dreiser, Qué tal Mencken, Hola, Hola: también para mí hay un sitio, comienza por B, en el estante de la B, Arturo Bandini, haced sitio para Arturo Bandini, un hueco para su libro, y me sentaba a la mesa y me quedaba mirando el sitio donde estaría mi libro, muy cerca de Arnold Bennett; no igual que Arnold Bennett, pero algo de lustre sí daría a los que estuvieran en la B, el bueno de Arturo Bandini, otro miembro de la banda, hasta que aparecía por allí una chica, el perfume se esparcía por la sala de libros de ficción y el taconeo de los zapatos interrumpía la monótona constancia de mi gloria. ¡Día de fiesta, delirios de fiesta!*

Pero la dueña de la pensión, la canosa dueña de la pensión no hacía más que escribirme notas: era de Bridgeport, Connecticut, su marido había muerto, ella estaba totalmente sola en el mundo y no confiaba en nadie, no podía permitírselo, me lo dijo con estas mismas palabras, y también que yo tenía que pagar. Se acumulaba igual que la deuda nacional, tenía que pagar o marcharme, y que pagar hasta el último centavo: cinco semanas a cuenta, veinte dólares, y si no, se quedaría con mis baúles; sólo que yo no tenía baúles, sólo una maleta, de cartón además, sin una maldita correa siquiera, porque la correa la tenía alrededor de la cintura, sujetándome los pantalones, lo que tampoco era demasiado servicio porque apenas si tenía pantalones.

—Acaba de escribirme mi agente literario —le dije—. El de Nueva York. Me dice que le han aceptado otro; no me ha dicho dónde, pero me ha dicho que se lo han aceptado. Así que no se preocupe, señora Hargraves, no tenga miedo, le pagaré mañana o pasado.

Pero no podía creer a un embustero como yo. En realidad no era una mentira; era un deseo, no una mentira, y quizá ni siquiera un deseo, tal vez un hecho consumado y la única manera de saberlo era vigilar la llegada del cartero, observarlo con atención, revisar las cartas cuando las dejaba en la mesa del vestíbulo, preguntarle a bocajarro si había alguna para Bandini. Aunque después de seis meses en aquella pensión no tenía que preguntarle. Me veía llegar y siempre me hacía un ademán afirmativo o negativo con la cabeza antes de que le hiciera ninguna pregunta: no, tres millones de veces; sí, una vez.

Un día recibí una carta preciosa. Bueno, recibía montones de cartas, pero aquélla fue la única carta hermosa, y la recibí por la mañana, y decía (mi corresponsal me comentaba *El perrito rió)* que había leído *El perrito rió* y que le había gustado; decía: señor Bandini, si alguna vez ha habido un genio bajo el sol, ése es usted. Se llamaba Leonardo, un gran crítico italiano, sólo que no tenía ninguna reputación como crítico, no era más que un ciudadano de Virginia Occidental, aunque era grande, era crítico y se murió. Ya estaba muerto cuando recibió la carta que le había mandado por avión a Virginia Occidental y fue la hermana quien se encargó de devolvérmela. La carta que me escribió la hermana también era preciosa, también ella era una crítica muy buena, me decía que Leonardo había muerto de tuberculosis, pero que fue feliz hasta el final, y que una de las últimas cosas que hizo fue sentarse en el lecho y escribirme sobre *El perrito rió:* un delirio al margen de la vida, pero muy importante; Leonardo, muerto ya, un santo del cielo comparable a cualquiera de los doce apóstoles.

Todos los de la pensión leyeron *El perrito rió,* absolutamente todos: era una historia que podía provocar un patatús a cada página y por otra parte tampoco trataba sobre ningún perro: una historia inteligente, poesía estupefaciente. Y el genial editor, nada menos que J. C. Hackmuth, que firmaba igual que un chino y que me había dicho en una carta: una historia soberbia y estoy orgulloso de editarla. La señora Hargraves la leyó y desde entonces fui otro hombre para ella. Tenía que quedarme en la pensión, no se me iba a echar al frío de las calles, aunque la temperatura subía a menudo de un modo alarmante, y todo ello a causa de *El perrito rió.* La señora Grainger, de la habitación *345,* miembro de la Ciencia Cristiana (caderas estupendas, aunque algo mayorcita), oriunda de Battle Creek, Michigan, que se quedaba en el vestíbulo en espera de la muerte, y *El perrito rió* la devolvió al mundo de los vivos, y la expresión que se le dibujó en los ojos me hizo comprender que había dado en el clavo, que yo también había dado en el clavo, aunque esperaba que me preguntase por mi situación económica, por cómo me iba, y después pensé por qué no le dices que te preste cinco dólares, pero no lo hice y me alejé chascando los dedos de fastidio.

La pensión se llamaba Alta Loma. Se había construido al revés en la falda de una colina, en lo alto de Bunker Hill, en sentido contrario a la pendiente del cerro, de suerte que la planta baja estaba al nivel de la calle, pero el piso décimo se encontraba diez pisos más abajo. Si se ocupaba la habitación 862, se entraba en el ascensor y se bajaba ocho pisos, y si se quería bajar al garaje, no había que bajar sino que subir al ático, al piso que estaba encima de la planta baja.

¡ Quién pudiera estar con una chica mexicana! Casi siempre pensaba en ella, en mi chica mexicana. Jamás había estado con ninguna, pero las había a cientos en las calles; la Plaza y el barrio chino estaban hasta los topes de chicas mexicanas, y eran mías según mi modo de ver las cosas, ésta, aquélla y la de más allá, y algún día, cuando recibiera otro cheque, sería un hecho consumado. Se trataba de una aventura gratis en el ínterin y ellas eran princesas aztecas y princesas mayas, las hijas de los peones y mozos de mulas que podían verse por Grand Central Market, en la Iglesia de Nuestra Señora, y a las que, por verlas, incluso iba a misa. Era un comportamiento sacrílego, pero preferible a no ir a misa en absoluto, de modo que cuando escribía a mi madre, que vivía en Colorado, no tenía necesidad de mentirle. Mi querida madre: el domingo pasado fui a misa. En Grand Central Market tropezaba casualmente con las princesas a propósito. La situación me daba una oportunidad para hablar con ellas, sonreía y les pedía perdón. Hermosas muchachas, contentísimas cuando uno se conducía como un caballero y cosas así, cuando me limitaba a tocarlas y me llevaba el recuerdo del tacto a la habitación, donde el polvo se acumulaba sobre la máquina de escribir y Pedro el ratón se instalaba en su nido para contemplarme con sus ojos negros durante aquellas horas de ensueño y delirio.

Pedro el ratón, un ratón apacible aunque no domesticado y que no quería mimos ni que lo echaran de casa. Lo vi cuando entré en la habitación por primera vez, en mi período más fructífero, cuando *El perrito rió* apareció en el número de agosto de la revista. Hacía ya cinco meses de aquel día, había llegado a la ciudad en autobús, procedente de Colorado, con ciento cincuenta dólares en el bolsillo y grandes proyectos en la cabeza. En aquella época tenía yo una filosofía. Amaba por igual a personas y animales y Pedro no fue una excepción; pero el queso era caro, Pedro llamó a todos sus amigos, la habitación se llenó de ratones y yo tuve que desistir y darles pan. Pero no les gustaba el pan. Los había malacostumbrado y se marcharon a otros sitios, todos salvo Pedro el asceta, que se contentaba con roer las páginas de una vieja Biblia editada y distribuida por la Gideon Society.

¡Ah, aquel primer día! La señora Hargraves abrió la puerta de mi cuarto y hela allí, con una alfombra roja en el suelo, cuadros de paisajes ingleses en las paredes y una ducha empotrada. La habitación era la 678 y estaba en el sexto sótano, casi tocando la colina, de

modo que tenía la ventana a la altura de la ladera verde y no me hacía falta llave porque la ventana siempre estaba abierta. Por aquella ventana vi una palmera por primera vez, a dos metros apenas, y como es lógico me acordé del Domingo de Ramos, de Egipto y de Cleopatra, aunque la palmera tenía las ramas negruzcas, sucias a causa del monóxido de carbono que brotaba del paso subterráneo de Third Street, y el tronco escamoso estaba recubierto con el polvo y la arena procedentes de los desiertos de Mojave y Santa Ana.

Mi querida madre, solía decir cuando escribía a Colorado, Mi querida madre, todo marcha viento en popa. Hablé con el director de una revista muy importante, comimos juntos y hemos firmado un contrato para que me publique una serie de cuentos, aunque no quiero aburrirte con los detalles, queridísima mamá, porque sé que no te interesa la literatura, y sé que a papá tampoco, aunque de todos modos se trata de un contrato muy importante, si bien no entrará en vigor hasta pasados dos meses. Mándame pues diez dólares, madre querida, mándame cinco, madre del alma, porque el director de la revista (te diría su nombre, pero sé que estas cosas no te interesan) está dispuesto a lanzarme y a convertirme en figura de un proyecto muy ambicioso.

Mi querida madre y el estimado señor Hackmuth, el director de la importante revista, eran los destinatarios de casi todas las cartas que escribía, prácticamente los únicos destinatarios de mis cartas. El viejo Hackmuth, con su ceño fruncido y peinado con la raya en medio, el gran Hackmuth, cuya pluma era semejante a una espada: tenía su foto en la pared, una foto dedicada y con una firma igual que la de un chino. Hola, Hackmuth, le solía decir. ¡Dios mío, usted sí que sabe escribir! Pero entonces llegaron los días de vacas flacas y Hackmuth comenzó a recibir mis cartas más prolijas. Dios mío, señor Hackmuth, me ha sucedido algo espantoso: se me ha ido la inspiración y ya no sé qué escribir. ¿Cree usted, señor Hackmuth, que tendrá algo que ver con el clima de este lugar? Aconséjeme, por favor. ¿Cree usted, señor Hackmuth, que escribo igual que William Faulkner? Aconséjeme, por favor. ¿Cree usted, señor Hackmuth, que la sexualidad puede tener alguna relación con lo que me pasa?, porque, mire usted, señor Hackmuth, porque, porque, y se lo contaba todo a Hackmuth. Le conté lo de la rubia que conocí en el parque. Le conté cómo me la trabajé y cómo sucumbió. Le conté absolutamente todo, sólo que no era verdad, era una mentira más grande que una casa: pero, en fin, algo es algo. Se trataba de escribir, de mantenerme en contacto con la grandeza, y él me respondía siempre. ¡Chico, era un tío de primera! Me respondía a vuelta de correo, como un gran hombre que reacciona ante los problemas de un hombre de talento. Nadie recibía tantas cartas de Hackmuth, nadie salvo yo, y solía llevarlas encima, las leía una y otra vez y las besaba. Me detenía ante la foto de Hackmuth con los ojos arrasados de lágrimas y le decía que esta vez había encontrado algo bueno, algo grandioso, un individuo llamado Bandini, Arturo Bandini, yo.

Epoca difícil y de resolución. Es el término exacto, resolución: Arturo Bandini ante la máquina de escribir durante dos días seguidos, resuelto a ser algo grande; pero no sirvió de nada, el asedio más largo de su vida y con la más firme de las resoluciones, y ni una sola línea, sólo una palabra repetida a lo largo y ancho de la página, la misma palabra siempre: palmera, palmera, palmera, una guerra a muerte entre la palmera y yo, y ganó la palmera: ved cómo se mece en el aire azul, cómo cruje con dulzura en el aire azul. La palmera venció después de dos días de combate y yo salí por la ventana y me senté al pie del árbol. Pasó el tiempo, unos minutos, y me quedé dormido con un reguero de hormigas pardas correteándome entre el vello de las piernas.

## 2

Y O tenía entonces veinte años. Qué hostias, me decía, tómate el tiempo que haga falta, Bandini. Tardaste diez años en escribir un libro, así que tómatelo con calma, sal a la calle, aprende de la vida, pasea por ahí. Porque ése es tu problema: que no sabes nada de la vida. Diantre, joder, mira, tú, ¿te das cuenta de que nunca has tenido ninguna experiencia con una mujer? Sí, sí que la he tenido, he tenido muchísimas experiencias. Que no, te digo que no. Necesitas una mujer, necesitas un baño, necesitas una buena sacudida ya, necesitas dinero. Dicen que un dólar, dicen que en los sitios finos dos dólares, pero en la Plaza es un dólar;

muy bien, sólo que no tienes un dólar, y algo más, so cobarde, aunque tuvieras un dólar no irías, porque ya tuviste ocasión de ir una vez en Denver y no fuiste. No, cobardica, tenías miedo, y aún lo tienes, y te alegras de no tener un dólar.

¡Miedo de una mujer! ¡Jo, pues vaya gran escritor! ¿Cómo puede escribir sobre mujeres si nunca ha estado con una? Ay, embustero de mierda, estafador, no me extraña que no puedas escribir. No me extraña que no aparezca ninguna mujer en *El perrito rió.* No me extraña que no sea una historia de amor, so cretino, colegial braguetero.

Escribir una historia de amor, aprender de la vida.

Recibí dinero por correo. No era un cheque del supremo Hackmuth, no era que *The Atlantic Monthly* o *The Saturday Evening Post* me hubieran aceptado un cuento. No eran más que diez dólares, toda una fortuna. Me los mandaba mi madre: unas pólizas de seguros de poca monta, Arturo, las había suscrito porque garantizaban dinero en metálico y esto es lo que te corresponde. Bueno, eran diez dólares; fuera un manuscrito u otro, algo por lo menos se había vendido.

Mételos en el bolsillo, Arturo. Lávate la cara, péinate, ponte cualquier cosa que te haga oler bien mientras te miras en el espejo en busca de canas; porque estás preocupado, Arturo, estás preocupado y la preocupación hace que salgan canas. No había ninguna, sin embargo, ni un pelo. Sí, bueno, pero ¿qué hay del ojo izquierdo? Parece apagado. Cuidado, Arturo Bandini; no fuerces la vista, recuerda lo que le ocurrió a Tarkington, recuerda lo que le pasó a James Joyce.

No está mal, en pie en el centro de la habitación, charlando con la foto de Hackmuth, no está mal, Hackmuth, algo sacarás de todo esto. ¿Qué tal estoy, Hackmuth? ¿No se pregunta usted a veces, Herr Hackmuth, qué aspecto tendré? ¿No se pregunta usted a veces si será guapo y elegante el Bandini ése, el autor del brillante *El perrito rió?*

Una vez, en Denver, hubo otra noche como ésta, sólo que en Denver yo no era escritor, aunque estaba en una habitación igual que la actual y hacía idénticos planes, y fue desastroso porque allí no hacía más que pensar en la Virgen María y en *No desearás a la mujer de tu prójimo* y la abnegada muchacha cabeceó con tristeza y tuvo que desistir, pero aquello ocurrió hace mucho y esta noche van a cambiar las cosas.

Salí por la ventana y ascendí por la ladera hasta llegar a la cima de Bunker Hill. Aspirar el perfume de la noche, aspirar el perfume de una orgía, oler las estrellas, oler las flores, oler el desierto y el polvo dormido de la cima de Bunker Hill. La ciudad estaba engalanada como un árbol de Navidad, roja, verde, azul. Salud, casas viejas, hermosas hamburguesas que canturreáis en los bares baratos, Bing Crosby canturreando también. Va a ser una chica dulcísima conmigo. No las chicas de mi infancia, las chicas de mi niñez, las chicas del instituto. Estas se asustaban de mí, no tenían confianza en sí mismas, me rechazaban; pero mi princesa no, porque ella lo comprenderá. También a ella la han despreciado.

Bandini, sigue andando, no muy alto pero sí fornido, orgulloso de su musculatura, apretando los puños para complacerse con la alegría salvaje de los bíceps, estúpido y temerario Bandini, que no teme nada salvo lo desconocido en un mundo de maravillas y misterios. ¿Resucitan los muertos? Los libros dicen que no, la noche grita que sí. Tengo veinte años, he alcanzado la edad de la razón, estoy a punto de meterme por las calles de abajo, en busca de una mujer. ¿Está ya mancillada mi alma? ¿Doy media vuelta? ¿Me vigila algún ángel? ¿Calman mis temores las plegarias de mi madre? ¿Me turban las plegarias de mi madre?

Diez dólares: pagaré el alquiler de dos semanas y media, me compraré tres pares de zapatos, dos pantalones, o bien un millar de sellos para lo que haya de enviar a las revistas; ¡por supuesto! Pero no tienes nada que enviar, tus dotes son dudosas, tus dotes son de pena, no estás dotado para escribir, y deja ya de mentirte día tras día porque sabes muy bien que *El perrito rió* no vale nada y que nunca valdrá nada.

Sigue pues andando por Bunker Hill, amenaza al cielo con el puño, sé qué piensas, Bandini. Imágenes de tu padre ante ti, un latigazo en la espalda, fuego y lava en el cráneo, que la culpa no es tuya: esto es lo que piensas, que naciste pobre, en el seno de una familia de campesinos pobres, obligado por la pobreza, obligado a huir del pueblo de Colorado en que naciste porque eras pobre, vagabundeando por las cloacas de Los Angeles porque eres pobre, esperando escribir un libro que te haga rico, porque los que te detestaban allá en Colorado dejarán de detestarte si escribes un libro. Eres un cobarde, Bandini, un traidor a tu propia alma, un embustero de pena ante ese Jesucristo tuyo que llora. Por eso escribes, por eso sería mejor que te murieras.

Sí, es verdad. Pero en Bel-Air he visto casas con jardines frescos y alfombrados de césped y piscinas de agua verdosa. He deseado a mujeres cuyos solos zapatos valen cuanto he tenido en toda mi vida. He visto palos de golf en los escaparates de Spalding, en Sixth Street, que me despiertan unas ganas locas de tenerlos en las manos. He llorado por tener una corbata igual que el hombre piadoso llora por sus pecados. He admirado los sombreros que venden en Robinson del mismo modo que los críticos de arte se quedan boquiabiertos ante las obras de Miguel Angel.

Bajé los peldaños de Angel's Flight hasta llegar a Hill Street: ciento cuarenta escalones, con los puños apretados, no asustado de ningún hombre, pero sí temeroso del paso subterráneo de Third Street, temeroso de cruzarlo, por claustrofobia. Asustado también de los sitios elevados, y de la sangre, y de los temblores de tierra; por lo demás, ningún temor, salvo el temor de la muerte, de gritar en medio de la multitud, de una apendicitis, de sufrir del corazón, hasta de esto, estar en la propia habitación con un reloj en la mano y los dedos de la otra en la yugular, contando los latidos cardíacos, escuchando los extraños zumbidos y retortijones del estómago. Por lo demás, ningún miedo en absoluto.

He aquí una idea rentable: los escalones, la ciudad abajo, las estrellas al alcance de las uñas: historia de chico-conoce-chica, planteamiento cómodo, idea superrentable. La chica vive en aquella casa de vecinos de color grisáceo, el chico vive a salto de mata. El chico soy yo. La chica es el hambre. La chica rica de Pasadena no quiere saber nada de dinero. Abandona a propósito los millones de Pasadena por fastidio, porque le aburre el dinero. Chica hermosa, alegre. Historia a lo grande, conflicto psicopatológico. Chica con fobia al dinero: planteamiento freudiano. Hay otro tipo que la quiere, un sujeto rico. Yo soy pobre. Conozco al rival. Lo desuello vivo con mi ingenio mordaz y además le doy una paliza con los puños. Chica impresionada, se derrite por mí. Me ofrece millones. Me caso con ella a condición de que siga siendo pobre. Accede. Pero hay final feliz: la chica me engaña el día de la boda abriéndome una cuenta corriente de aquí te espero. Yo me cabreo pero la perdono porque la amo. Buen argumento, aunque con un fallo: era una historia típica de revista femenina.

Mi querida madre, gracias por los diez dólares. Mi agente literario me informa de que nos han contratado otro cuento, esta vez una revista muy importante de Londres, aunque al parecer no pagan hasta que se publica, o sea que la pequeña cantidad que me has mandado me vendrá bien para solucionar un par de cosillas.

Fui a ver una revista de variedades. Ocupé el mejor asiento disponible, un dólar con diez centavos, al pie mismo de un coro de cuarenta culos manoseados: algún día todos serán míos: me compraré un yate y navegaremos por los Mares del Sur. Las tardes que haga calor bailarán para mí en la cubierta soleada. Pero serán mías las mujeres hermosas, elegidas entre la flor y nata de la sociedad, y que querrán competir con las alegrías y placeres de mi fama. Bien, esto es lo que necesito, esto es la experiencia, estoy aquí por un motivo, son momentos que se traducirán en páginas, el revés de la medalla de la vida.

Entonces apareció Lola Linton, contoneándose como una culebra de raso entre el alboroto que producían los silbidos y pateos, Lola Linton la lujuriosa, enroscándoseme y

saqueándome la anatomía, y cuando hubo acabado, me dolían los dientes de tanto apretar las mandíbulas y maldije a los patanes puercos y rijosos que me rodeaban y que pedían a gritos una parte de la felicidad obscena que me pertenecía en exclusiva.

Si mamá había vendido las pólizas tenía que ser porque al viejo no le iban bien las cosas y yo no debería estar en un sitio como aquél. De pequeño solía ver fotos de muchas Lola Linton y me impacientaba hasta lo indecible porque el tiempo y la niñez avanzaban muy despacio, y suspiraba porque llegase el día, este mismo día, y aquí estoy, no he cambiado ni tengo a ninguna Lola Linton, aunque fantaseaba con ser rico y soy pobre.

Main Street después del espectáculo, medianoche: tubos de neón y niebla ligera, puticlubes de mala muerte y cines abiertos toda la noche. Tiendas de artículos de segunda mano, salas de baile para filipinos, cócteles a quince centavos, espectáculos continuos, pero yo ya lo había visto todo, muchas veces, había invertido en ello mucho dinero procedente de Colorado. Hacía que me sintiera solitario, semejante a un hombre sediento que alargase la copa, de modo que me dirigí hacia el barrio mexicano con la sensación de sufrir una enfermedad indolora. Y me encontré ante la Iglesia de Nuestra Señora, muy antigua, con los adobes ennegrecidos por el tiempo. Entré por motivos sentimentales. Sólo por motivos sentimentales. No he leído a Lenin, pero he oído comentar una frase suya, que la religión es el opio del pueblo. Hablando conmigo mismo en la escalinata de la iglesia: el opio del pueblo, pues claro que sí. Yo es que soy ateo: he leído *El Anticristo* y me parece una obra imprescindible. Creo en la transvaloración de los valores, señor mío. La Iglesia debe desaparecer, es el refugio del Mester de Patanería, de los patanes y pelmazos y toda la charlatanería de tres al cuarto.

Abrí la puerta enorme que produjo un chirrido semejante al llanto. Por encima del altar chisporroteaba la eterna claridad rojo sangre que iluminaba con matices carmesí un silencio de casi dos mil años. Era igual que la muerte, aunque también recordaba a niños que gritaban en el momento del bautismo. Me arrodillé. Por costumbre, digo la genuflexión. Me senté. Mejor arrodillarse, porque el agudo pinchazo que se sentía en las rodillas era una distracción en medio de aquel silencio espantoso. Una oración. Claro, una oración: por motivos sentimentales. Dios Todopoderoso, lamento ser ateo ahora, pero ¿Has leído a Nietzsche? ¡Un libro bárbaro! Dios Todopoderoso, voy a jugar limpio. Voy a hacerte una proposición. Haz que sea un gran escritor y volveré al seno de la Iglesia. Y otro favor, Dios de mi vida: haz que mi madre sea feliz. El Viejo no me preocupa; él tiene su vino y su salud a prueba de bomba, pero mi madre me preocupa. Amén.

Cerré la puerta lloriqueante y me quedé en la escalinata, la niebla semejante a un animal blanco e inmenso que lo cubriera todo, la Plaza semejante al ayuntamiento de mi pueblo, blanquiprisionera del silencio níveo. Pero los ruidos se propagaban con rapidez y claridad a través del letargo y el que oía era el taconeo de unos zapatos de mujer. Apareció una joven. Llevaba un abrigo viejo y verde y las facciones se le perfilaban bajo la bufanda roja anudada bajo la barbilla. En la escalinata se encontraba Bandini.

*—Hola, cielo —dijo la muchacha con una sonrisa, como si Bandini fuera su marido o su novio. Subió el primer peldaño y alzó los ojos para mirarle—. ¿Te decides, cariño? ¿Quieres que te haga pasar un buen rato?*

Bandini el superligón, el superligón sin escrúpulos.

—No —dijo—. Gracias. Esta noche no.

Se marchó corriendo, dejándola con los ojos clavados en él y murmurando palabras que no alcanzó a oír. Recorrió media manzana. Estaba satisfecho. Por lo menos se había dirigido a él. Por lo menos se había dado cuenta de que era un hombre. Se puso a silbar una melodía por el placer de silbarla. La experiencia del hombre de ciudad es universal. Conocido escritor nos habla de sus noches con las mujeres de la calle. Arturo Bandini, el famoso escritor, revela sus experiencias con una prostituta de Los Angeles. La crítica afirma que es el mejor libro

que se ha escrito.

Bandini (entrevistado a punto de partir para Suecia): Yo daría a todos los escritores jóvenes un consejo muy sencillo. Que no dejen escapar nunca la oportunidad de probar una experiencia nueva. Que vivan la vida en su caldo de cultivo, que se enfrenten a ella con valentía, que la aborden con los puños desnudos.

Periodista: Señor Bandini, ¿cómo se le ocurrió escribir este libro que le ha hecho ganar el Premio Nobel?

Bandini: El libro está basado en una experiencia auténtica que me sucedió en Los Angeles una noche. Todas y cada una de las palabras del libro son verdaderas. He vivido el libro, es experiencia pura.

Suficiente. Me di cuenta de todo en el acto. Di la vuelta y me dirigí otra vez a la iglesia. La niebla era impenetrable. La chica había desaparecido. Seguí andando: cabía la posibilidad de encontrarla. Volví a verla en la esquina. Hablaba con un mexicano alto. Se pusieron en marcha, cruzaron la calle y entraron en la Plaza. Fui tras ellos. ¡Dios mío, nada menos que un mexicano! Las mujeres así deberían hacer distinciones raciales. Sentí odio por aquel individuo, por aquel sudaca, por aquel pellejo aceitoso. Caminaban bajo los plátanos de la Plaza y sus pasos resonaban en medio de la niebla. Oí que el mexicano reía. La muchacha rió a continuación. Cruzaron la calle y se introdujeron por un callejón por el que se entraba en el barrio chino. Los anuncios orientales de neón coloreaban la niebla de un tono rosado. Entraron en el zaguán de una pensión que había junto a un restaurante chino y subieron por la escalera. Había baile en un piso del otro lado de la calzada. A lo largo de las aceras había sendos regueros de taxis estacionados. Me apoyé en el guardabarros delantero del taxi que se encontraba delante de la pensión y esperé. Encendí un cigarrillo y esperé. Esperaría hasta que el infierno se helase. Esperaría hasta que Dios me fulminase con el rayo.

Pasó media hora. Oí ruido en la escalera. Se abrió la puerta. Apareció el mexicano. Le envolvió la niebla, encendió un cigarrillo y bostezó. Sonrió abstraído, se encogió de hombros y nada más alejarse lo engulló la niebla. Adelante, sonríe. Sudaca apestoso, ¿ qué motivo tienes para sonreír? Procedes de una raza aplastada y muerta y sólo porque has subido a la habitación con una de nuestras jovencitas blancas te pones a sonreír. ¿ Piensas que habrías tenido esta oportunidad si yo hubiera dicho que sí en la escalinata de la iglesia?

Un instante después resonó en la escalera el taconeo de los zapatos de la joven y la chica se adentró en la niebla. La misma chica, el mismo abrigo verde, la misma bufanda. Me vio y sonrió.

—Hola, cariño. ¿Quieres pasar un buen rato?

Ahora lo tienes fácil, Bandini.

—Bueno —dije—, puede que sí y puede que no. ¿Qué sueles hacer?

—Sube y lo verás, cariño.

Deja de sonreír por lo bajo, Arturo. Sé educado y comprensivo.

—Podría subir —dije—. Pero a lo mejor se me quitan las ganas.

—Vamos, cariño, sube de una vez. —Los huesos frágiles de la cara, el olor a vino agrio que le brotaba de la boca, la nauseabunda hipocresía de su dulzura, sed de dinero en los ojos.

Bandini que dice:

—¿Cuánto se cobra actualmente?

Me cogió del brazo y tiré de mí hacia la puerta, aunque con amabilidad.

—Sube, cariño. Ya hablaremos arriba.

—Es que en realidad no estoy muy caliente —dijo Bandini—. Vengo... vengo directamente de una orgía.

Dios te salve, María, llena eres de gracia, mientras subo las escaleras, no voy a poder hacerlo. Tengo que salir de ésta. Los pasillos huelen a cucarachas, una bombilla amarilla en el techo, eres demasiado exquisito para soportar estas cosas, la chica que me sujeta por el

brazo, algo raro te pasa, Arturo Bandini, eres un misántropo, tu vida entera está condenada al celibato, habrías tenido que ser cura, el padre O'Leary cuando nos habló aquella tarde, cuando nos conté las alegrías de la contención y la renuncia, y con el dinero de mi mismísima madre además, Oh, María, tú, que fuiste concebida sin pecado, ruega por aquellos que recurrimos a ti... hasta que llegamos al final de las escaleras, recorrimos un pasillo sombrío y mugriento, alcanzamos la habitación del fondo, la chica encendió la luz y entramos.

Un cuarto más reducido que el mío, sin alfombras, sin retratos, una cama, una mesa, una jofaina. Se quitó el abrigo. Llevaba debajo un vestido estampado azul. No llevaba medias. Se quitó la bufanda. No era una rubia de verdad. En las raíces del pelo le despuntaba el color negro. Tenía la nariz un tanto aquilina. Bandini en la cama, instalado como por casualidad, como hombre que supiera sentarse en un lecho.

Bandini:

—Tienes una habitación muy bonita.

Dios mío, tengo que escapar de aquí, es horrible.

La chica se sentó a mi lado, me rodeó con los brazos, apretó el pecho contra el mío, me besó, me recorrió los dientes con una lengua helada. Me puse en pie de un salto. Piensa con rapidez, oh cerebro mío, querido cerebro mío, por favor, sácame de este aprieto y nunca volverá a suceder. Volveré a la iglesia de mis mayores desde mañana mismo. De ahora en adelante, mi vida discurrirá semejante a un arroyuelo de aguas puras y cristalinas.

La chica se tumbó de espaldas con las manos en la nuca, las dos piernas en la cama. Aspiraré la fragancia de las lilas de Connecticut, lo juro, antes de morir, y veré las iglesias blancas, limpias, pequeñas, silenciosas de mi juventud, las cercas que rompí para escapar.

—Mira —le dije—, quiero hablar contigo.

Cruzó las piernas.

—Soy escritor —dije—. Estoy acumulando material para un libro.

—Ya sabía que eras escritor —me dijo—. O agente de comercio, o algo por el estilo. Respiras espiritualidad, cariño.

—Pues sí, soy escritor. Me gustas y esas cosas. Estás buena y me gustas. Pero antes quisiera hablar contigo.

Se enderezó.

—¿No tienes dinero, cariño?

Dinero, je, je, je. Lo saqué, saqué el fajo de dólares prieto y pequeño. Pues claro que tenía dinero, montañas de dinero, esto no es más que una muestra insignificante, el dinero no es problema, el dinero no significa nada para mí.

—¿ Cuánto cobras?

—Dos dólares, cariño.

Dale tres entonces, con desenvoltura, como quien se desprende de la caspa, sonríe y dáselos porque el dinero no es ningún problema, quien me dio éste puede darme mucho más, mi madre, sentada en este preciso segundo junto a la ventana, con el rosario en la mano, esperando a que el Viejo vuelva, pero hay dinero, siempre hay dinero.

Cogió el dinero y lo guardó bajo la almohada. Me dio las gracias y su sonrisa se transformó. El escritor quería hablar. ¿ Qué tal estaba el trabajo actualmente? ¿ Cómo es que a una chica como ella le gustaba aquella clase de vida? Oh, por favor, cariño, basta ya de hablar, empecemos de una vez. No, no, yo quiero que hablemos, es importante, un nuevo libro, materia prima. Lo hago a menudo. ¿Cómo te metiste en el oficio? Joder, cariño, ¿es que también me vas a preguntar eso? Que el dinero no es problema, ya te lo dije. Pero mi tiempo tiene precio, cariño. Toma otros dos dólares. Ya van cinco, Santo Dios, cinco dólares del ala y aún no he salido de aquí, cuánto te odio, basura inmunda. Aunque eres más pura que yo porque no tienes ninguna inteligencia que vender, sólo la triste envoltura de la carne.

La chica estaba impresionada, dispuesta a cualquier cosa. Habría hecho con ella lo que

me hubiera dado la gana, y quiso atraerme hacia sí, pero no, esperemos un rato. Te he dicho que quiero hablar, que el dinero no es problema, toma tres más, ya van ocho, pero no importa. Quédate con los ocho dólares y cómprate algo bonito. De pronto chasqué los dedos como hombre que recuerda algo, algo importante, una cita, un compromiso.

—Eh —dije—, ahora que recuerdo. ¿ Qué hora es?

Había hundido la barbilla en mi cuello y me lo acariciaba.

—No te preocupes por la hora, cariño. Puedes quedarte toda la noche.

Un hombre importante, importantísimo, ahora lo recordaba, mi editor, iba a llegar en avión aquella misma noche. En Burbank, iba a aterrizar en Burbank. Tendré que coger un taxi para ir allí, tengo que darme prisa. Adiós, adiós, quédate los ocho pavos, cómprate algo bonito, adiós, adiós, bajando las escaleras a toda velocidad, huyendo, sumergiéndome en la niebla acogedora de la calle, quédate los ocho pavos, oh dulce niebla, te he visto y hacia ti corro, oh aire puro, oh mundo maravilloso, hacia ti voy, adiós, gritando por las escaleras, volveremos a vernos, quédate los ocho dólares y cómprate algo que te guste. Ocho dólares que me hacen llorar sangre, Jesús, acaba conmigo, dame la muerte y envía a casa mi cadáver, dame la muerte, hazme morir como un pagano idiota que no cuenta con sacerdote alguno para absolverle , ni con la extremaunción, ocho dólares, ocho dólares...

## *3*

D Í A S de penuria, cielo azul donde nunca se ve una nube, mar azul día tras día y .el sol que flota en él. Días de abundancia: abundancia de preocupaciones, abundancia de naranjas. Comérselas en la cama, comérselas a la hora de la comida, darlas de lado a la hora de la cena. Naranjas, cinco centavos la docena. En el cielo la luz del sol, en mi estómago el zumo del sol. Desde el colmado japonés me vio llegar el japonés sonriente de cara de supositorio y echó mano de una bolsa de papel. Hombre generoso, me daba quince, veinte a veces, por una moneda de cinco centavos.

—¿Gustar plátanos? —Pues claro, y me dio un par de plátanos. Novedad agradable, zumo de naranja con plátano—. ¿Gustar manzanas? —Pues claro, y me dio unas cuantas manzanas. He aquí algo diferente: naranjas y manzanas—. ¿Gustar melocotones? —Naturalmente, y volví con la bolsa marrón a mi cuarto. Una novedad interesante, melocotones con naranjas. Hundí los dientes en la pulpa, el zumo se me escurrió hasta el fondo del estómago y allí se puso a lloriquear. Había mucha tristeza en el fondo de mi estómago. Había mucho llanto y nubes de gas, pequeñas y sombrías, me acorralaban el corazón.

El brete me condujo hasta la máquina de escribir. Tomé asiento ante ella, abrumado de pesar por Arturo Bandini. A veces pasaba flotando una idea inocua por la habitación. Era igual que un pajarillo blanco. Sin ninguna mala intención. Sólo quería ayudarme, el amable pajarillo. Pero yo me lanzaba sobre ella, la aporreaba con las teclas y se me moría entre las manos.

¿Qué me pasaba? Cuando era pequeño, había rezado a Santa Teresa para que me concediera una estilográfica nueva. La oración fue escuchada. El caso es que conseguí una estilográfica nueva. Entonces volví a rezar a Santa Teresa. Por favor, santa amable y bondadosa, concédeme una idea. Pero me ha abandonado, me han abandonado todos los dioses y, al igual que Huysmans, estoy solo, con los puños apretados, con lágrimas en los ojos. Si por lo menos me quisiera alguien, aunque fuera una chinche, aunque fuera un ratón, pero también estas cosas pertenecían al pasado; hasta Pedro me había abandonado al ver que no le podía ofrecer nada mejor que cortezas de naranja.

Pensé en mi casa, en los spaghetti que nadaban en riquísima salsa de tomate, recubiertos de queso parmesano, en las tartas de limón de mamá, en el cordero asado y el pan tierno, y me sentí tan desdichado que me hundí adrede las uñas en la carne del brazo hasta que brotó una gota de sangre. Me produjo una satisfacción enorme. Yo era la criatura más infeliz del Señor, obligada incluso a torturarse a sí misma. Estaba claro que no había en la tierra un dolor más grande que el mío.

Hackmuth tenía que saberlo, el poderoso Hackmuth, que alentaba a los genios desde las páginas de su revista. Estimado señor Hackmuth, escribí, describiendo el pasado glorioso, estimado señor Hackmuth, página tras página, el sol un globo de fuego en Occidente que se hundía despacio en el blanco de niebla que ascendía de la costa.

Sonó un golpe en la puerta, pero guardé silencio porque podía ser la pesada aquella que andaba tras el maldito alquiler. Se abrió la puerta entonces y apareció una cabeza calva, huesuda y con la faz cubierta de barba. Era el señor Hellfrick, que vivía en el cuarto contiguo. El señor Hellfrick era ateo, militar jubilado, vivía de una pensión exigua con la que apenas podía pagarse el alcohol que bebía, aunque compraba la ginebra más barata del mercado. Andaba siempre con un albornoz gris, exento tanto de cinturón como de botones, y aunque fingía algún recato, en realidad se le daba una higa, lleyaba siempre abierto el albornoz y debajo se le veía mucho pelo y muchos huesos. El señor Hellfrick tenía siempre los ojos enrojecidos porque todas las tardes, cuando el sol daba en la parte occidental de la pensión, se ponía a dormir con la cabeza fuera de la ventana y con el tronco y las piernas dentro. El primer día que estuve en la pensión me pidió prestados quince centavos y aunque había hecho esfuerzos tan denodados como inútiles por recuperarlos, había acabado por renunciar a la esperanza de disponer otra vez de aquel dinero que era mío. Habíamos terminado por distanciarnos a causa del episodio, por lo que fue una sorpresa verle meter la cabeza en mi habitación.

Entornó los ojos con complicidad, se llevó un dedo a los labios y me instó a guardar silencio, aunque yo no había dicho nada aún. Quería que se diese cuenta de mi hostilidad, recordarle que yo no sentía ningún respeto por el hombre que no cumplía su palabra. Cerró la puerta con cuidado y cruzó la estancia con la punta de los pies huesudos, el albornoz abierto

de par en par.

—¿Le gusta la leche? —me murmuró.

La verdad es que sí y se lo dije. Entonces me dio a conocer su plan. El individuo que repartía la leche Alden en Bunker Hill era amigo suyo. Todas las mañanas, a eso de las cuatro, el individuo estacionaba el camión detrás de la pensión y subía por las escaleras de atrás hasta la habitación de Hellfrick para darle un tiento a la ginebra.

—O sea —dijo—-, que si le gusta la leche, no tiene más que servirse usted mismo.

Cabeceé.

—Lo que me propone es despreciable, Hellfrick —dije, asombrado de que Hellfrick y el lechero fuesen amigos—. Si es amigo suyo, ¿ por qué diablos quiere que le roben la leche? El se bebe su ginebra. ¿Por qué no le pide la leche a cambio?

—Porque a mí no me gusta la leche —dijo Hellfrick—. Lo hago por usted.

Me pareció una forma de soslayar el pago de la cantidad que me adeudaba. Cabeceé.

—No, gracias, Heilfrick. Prefiero seguir considerándome un hombre honrado.

Se encogió de hombros, se envolvió en el albornoz.

—Como quiera, joven. Sólo trataba de hacerle un favor.

Seguí con la carta a Hackmuth, aunque sentí el sabor de la leche casi al instante. Al cabo de un rato ya no lo podía soportar. Me eché en la cama sumido en la semioscuridad y dejé que la tentación me acorralase. Minutos después había desaparecido toda resistencia y llamaba a la puerta de Hellfrick. La habitación parecía un manicomio, el suelo estaba alfombrado por una pátina de publicaciones baratas con historietas de vaqueros, las sábanas de la cama estaban negras cual el carbón, la ropa se encontraba esparcida por todas partes y los ganchos de colgar ropa que había en la pared estaban tan desnudos y abandonados que parecían dientes rotos empotrados en un cráneo. Había platos encima de las sillas, colillas aplastadas en el alféizar de las ventanas. Era un cuarto igual que el mío, sólo que en el suyo había una pequeña estufa de gas en un rincón y disponía de un vasar para sartenes y cacerolas. La dueña de la pensión le cobraba un precio especial porque la habitación se la limpiaba él mismo y él mismo se hacía la cama, aunque en realidad no hacía ninguna de las dos cosas. Hellfrick estaba sentado en una mecedora, enfundado en el albornoz, con los pies rodeados de botellas de ginebra. Bebía de la botella que tenía en la mano. Bebía siempre, de noche y de día, aunque no se emborrachaba nunca.

—He cambiado de idea —le dije.

Se llenó la boca de ginebra, agitó el licor dentro de la boca y se lo tragó con expresión de éxtasis.

—Eso está hecho —dijo. Se puso en pie y cruzó la habitación, en busca de los pantalones, que yacían tirados de cualquier manera. Durante unos segundos pensé que me iba a devolver el dinero que me debía, pero se limitó a rebuscar no sé qué en los bolsillos y volvió a la silla con las manos vacías. Yo seguía inmóvil.

—Ahora que me acuerdo —le dije—. Me preguntaba si me podría devolver el dinero que le presté.

—No he podido reunirlo —dijo.

—*¿Me podría devolver una parte, por ejemplo diez centavos?*

Negó con la cabeza.

—¿Cinco centavos?

—Estoy en la ruina, pollo.

Tomó otro trago. De una botella nueva, casi llena.

—No le puedo dar nada en metálico, pollo. Pero haré que tenga usted toda la leche que le haga falta. —Y pasó a explicarse. El lechero llegaría a eso de las cuatro. Yo tenía que permanecer despierto y atento a su llamada. Hellfrick entretendría al lechero durante veinte minutos cuando menos. Era un soborno, un medio de eludir el pago de la deuda, pero me

moría de hambre.

—Pero hay que pagar lo que se debe, Hellfrick. Si añadiese los intereses, acabaría usted encontrándose en una situación difícil.

—Le pagaré, joven —dijo—. Le pagaré hasta el último centavo en cuanto pueda.

Volví a mi cuarto tras cerrar con furia la puerta de Hellfrick. No quería parecer inhumano, pero la cosa pasaba ya de castaño oscuro. Yo sabía que la garrafa de tres litros y medio de la ginebra que bebía costaba como mínimo treinta centavos. Y yo estaba convencido de que era capaz de contener su alcoholismo el tiempo suficiente para pagar aunque sólo fuera lo que debía.

La noche se cernió con lentitud. Tomé asiento junto a la ventana y me entretuve liando cigarrillos de picadura con pedazos de papel higiénico. En épocas más prósperas, uno de mis caprichos había sido fumar picadura. Había comprado una caja metálica, con la que me habían dado gratis la pipa, que venia sujeta a la lata por una goma. Pero había perdido la pipa. Era un tabaco tan fuerte y basto que apenas tiraba con el papel corriente de fumar, pero liado con papel higiénico de doble hoja quedaba sólido y compacto, y a veces ardía como una antorcha.

La noche se cernió despacio, primero con sus olores frescos y a continuación con su manto de oscuridad. Del otro lado de la ventana se extendía la metrópolis, las farolas callejeras, el rojo, azul y verde de los tubos de neón que refulgían con vitalidad como flores nocturnas incandescentes. No tenía hambre, debajo de la cama había un montón de naranjas y las misteriosas risitas que me resonaban en la boca del estómago no eran más que nubes densas de humo de tabaco que se habían estancado allí y buscaban con desesperación una forma de salir.

De modo que por fin había sucedido: estaba a punto de convertirme en ladrón, en un afanador de leche de tres al cuarto. En esto se había transformado el genio de genio pasajero, el cuentista de un solo cuento: en ladrón. Me llevé las manos a la cabeza y me puse a mover el tórax adelante y atrás. Virgen Santísima. Titulares de prensa, joven promesa de la literatura sorprendido robando leche, famoso protegido de J. C. Hackmuth acusado de hurto menor, periodistas como moscas a mi alrededor, chisporroteo de cámaras fotográficas, alguna declaración, Bandini, ¿cómo fue? Pues bien, chicos, la cosa sucedió así: veréis, en realidad nado en la abundancia, por los manuscritos que me contratan en condiciones muy ventajosas y cosas por el estilo, pero el caso es que estaba trabajando en un cuento sobre un tipo que roba una botella de leche y yo quería basarme en hechos experimentados directamente por mí, ¿lo comprendéis, muchachos? El cuento aparecerá en el *Post*, se titula «El ladrón de leche». Si me dais vuestra dirección, os enviaré a todos un ejemplar gratis.

Pero no ocurriría de este modo, porque nadie conoce a Arturo Bandini y te caerán seis meses, te meterán en la cárcel, serás un delincuente ¿y qué dirá tu madre? ¿Y qué dirá tu padre? ¿No oyes ya a los tipos aquellos que se dejaban caer por la estación de servicio de Boulder, Colorado? ¿No les oyes burlarse del gran escritor al que han cogido robando una botella de leche? ¡No lo hagas, Arturo! ¡Si aún te queda un gramo de honradez, no lo hagas!

Me levanté de la silla y me puse a pasear. ¡Dame fuerzas, Dios Todopoderoso! ¡Reprímeme este impulso criminal! De pronto, como si de una revelación se tratase, el plan entero se me antojó ridículo y mezquino, pues en aquel instante se me ocurrió algo que añadir a la carta que estaba escribiendo al gran Hackmuth, y escribí durante dos horas, hasta que me dolió la espalda. Cuando miré por la ventana hacia el gran reloj del St. Paul Hotel, las saetas marcaban casi las once. La carta a Hackmuth era muy larga, tenía ya doce folios. La leí. Me pareció una imbecilidad. Sentí que la cara se me enrojecía de vergüenza. Hackmuth pensaría que yo era un subnormal por escribirle aquellas insensateces infantiles. Junté los folios y los arrojé a la papelera. Mañana sería otro día y tal vez mañana se me ocurriese una idea para escribir un cuento. En el ínterin, me comería un par de naranjas y me iría a dormir.

Daban asco aquellas naranjas. Ya sentado en la cama, hundí las uñas en la fina corteza. La carne me temblaba, se me hacía agua la boca y la vista se me nublaba sólo de pensar en ellas. Cuando mordí la pulpa amarillenta, me sentó igual que una ducha fría. Oh Bandini, dirigiéndome al reflejo del espejo de la cómoda, ¡cuántos sacrificios por el arte! Habrías podido ser un rey de la industria, un príncipe del comercio, un gran jugador de béisbol de primera división, el pichichi de la Liga Americana, con una media de 415, ¡¡pero no!! Hete aquí viviendo como un gusano día tras día, genio del hambre, fiel a una vocación sagrada. ¡Tu valentía es envidiable!

Me eché en la cama, envuelto por la oscuridad, sin ganas de dormir. El poderoso Hackmuth... ¿qué diría de todo esto? Me elogiaría, su pluma omnipotente me ensalzaría con frases llenas de elegancia y equilibrio. A fin de cuentas, la carta que pensaba enviarle no era tan deplorable. Me levanté, rebusqué en la papelera y la releí. Una carta notable, con un sentido del humor muy discreto. Hackmuth la encontraría divertida. Le impresionaría que la hubiera escrito el mismísimo autor de *El perrito rió.* ¡Esta sí que era una buena obra! Abrí el cajón lleno de ejemplares del número en que se había publicado el relato. Me eché en la cama, volví a leerlo, y empecé a reírme sin parar a causa del ingenio que revelaba, a murmurar exclamaciones de sorpresa por el hecho de haber sido yo quien lo había escrito. Luego lo leí en voz alta, deshaciéndome en ademanes delante del espejo. Cuando terminé, lágrimas de placer me manaban de los ojos y me planté delante del retrato de Hackmuth, al que di las gracias por haber sabido apreciar mi inteligencia.

Tomé asiento ante la máquina de escribir y reanudé la carta. La noche avanzaba, los folios se acumulaban. Ah, si toda la literatura fuera tan sencilla como una carta a Hackmuth. Las páginas se amontonaban, veinticinco, treinta, hasta que de pronto me miré el ombligo y descubrí la presencia de un michelín. ¡ Ironías de la vida! ¡ Había engordado, las naranjas me hinchaban! Me puse en pie inmediatamente e hice una serie de flexiones. Me contorsioné, me encogí, di vueltas. Sudaba a chorros y la respiración se me hizo jadeante. Sediento y agotado ya, me eché en la cama. Un buen vaso de leche fresca me sentaría ahora de maravilla.

En aquel instante oí que llamaban a la puerta de Hellfrick. Acto seguido, el saludo gruñente de Hellfrick al entrar la otra persona. Sólo podía tratarse del lechero. Miré el reloj: eran casi las cuatro. Me vestí a toda velocidad: pantalones, zapatos, ningún calcetín, y un jersey. El pasillo estaba vacío, siniestro a la luz roja de una bombilla vieja. Eché a andar con normalidad, sin esconderme, como hombre que se dirige al water de abajo. Dos tramos de peldaños gimientes e irritables y ya estaba en la planta baja. El camión rojiblanco de la leche Alden se encontraba estacionado junto a la pared de la pensión, en el callejón bañado por la luna. Tanteé en la caja y así con firmeza por el gollete dos botellas llenas. Me transmitieron a las manos un tacto fresco y delicioso. Segundos más tarde me encontraba de vuelta en la habitación, con las botellas de leche en la cómoda. Parecían llenar el cuarto. Como si fueran personas. Hermosísimas, gordas, suculentas.

¡Oh, Arturo, me dije, oh afortunadísimo! Será por las oraciones de tu madre, o tal vez porque Dios te ama todavía, a pesar de tus coqueteos con el ateísmo, pero el caso es que eres afortunado.

En honor de los viejos tiempos, pensé, y en honor de los viejos tiempos me postré de hinojos y bendije la cómoda tal como solíamos hacer en primera enseñanza, tal como mi madre nos había enseñado en casa: Bendice, Señor, estos alimentos que hemos recibido de Tu divina gracia, por Nuestro Señor Jesucristo, Amén. Y dije otra oración por si las moscas. Mucho después de que el lechero abandonase la habitación de Hellfrick aún seguía yo de rodillas, media hora larga de oraciones, hasta que no pude soportar las ganas de probar el sabor de la leche, hasta que las rodillas me dolieron y un dolor sordo me palpitó entre las paletillas.

Al ponerme en pie, anduve tambaleándome a causa de la tensión muscular, pero me dije

que iba a valer la pena. Saqué del vaso el cepillo de dientes, abrí una botella y llené el vaso hasta el borde. Me giré para dar la cara al retrato de J.C. Hackmuth.

—¡Por ti**,** Hackmuth! ¡A tu salud!

Y bebí con ansia hasta que, de súbito, la garganta se me congestionó y contrajo, y la boca se me inundó de un sabor asqueroso. No era leche, era suero de leche, la clase de leche que no soportaba. La escupí toda, me enjuagué con agua la boca y me precipité sobre la otra botella. Era también de suero.

## 4

S P R I N G  S T R E E T**,** un bar del otro lado de la calle, justo enfrente de la tienda de artículos usados. Fui allí a tomar una taza de café con los últimos cinco centavos que me quedaban. Lugar a la antigua usanza, serrín en el suelo, las paredes manchadas con desnudos dibujados con tosquedad. Era un bar donde se reunían los viejos, donde la cerveza era barata y dominaba un olor agrio, donde el pasado se mantenía incólume.

Me senté a una de las mesas pegadas a la pared. Recuerdo que había apoyado la cabeza en las manos. Oí la voz femenina, pero no alcé los ojos. Recuerdo que dijo «¿Qué va a ser? »

y yo creo que le contesté que un cortado. Permanecí inmóvil hasta que me pusieron la taza delante, mucho tiempo permanecí de aquella suerte, pensando en la irremediabilidad de mi destino.

El café era una bazofia. Al cortarlo con la leche me di cuenta de que la leche no era leche, ya que adquirió un color grisáceo y me supo a trapos hervidos. Eran mis últimos cinco centavos y se me encendió la sangre. Busqué en derredor a la chica que me había servido. Estaba a cinco o seis mesas de distancia, sirviendo las cervezas que llevaba en una bandeja. Me daba la espalda y advertí la morbidez tersa de sus hombros debajo del uniforme blanco, la delicada línea de los músculos del brazo, y el pelo negro, espeso y reluciente, que le caía sobre los hombros.

Se volvió por fin y le hice una seña con la mano. Su interés no pasaba de superficial, ya que se limitaba a dilatar los ojos con una expresión de frialdad aburrida. Descontando el perfil de la cara y el brillo de la dentadura, no era una mujer hermosa. Pero en aquel instante se volvió y sonrió a uno de sus maduros clientes y le aprecié una raya blanca en el borde del labio. Tenía la nariz maya, chata, de aletas grandes. Llevaba los labios sobrecargados de pintura y poseían el grosor de los labios de las negras. Era un modelo racial y como tal era una mujer hermosa, pero al mismo tiempo me resultaba extraña. Tenía los ojos muy sesgados, la piel oscura aunque no negra, y al andar los pechos se le movían de un modo que revelaba su firmeza.

Dejó de hacerme caso después de aquel primer cruce de miradas. Se acercó a la barra, donde pidió más cerveza y esperé a que se la entregara el camarero delgado. Se puso a silbar mientras aguardaba, me miró de forma indirecta y siguió silbando. Yo había dejado de hacerle señas porque había dejado bien claro que quería que se acercase a mi mesa. De súbito, abrió la boca al techo y se echó a reír por el más insondable de los motivos, tanto que hasta el camarero se la quedó mirando con asombro. Entonces se alejó bailoteando, girando la bandeja con gracia, sorteando las mesas hasta que llegó junto a un grupo situado al fondo del local. El barman la seguía con los ojos, sorprendido aún de la risa femenina. Yo, sin embargo, comprendí el motivo. La risa era por mí. Se reía de mí. Algo había en mi aspecto, mi cara, mi postura, algo en el hecho de estar allí sentado que le había hecho gracia, y mientras pensaba en ello, apreté los puños con fuerza y medité sobre mí mismo con rabia y humillación. Me palpé el pelo: iba peinado. Me palpé el cuello de la camisa y la corbata: todo estaba limpio y en su sitio. Me estiré hasta alcanzar la altura del espejo que había detrás de la barra y en él vi, desde luego, una cara enjuta y preocupada, pero ningún mono en ella, cosa que me irrité mas aun.

Esbocé una sonrisa de desprecio, la miré con fijeza y sonreí con desprecio. No se acercaba a mi mesa ni por asomo. Pasó muy cerca, incluso se aproximó a la mesa contigua, pero no se arriesgó a ir más allá. Cada vez que veía su faz oscura, los grandes ojos negros que relampagueaban de hilaridad, los labios se me curvaban en una mueca que quería ser sonrisa de desprecio. Se convirtió en un juego. El café se puso tibio, luego frío, un grumo de leche afloró a la superficie, pero no me lo tomé. La chica se movía como una bailarina, sus fuertes piernas de seda formaban montoncitos de serrín cuando sus zapatos raídos se deslizaban por el suelo de mármol.

Los zapatos eran sandalias y llevaba las tiras de cuero aseguradas con varias vueltas alrededor de los tobillos. Eran unas sandalias que se caían a pedazos; el cuero trenzado se había deshilachado. Al verlos me puse muy contento porque era un defecto criticable que tenía la chica. Era alta, de espalda muy recta, tendría unos veinte años, impecable a su manera, con excepción de aquellas sandalias que estaban hechas un asco. Así que me puse a mirarlas con fijeza, intensidad y premeditación, e incluso giraba la silla y volvía la cabeza para seguir mirándolas, al tiempo que sonreía con burla y reía para mis adentros. Estaba dejando bien claro que sus sandalias me hacían tanta gracia como a ella mi cara, o lo que

fuera. La situación produjo un efecto eficaz en la muchacha. Poco a poco se fueron apagando su bailoteo y sus piruetas, se fue limitando a correr de un lado para otro y al final acabó por servir los pedidos más bien con discreción. Estaba turbada y en cierto momento vi que bajaba los ojos con rapidez, que se miraba el calzado y que al cabo de unos minutos dejaba de reír; en la cara se le dibujé una mueca de resentimiento y al final no hacía más que mirarme con odio.

Yo no cabía en mí de satisfacción, presa de una alegría extraña. Me sentía relajado. El mundo estaba lleno de gente la mar de divertida. El barman delgado echó una mirada en mi dirección y le hice un guiño de complicidad amistosa. Cabeceó con ademán de comprensión. Lancé un suspiro y me retrepé en la silla, reconciliado con la existencia.

*La chica no me había cobrado los cinco centavos del café. Tendría que hacerlo; si no, los dejaría en la mesa y me marcharía. Pero yo no estaba dispuesto a marcharme. Esperé. Transcurrió media hora. Cuando la joven corría a la barra por más cerveza, ya no se quedaba esperando, a la vista de todos, apoyada en el pasamanos. Por el contrario, se colaba detrás del mostrador. Y ya no me miraba, aunque yo sabía que ella sabía que yo la observaba.*

Por fin vino a mi mesa directamente. Se acercó con altanería, con la barbilla alzada, con los brazos en los costados. Quise mirarla, pero no podía alzar los ojos. Miré a otra parte, sin dejar de sonreír.

—¿Quiere alguna otra cosa? —me preguntó.

El uniforme blanco le olía a almidón.

—¿A esta mierda le llamáis café? —dije.

Se echó a reír de pronto. Fue un alarido, una carcajada demencial semejante a un tintinear de platos y que terminó con la misma brusquedad con que había comenzado. Volví a mirarle los pies. Intuí señales de retroceso en su interior. Tuve ganas de ofenderla.

—A lo mejor no es café —dije—. A lo mejor es el agua que ha quedado después de hervir en ella esos zapatos tan cochinos que calzas. —Alcé la mirada y contemplé sus ojos negros y relampagueantes—. Puede que no sepas hacerlo de otra manera. A lo mejor eres torpe y desmañada por naturaleza. Pero si yo fuera mujer, no me verían con unos zapatos como ésos en una travesía de Main Street.

Jadeaba cuando terminé de hablar. Los gruesos labios le temblaban y los puños que tenía metidos en los bolsillos se retorcían bajo la rigidez del almidón.

—Eres odioso —dijo.

Sentí su odio, lo olí, incluso lo oí brotar de toda ella, pero me limité a sonreírle otra vez con desprecio.

—Esa era mi intención —le dije—. Porque ganarse tu aborrecimiento es propio de personas de categoría.

Dijo entonces algo muy raro; lo recuerdo con claridad:

—Ojalá te mueras de un ataque al corazón. Ahora mismo, en esa silla.

Aunque me eché a reír, aquello la dejó satisfecha. Se alejó sonriendo. Volvió a acercarse a la barra, en busca de más cerveza, y sus ojos corrieron a posarse en mí, brillantes a causa de la singular maldición, que, aunque no me apagó la risa, me puso incómodo. Volvió a moverse con paso de baile, a deslizarse de mesa en mesa con la bandeja en la mano, y cada vez que yo la miraba, ella me maldecía con su sonrisa, hasta que la coyuntura me produjo un efecto misterioso y comencé a ser consciente de mi interioridad, de mis órganos, de mis latidos cardíacos y de mis conmociones gástricas. Supe que no iba a volver a mi mesa y recuerdo que el detalle me alegró, y que una inquietud anómala se apoderó de mí, tanto que estaba deseoso de huir de aquel lugar, de huir del alcance de su inmutable sonrisa. Antes de irme hice algo que me complugó muchísimo. Saqué los cinco centavos del bolsillo y los dejé en la mesa. Y derramé encima la mitad del café. La chica tendría que secar el líquido con el paño.

La cochinada aquella de color marrón se extendió casi por toda la mesa y cuando me puse en pie para marcharme goteaba ya en el suelo. Al llegar a la puerta me detuve para mirarla una vez más. Me sonrió del mismo modo que antes. Hice un gesto con la cabeza hacia el café derramado. Agité los dedos en señal de despedida y salí a la calle. Me sentía a gusto otra vez. Y otra vez me dominaba la sensación de antes, la sensación de que el mundo estaba lleno de detalles divertidos.

No recuerdo lo que hice después de dejar a la chica. Es posible que fuera a la habitación de Benny Cohen, que daba a Grand Central Market. Tenía una pata de palo y una ventanilla en la pata. En el interior escondía cigarrillos de marihuana. Los vendía a quince centavos la unidad. Además vendía periódicos, el *Examiner* y el *Times.* Tenía un cuarto lleno hasta el techo de ejemplares de *The New Masses.* Quizá me pusiera triste Benny, como siempre, porque tenía un concepto muy pesimista del mundo futuro. Quizá me pusiera los dedos sucios bajo la nariz y me acusara de haber traicionado al proletariado del que yo procedía. Quizá, como siempre, me ordenase salir de la habitación, temblando como un flan, y yo bajara las escaleras mugrientas y saliese a la calle engalanada de niebla, ávido de cerrar los dedos alrededor del cuello de un imperialista. Quizá sí, quizá no; no me acuerdo.

Pero sí recuerdo la noche que pasé en mi cuarto, con las luces rojas y verdes del St. Paul Hotel iluminando intermitentemente la cama en que yo dormía, en que tirité y soñé con la cólera de la camarera, con la forma de ir bailoteando de mesa en mesa, y con la luminosidad negra de sus ojos. Lo recuerdo perfectamente, hasta el punto de olvidar que era pobre y que no se me ocurría nada en absoluto para comenzar un cuento.

Fui a buscarla al día siguiente por la mañana. No bien dieron las ocho cuando ya estaba yo en Spring Street. Llevaba en el bolsillo un ejemplar de *El perrito rió.* Cambiaría la opinión que tenía de mí si leía la historia. Había firmado el ejemplar y lo llevaba en el bolsillo trasero, listo para sacarlo a la menor observación. Pero el local estaba cerrado a hora tan temprana. Se llamaba Columbia Buffet. Pegué la nariz al ventanal y miré el interior. Las sillas estaban amontonadas sobre las mesas y un viejo con botas de goma fregaba el suelo. Anduve un par de manzanas, el aire húmedo, azulenco ya a causa de los gases carbónicos. Me pasó por la cabeza una idea genial. Saqué el ejemplar de la revista y borré la firma. En su lugar puse: «A una princesa maya de un gringo insignificante». No estaba mal, era justo lo que convenía. Volví al Columbia Buffet y golpeé el ventanal. El viejo abrió la puerta con las manos mojadas, el pelo chorreándole sudor.

—¿Cómo se llama la chica que trabaja aquí? —le pregunté.

—¿Te refieres a Camila?

—La que estaba trabajando aquí anoche mismo.

—Sí, es ella —dijo——. Camila López.

—¿Querría entregarle esto? —dije—. Personalmente, por favor. Dígale que vino un tipo y que le dijo que se lo diera.

Se secó las manos goteantes en el delantal y cogió la revista.

—Tenga cuidado —dije—. Es de valor.

El viejo cerró la puerta. Por el escaparate le vi volver cojeando donde le esperaban el cubo y el mocho. Dejó la revista en la barra y siguió trabajando. Una brisa ligera agitó las páginas de la revista. Mientras me alejaba tuve miedo de que el viejo se olvidase. Cuando llegué al Civic Center me di cuenta de que había cometido una grave equivocación: una dedicatoria como aquélla no impresionaría a una chica así. Volví corriendo al Columbia Buffet y golpeé el ventanal con los nudillos. Oí los gruñidos y maldiciones del viejo mientras trasteaba con la cerradura. Se enjugó el sudor de los ojos ancianos y volvió a tenerme ante si.

—¿Podría devolverme la revista? —dije—. Quisiera escribir una cosa.

El viejo no entendía nada de nada. Cabeceó, suspiró y me dijo que pasara.

—Cógela tú mismo, coño —dijo—. Yo tengo trabajo.

Abrí la revista encima de la barra y borré la dedicatoria a la princesa maya. En su lugar puse:

*Distinguida Zapatos Rotos:*

*Tal vez no lo sepas, pero anoche ofendiste al autor de esta historia. ¿Sabes leer? De ser así, invierte quince minutos de tu tiempo y permítete el lujo de saborear una obra maestra. Ten cuidado la próxima vez. No todos los que entran en este cuchitril son pordioseros.*

*Arturo Bandini*

Tendí la revista al viejo, pero no apartó los ojos de la faena.

—Désela a la señorita López —dije—. Y procure que llegue directamente a sus manos.

El viejo soltó el mocho, se limpió el sudor de la cara llena de arrugas y señaló con el dedo la puerta principal.

—¡Largo de aquí! —dijo.

Volví a dejar la revista en la barra y me alejé con parsimonia. Al llegar a la puerta me volví y saludé al viejo con la mano.

## *5*

M U C H A hambre no pasaba. Debajo de la cama me quedaban aún algunas naranjas secas. Me comí tres o cuatro al anochecer y cuando estuvo oscuro bajé por Bunker Hill hasta el centro. Me aposté en un zaguán en sombras, enfrente del Columbus Buffet, y me puse a espiar a Camila López. La misma del día anterior y llevaba el mismo uniforme blanco. Nada más verla me eché a temblar y una extraña sensación ardiente me inundó la garganta. Al cabo de unos minutos, sin embargo, desapareció la extrañeza y me quedé en las sombras hasta que me dolieron los pies.

*Me alejé al ver que un policía se me acercaba. Era una noche tórrida. El viento arenoso del desierto de Mojave había azotado la ciudad. Cada vez que tocaba algo, diminutos granos pardos de arena se me quedaban pegados a los dedos y cuando volví a mi cuarto descubrí que la arena se había introducido en el mecanismo de la máquina de escribir nueva. Tenía arena en las orejas y en el pelo. Cayó al suelo como la pólvora cuando me desnudé. Había arena incluso entre las sábanas. Echado en la oscuridad, la luz roja del St. Paul Hotel que bombardeaba la cama de manera intermitente era azulenca ahora, tonalidad espectral que invadía la habitación para marcharse al instante.*

Al día siguiente ya no podía con las naranjas. Me daba náuseas pensar en ellas. A mediodía, tras un paseo sin objeto por el barrio central, me venció la autocompasión y me sentí incapaz de dominar la tristeza. Al volver a la habitación me eché en la cama y lloré de tal modo que las lágrimas me salían de lo más profundo. Me desahogué por todos los poros y cuando ya no pude llorar más me volví a sentir bien. Me sentí limpio y auténtico. Tomé asiento y escribí a mi madre una carta llena de sinceridad. Le dije que durante semanas le había mentido; y que por favor me enviase dinero porque quería ir a casa.

Mientras escribía la carta entró Hellfrick. Llevaba los pantalones puestos, el albornoz no, y al principio no lo reconocí. Depositó quince centavos en la mesa sin el menor comentario.

—Yo soy un hombre honrado, joven —dijo—. Tan honrado como horas tiene el día. —Y se fue.

Cerré la mano con fuerza alrededor de las monedas, salí pitando por la ventana y fui corriendo al colmado. El pequeño japonés tenía ya preparada la bolsa de papel junto a la caja de las naranjas y se asombró al ver que pasaba de largo y me dirigía a la sección de artículos de primera necesidad. Me compré dos docenas de rosquillas. Las engullí lo más aprisa que pude, sentado en la cama y regándolas con tragos de agua. Volví a sentirme bien. Tenía el estómago lleno y aún me quedaban cinco centavos. Rompí la carta que pensaba mandar a mi madre y me tumbé en espera de que llegase la noche. Con los cinco centavos podía volver al Columbia Buffet. Aguardé, lleno de comida, lleno de deseo.

Me vio en cuanto entré. Y se alegró de yerme; me di cuenta porque los ojos se le dilataron. La cara se le iluminó y a mí se me hizo otro nudo en la garganta. Me sentí muy contento al instante, seguro de mí mismo, limpio y consciente de mi juventud. Tomé asiento ante la misma mesa delantera. Había música en el local aquella noche, piano y violín; dos gordas con cara de macho y pelo corto. Tocaban *Over the waves.* Tararí tará y contemplé el bailoteo de Camila con la bandeja de las cervezas. Tenía el cabello muy negro, muy negro y muy espeso, igual que racimos de uva que le ocultaran el cuello. Aquel lugar era sagrado. Todo estaba impregnado de santidad y bendición allí, las sillas, las mesas, el paño que llevaba en la mano, el serrín que ella pisaba. Era una princesa maya y aquél era su castillo. Observé el deslizamiento de las sandalias estropeadas por el suelo y deseé aquellas sandalias. Me habría gustado dormirme abrazado a ellas. Me habría gustado abrazarme a ellas y aspirar su aroma.

No se acercaba a mi mesa, pero me sentía contento. No vengas en seguida, Camila; deja que esté un rato solo para acostumbrarme a este insólito entusiasmo; permíteme estar solo mientras viajo con la cabeza por el encanto infinito de tu gloria radiante; déjame solo un ratito nada más para desear y soñar con los ojos bien abiertos.

Vino por fin con una taza de café en la bandeja. El mismo café, la misma taza parduzca y desportillada. Se acercó con los ojos más negros y dilatados que nunca, con paso quedo, con sonrisa intrigante, y el corazón se me puso a latir con tanta fuerza que pensé que iba a desmayarme. Cuando estuvo a mi lado, noté el ligero perfume de su sudor junto con el olor penetrante y limpio del uniforme almidonado. El olor me dominó, me volvió idiota y me puse a respirar por la boca para eludirlo. Me sonrió para darme a entender que quitaba importancia

al café derramado la noche anterior; más aún, me dio la sensación de que le había gustado el episodio, de que se alegraba y me lo agradecía.

—No sabía que tuvieras pecas —me dijo.

—Te aseguro que no significan nada para mí —le dije.

—Lamento lo del café —dijo—. Todo el mundo pide aquí cerveza. No nos suelen pedir café.

—No me extraña. Es una auténtica porquería. Yo también tomaría cerveza si me lo pudiera permitir.

Me señaló la mano con un lápiz.

—Te muerdes las uñas —dijo——. No deberías hacerlo.

Me metí las manos en los bolsillos.

—¿Quién eres tú para decirme lo que debo hacer?

—¿Te apetece una cerveza? —dijo——. Te la traeré. Yo te Invito

—No tienes por qué invitarme a nada. Me tomaré este café hipotético y me largaré de aquí.

Fue hasta la barra y pidió una cerveza. Vi que la pagaba con un puñado de monedas que sacó del bolsillo del uniforme. Me trajo la cerveza y me la puso bajo la nariz. Aquello me ofendió.

—Llévatela —dije—. No la quiero. He dicho que voy a tomar café, no cerveza.

Alguien que estaba al fondo la llamó por su nombre y la joven se alejó con premura. Le vi las corvas cuando se inclinó sobre la mesa para recoger las jarras de cerveza vacías. Me removí en la silla y con los pies toqué algo que había debajo de la mesa. Era una escupidera. La chica estaba otra vez junto a la barra, me sonrió y cabeceó para animarme a probar la cerveza. Yo me sentía maligno, perverso. Le hice una seña para llamar su atención y vacié la jarra en la escupidera. Se mordió el labio inferior con la blanca fila de dientes y se puso pálida. Los ojos le relampaguearon. Me sentí muy a gusto y satisfecho. Me retrepé en la silla y sonreí con los ojos fijos en el techo.

Desapareció tras un delgado tabique en lo que hacía las veces de cocina. Reapareció con una sonrisa en los labios. Llevaba las manos en la espalda, ocultando algo. El viejo al que había visto por la mañana salió de detrás del tabique. Sonreía con actitud expectante. Camila me hizo una seña con la mano. Estaba a punto de suceder lo peor: lo presentía. La joven enseñó las manos y vi que en ellas llevaba el número de la revista en que se había publicado *El perrito rió.* Agitó la revista en el aire, pero no la veía prácticamente nadie, de manera que su actuación estaba dedicada a mí y al viejo en exclusiva. El viejo observaba con los ojos muy abiertos. Se me secó la boca en cuanto vi que los dedos mojados de la joven pasaban las páginas de la revista y se detenían al llegar a mi cuento. Torció la boca mientras sujetaba la revista entre las rodillas y arrancaba las páginas. Sin dejar de sonreír, alzó la mano por encima de la cabeza y sacudió las hojas arrancadas. El viejo movió la cabeza en señal de aprobación. La sonrisa de la joven se mudó en determinación en el momento de romper las páginas en pedazos muy pequeños y éstos en otros más pequeños aun. Con ademán de quien acaba una operación, abrió los dedos y los pedacitos de papel cayeron en la escupidera que tenía a los pies. Esbocé una sonrisa forzada. Dio un par de palmadas con aire de aburrimiento, como quien se sacude el polvo de las manos. Apoyó entonces una mano en la cadera, alzó un hombro y se alejó con paso cansino. El viejo se quedó quieto durante un minuto. Sólo él la había visto. Terminada la función, se perdió tras el tabique.

Mi sonrisa era una mueca espantosa y por dentro lloraba por *El perrito rió,* por cada una de sus frases redondas, por los pequeños botones poéticos que había en la historia, la primera que había escrito, lo mejor que podía enseñar para justificar mi vida entera. Era el resumen de todo lo bueno que había en mí, aprobado y publicado por el gran J. C. Hackmuth, y ella lo había hecho trizas y arrojado a una escupidera.

Al cabo de un rato eché la silla atrás y me puse en pie con ánimo de marcharme. Ella estaba junto a la barra y me vio ir hacia la puerta. Había compasión en sus facciones, una leve sonrisa de pesar por lo que había hecho, pero mantuve la mirada apartada de ella y salí a la calle, contento porque el estrépito infernal de los tranvías y los ruidos anómalos de la ciuda4 me rompiesen los tímpanos y me encerraran en una esfera de estampidos y chirridos. Me alejé con las manos en los bolsillos.

Me había alejado unos quince metros cuando oí que alguien me llamaba. Me volví. Era ella, corría sin hacer ruido y en los bolsillos le tintineaban las monedas.

— ¡Chico! —exclamó—. ¡Eh, muchacho!

Esperé hasta que llegó a mi altura, sin aliento, hablando con precipitación y amabilidad.

—Lo siento —dijo——. No quise hacerlo.., de verdad.

—Tranquila —dije.... No tiene la menor importancia.

No dejaba de mirar hacia el bar.

—Tengo que volver —dijo—. Hago falta. Vuelve mañana por la noche, ¿quieres? ¡Por favor! También sé ser simpática. Lamento mucho lo de hoy. Por favor, ven mañana. —Me dio un apretón en el brazo—. ¿Vendrás?

—Tal vez.

Sonrió.

—¿Me perdonas?

—Claro.

Me quedé en mitad de la acera y la vi alejarse corriendo. Se volvió a los pocos pasos, me echó un beso con la mano y exclamó:

—¡Mañana por la noche! ¡No te olvides!

—¡Camila! —dije—. Espera. Sólo será un instante.

Corrimos el uno hacia el otro y nos encontramos a mitad de trayecto.

—¡Date prisa! —dijo——. Podrían despedirme.

Le miré los pies. Se dio cuenta de que pasaba algo y advertí su distanciamiento. Me dominó entonces una sensación de bondad, de frescura, de remozamiento, como si me cubriera una piel nueva. Le hablé con mucha calma.

—Las sandalias que calzas, ¿es necesario que las lleves, Camila? ¿Tienes que subrayar hasta ese extremo que siempre has sido y serás una sudaca asquerosa y grasienta?

Me miró horrorizada, con la boca abierta. Unió las manos, se las llevó a los labios y entró corriendo en el bar. Alcancé a oír sus quejidos: oh, oh, oh.

Enderecé la espalda y me alejé contoneándome, silbando de satisfacción. En el arroyo de la calle, junto al bordillo, vi una colilla de buen tamaño. No tuve empacho en cogerla, la encendí con un pie metido aún en el arroyo, aspiré el humo y lo expulsé hacia las estrellas. Yo era americano y me sentía orgullosísimo de ello, hasta los caireles. La gran ciudad en que estaba, el asfalto poderoso que me sostenía y los edificios soberbios que me cobijaban eran la expresión de mi América. De entre la arena y los cactos los americanos habíamos sabido levantar un imperio. La raza de Camila había tenido su oportunidad. Y la había desaprovechado. Los americanos lo habíamos conseguido. Gracias, Dios mío, por la patria que me has dado. Gracias, Dios mío, por haberme hecho nacer en América.

# 6

S U B Í a mi habitación por los polvorientos peldaños de Bunker Hill y pasé ante los edificios forrados de hollín que jalonaban aquella calle en sombras; la arena, el aceite y la grasa asfixiaban las palmeras inútiles que se erguían cual prisioneros moribundos, encadenados a un mínimo pedazo de tierra y con los pies ocultos por el asfalto negro. Polvo y edificios viejos, viejos asomados a las ventanas, viejos que salían tambaleándose por las puertas, viejos que avanzaban con esfuerzo infinito por la calle en sombras. Viejos procedentes de Indiana, de Iowa, de Illinois, procedentes de Boston, de Kansas City, de Des Moines, viejos

que habían vendido la casa y la tienda, que habían llegado en tren y en autobús a la tierra del sol, para morir al sol, apenas con el dinero necesario para vivir hasta que el sol los exterminase, los arrancara de raíz cuando les llegara la hora, lejos de la prosperidad pretenciosa de Kansas City, de Chicago y de Peoria para encontrar un lugar en el sol. Pero cuando llegaron se dieron cuenta de que otros ladrones, más listos que ellos, se habían quedado con todo, que hasta el sol era de los demás; Smith, Jones, Parker, farmacéuticos, banqueros, panaderos, polvo de Chicago, Cincinnati y Cleveland en los zapatos, condenados a morir al sol, unos dólares en el banco, suficientes para suscribirse al *Los Angeles Times,* suficientes para mantener vivo el espejismo de que estaban en el paraíso, de que sus casas de cartón piedra eran castillos. Los desarraigados, los vacíos y melancólicos, los viejos y los jóvenes, gente de mi tierra. Tales eran mis vecinos, tales eran los nuevos californianos. Con sus jerseys deportivos y sus gafas de sol, estaban en el paraíso, estaban en su medio natural.

Pero en la parte baja, en Main Street, Towne y San Pedro y en los dos últimos kilómetros de Fifth Street vivían decenas de miles de ciudadanos distintos; no tenían para comprarse gafas de sol ni jerseys deportivos aunque fueran baratos, y se ocultaban durante el día en las callejas y por la noche se metían en pensiones de mala muerte. Ningún policía de Los Angeles detenía por vagancia a nadie que llevase jersey deportivo y gafas de sol. Pero no dudaba en perseguir al que llevase los zapatos cubiertos de polvo y un jersey grueso como los que se llevan en los países fríos. De modo, chicos, que ya podéis compraros un jersey deportivo, unas gafas oscuras y unos zapatos blancos; si podéis. Integraos en algún club o sociedad. De todos modos no tenéis escapatoria. Al cabo de un tiempo, tras ingerir dosis masivas del *Times* y el *Examiner,* también vosotros la querréis correr en el soleado sur. Comeréis hamburguesas año tras año y viviréis en pisos y hoteles polvorientos e infestados de bichos, pero todas las mañanas veréis el sol maravilloso, el sempiterno azul del cielo, y las calles estarán llenas de mujeres provocativas que no poseeréis jamás, y las tórridas noches cuasitropicales os hablarán de historias de amor que no viviréis nunca; pero no os preocupéis, muchachos, seguiréis estando en el paraíso, en la tierra del sol.

En cuanto a los del mismo lugar que vosotros, les podéis mentir, porque no soportan la verdad, no querrán aceptarla y antes o después también ellos querrán mudarse al paraíso. A los del mismo lugar que vosotros no les podéis engañar. Saben lo que es la Baja California. Leen los periódicos, leen las revistas ilustradas que se venden en todos los quioscos y librerías de América. Han visto fotos de las casas que tienen los astros y estrellas de la pantalla. No les podéis contar nada nuevo sobre California

Tumbado en la cama me puse a pensar en ellos mientras contemplaba el ir y venir de las luces rojas y parpadeantes del St. Paul Hotel, y me sentí muy mal, porque aquella noche me había comportado como ellos. Como Smith, como Parker, como Jones, aunque nunca había pertenecido a su misma clase. ¡Ah, Camila! De niño, allá en Colorado, eran Smith, Parker y Jones los que me ofendían con sus motes despectivos, los que me llamaban macarroni, espaguetini y aceitoso, y sus hijos me insultaban como yo te he insultado esta noche. Me hicieron tanto daño que jamás podría ser como ellos, me obligaron a encerrarme en los libros, a encerrarme en mí mismo, a huir de aquel pueblo de Colorado, y a veces, Camila, cuando les veo la cara vuelvo a experimentar la misma humillación, el mismo desprecio de entonces, y a veces me alegro de que estén aquí, pudriéndose al sol, desarraigados, engañados por su propia inhumanidad, las mismas caras, las mismas bocas rígidas y endurecidas, caras de mi pueblo, deseosas de llenar su vacío existencial con un sol abrasador.

Los veo en el vestíbulo de los hoteles, los veo tomando el sol en los parques, salir renqueando de las iglesias pequeñas y feas, con una cara tan volcada sobre sus dioses extraños que sólo refleja pesimismo, en el Templo de Aimée, la predicadora radiofónica, en la Iglesia de Yo Soy El Que Soy.

Los he visto salir haciendo eses de sus palacios de cine, entornar sus ojos vacíos ante la

realidad de todos los días, volver a casa tambaleándose para leer el *Times*, para saber qué pasa en el mundo. He vomitado al leer su prensa, he leído sus libros, observado sus costumbres, comido su comida, deseado a sus mujeres, abierto la boca ante el arte que producen. Pero soy pobre, mi apellido termina en vocal, me odian a mí y odian a mi padre, y al padre de mi padre, y si por ellos fuera, me sacarían la sangre, me sacrificarían, pero ya son viejos, agonizan al sol y en el polvo tórrido del camino, y yo soy joven y estoy lleno de esperanzas y de amor por mi patria y mi época, y cuando te llamo sudaca y aceitosa, no te lo digo con el corazón, sino por el resabio de una antigua herida, y siento vergüenza por el daño que te he hecho.

## 7

P I E N S O en la Pensión Alta Loma, me acuerdo de las personas que vivían allí. Recuerdo el primer día que pasé en ella. Recuerdo que entré en el vestíbulo oscuro, cargado con dos maletas, una de ellas atiborrada de ejemplares de *El perrito rió.* Fue hace mucho, pero me acuerdo como si fuera ayer. Había llegado en autobús, lleno de polvo hasta las cejas, con el polvo de Wyoming, de Utah y de Nevada en el pelo y en los oídos.

—Quiero una habitación barata —dije.

La propietaria tenía el pelo blanco. En torno del cuello lucía una gorguera ajustada como

un corsé. Era una mujer alta, de setenta y tantos años, y realzaba su estatura poniéndose de puntillas y mirándome por encima de las gafas.

—¿Tiene trabajo? —dijo.

—Soy escritor —dije—. Espere, puedo demostrárselo.

Abrí la maleta y saqué un ejemplar.

—Lo he escrito yo —le dije. En aquella época yo era muy impaciente, muy soberbio—. Se lo voy a regalar —añadí—. Se lo dedicaré.

Cogí la pluma del escritorio, pero estaba seca y tuve que mojarla en el tintero; removí la lengua mientras pensaba en algo simpático que ponerle.

—¿Cómo se llama usted? —le pregunté.

—Soy la señora de Hargraves —me dijo sin el menor entusiasmo. — ¿Por qué?

*Como le estaba haciendo un favor, no tenía tiempo de responder a ninguna pregunta, así que escribí en la parte superior de la página donde comenzaba el relato: «Para una dama de encanto inefable, de maravillosos ojos azules y sonrisa generosa, del autor, Arturo Bandini».*

La verdad es que tenía una sonrisa que le destrozaba la cara, ya que le acentuaba el mapa de arrugas que le agrietaba la piel reseca de la boca y las mejillas.

—No aguanto las historias sobre perros —dijo, escondiendo la revista. Me miró por encima de las gafas desde una atalaya más elevada aún.

—¿Es usted mexicano, joven? —dijo.

Me señalé con el dedo y rompí a reír.

—¿Mexicano yo? —Negué con la cabeza—. Soy americano, señora Hargraves. Además, tampoco es un cuento sobre perros. Es sobre un hombre y está muy bien. No sale ni un solo perro en toda la historia.

—En esta pensión no admitimos a los mexicanos —dijo.

—Que no soy mexicano. Y el título del cuento lo saqué de la fábula. Ya sabe: «Y el perrito rió al ver una cosa tan rara».

—Ni a los judíos.

Me inscribí. Mi firma era de antología en aquella época, compleja, exótica, ilegible, con una rúbrica soberbia de no te menees: una firma más inextricable incluso que la del gran Hackmuth. Después de la firma, puse: «Boulder, Colorado».

Analizó mis garabatos con minuciosidad.

—Pero ¿cómo se llama usted, joven? —con frialdad. Me sentí desilusionado porque ya se había olvidado del autor de *El perrito rió* y de que su nombre figuraba impreso en mayúsculas en la revista. Le dije cómo me llamaba. Lo anotó con cuidado encima de la firma. Acto seguido se fijó en lo escrito en el otro extremo de la hoja.

—Señor Bandini —dijo mirándome con frialdad—. Boulder no está en Colorado.

—¿Cómo que no? —dije—. Pero si vengo de allí. Salí del pueblo hace dos días.

Se mostró inflexible y resuelta.

—Boulder está en Nebraska. Hace treinta años, mientras veníamos aquí, mi marido y yo pasamos por Boulder, Nebraska. De modo que hágame el favor de rectificar.

—¡Le digo que Boulder está en Colorado! Allí viven mi madre y mi padre. Y allí fui yo a la escuela.

Metió la mano bajo el tablero de la escribanía y sacó la revista. Me la alargó.

—Joven, en esta pensión no hay lugar para usted. Aquí sólo se hospedan personas respetables, personas decentes.

No cogí la revista. El viaje en autobús me había dejado molido, hecho fosfatina.

—Muy bien —dije—. Está en Nebraska. —Y lo apunté, taché Colorado y escribí Nebraska encima.

La propietaria quedó satisfecha y complacida, me sonrió y hojeó la revista.

—¡Así que es usted escritor! —dijo——. Es extraordinario. —Volvió a guardar la

revista—. Bienvenido a California —añadió——. Le gustará esto.

¡Vaya con la señora Hargraves! Estaba sola, muy confusa, pero mantenía la dignidad. Una tarde me condujo a las habitaciones que ocupaba en el último piso. Fue como adentrarse en una cripta llena de polvo. Su marido había muerto, pero treinta anos atrás había sido propietario de un almacén de herramientas en Bridgeport, Connecticut. Había un retrato suyo en la pared. Un hombre magnífico que ni fumaba ni bebía y que había fallecido de un ataque al corazón; con una cara delgada y seria, realzada por el marco grueso y recargado, y que aún manifestaba desprecio por el tabaco y la bebida. Vi la cama en que había muerto, alta, de caoba, con dosel; vi sus ropas en el armario y sus zapatos en el suelo, con la puntera levantada a causa del tiempo transcurrido. En la repisa de la chimenea se conservaba la jabonera con que se afeitaba, siempre se afeitaba en casa, se llamaba Bert. ¡Ay, Bert! Bert, solía decir ella, ¿por qué no vas a la barbería?, y Bert se echaba a reír porque sabía que era mejor barbero que los barberos normales.

Bert se levantaba siempre a las cinco de la mañana. Procedía de una familia de quince hijos. Era muy mañoso. Durante años se había encargado de reparar todos los desperfectos menores de la pensión. En tres semanas había pintado el exterior del edificio. Solía decir que era mejor pintor que los pintores normales. Durante dos horas me habló de Bert y ¡Señor, Señor!, cómo había amado a aquel hombre, hasta en la muerte; sólo que no había muerto; estaba en aquellas habitaciones, velando por ella, protegiéndola, desafiándome a que la ofendiera. Bert acabó por darme miedo y me entraron ganas de salir disparado. Tomamos té. El té estaba rancio. El azúcar se había humedecido y apelmazado. Las tazas de té estaban cubiertas de una película de polvo y no sé por qué, pero el té me supo a rancio y las galletitas resecas me supieron a muerte. Cuando me levanté y me fui, Bert me siguió por el pasillo, desafiándome a que pensara en él con cinismo. Durante dos noches me acosó, me amenazó, incluso me quiso camelar en la cuestión del tabaco.

Recuerdo al chico aquel de Memphis. Nunca le pregunté su nombre y él no me preguntó nunca el mío. Nos limitamos a decirnos «Hola». No llevaba mucho tiempo allí, unas semanas. Tenía la cara llena de granos y siempre se la cubría con las manos cuando tomaba asiento en el soportal delantero de la pensión: siempre estaba allí a última hora de la noche; las doce, la una, las dos, y cuando volvía me lo encontraba meciéndose en la mecedora de mimbre, con los dedos nerviosos toqueteándose la cara, recorriéndose el pelo negro y largo. «Hola», le decía yo, «Hola», me respondía.

El polvo incesante de Los Angeles le elevaba la temperatura. Era un buscador de aventuras más empedernido que yo y andaba todo el día por los parques en busca de amores retorcidos. Pero era tan feo que no satisfacía nunca sus ambiciones y las noches cálidas de estrellas bajas y luna amarilla le obligaban a salir de su cuarto con desasosiego hasta que despuntaba el amanecer. Una noche, sin embargo, se puso a hablar conmigo y yo me sentí asqueado e infeliz cuando me contó sus recuerdos de Memphis, Tennessee, donde las personas eran personas de verdad y donde los amigos eran amigos. Algún día se marcharía de esta ciudad despreciable, algún día volvería allí donde la amistad tenía importancia, y la verdad es que se marchó y me mandó desde Forth Worth, Texas, una postal firmada por «El chico de Memphis».

También vivía allí Heilman, que estaba suscrito al Club del Libro del Mes. Un gigante de brazos como vigas y extremidades inferiores que no le cabían en el pantalón. Trabajaba de cajero en un banco. Tenía a la mujer en Moline, Illinois, y un hijo en la Universidad de Chicago. Detestaba el suroeste, el odio le brotaba a chorros de la caraza, pero estaba mal de salud y estaba condenado a quedarse o perecer. Se burlaba de todo lo de la costa occidental. Se ponía enfermo cada vez que en un partido de rugby resultaba derrotado un equipo de la costa este. Cuando se mencionaba al equipo de los Troyanos, escupía. Odiaba el sol,

maldecía la niebla, insultaba a la lluvia, soñaba siempre con las nieves mesooccidentales. Recibía en el buzón un paquete grande una vez al mes. Solía verle en el vestíbulo, leyendo siempre. Nunca me prestó ningún libro.

—Cuestión de principios —decía.

Pero me regalaba el *Boletín del Club del Libro del Mes,* una revistílla que comentaba los últimos libros que aparecían. Todos los meses me la dejaba en el buzón.

*Y la pelirroja de San Luis que siempre preguntaba por los filipinos. Dónde vivían. Cuántos había. Si conocía yo a alguno. Una pelirroja macilenta, con pecas de color café del escote para abajo, procedente de San Luis. Siempre vestía de verde, la cabeza cobriza demasiado llamativa para ser bella, los ojos demasiado grises para la cara que tenía. Trabajó en una lavandería, pero el jornal era tan exiguo que se despidió. También ella recorría las calles caldeadas. Una vez me prestó veinticinco centavos, otra vez me prestó sellos. Hablaba sin parar de los filipinos, le daban lástima, creía que no se arredraban ante los prejuicios raciales. Un día se marchó y otro día la vi de nuevo, paseando por la calle, con la cabeza aureolada de sol, con un filipino bajito del brazo. El filipino estaba orgullosísimo de ella. Su traje de hombreras anchas y cintura ceñida era el último grito de la moda macarra, pero a pesar de los tacones gruesos que llevaba, era treinta centímetros más bajo que ella.*

De todos ellos, sólo uno leyó *El perrito rió.* En aquellos días primerizos firmé muchos ejemplares que dejé en la sala de espera. Cinco o seis ejemplares, y los dejé en sitios muy visibles, en la mesa de lectura, en el sofá, incluso en los sillones hondos de cuero, para que tuvieran que cogerse al sentarse. No los leyó nadie, ni Dios, salvo una persona. Durante una semana estuvieron rodando por allí, aunque apenas se tocaban. Cuando el mozo japonés limpiaba el salón, ni siquiera se tomaba la molestia de cambiarlos de sitio. Al atardecer se jugaba allí al bridge y un grupo de huéspedes veteranos se reunía para charlar y entretenerse. Me colé en el salón, busqué asiento y me puse a observar. Fue desalentador. Una señora gorda que ocupaba uno de los sillones, se había sentado encima de un ejemplar sin preocuparse siquiera de apartarlo. Hasta que llegó el día en que el mozo japonés recogió todos los ejemplares y los puso en un pulcro montón en la mesa de lectura. Comenzaron a criar polvo. De tarde en tarde, cada tantos días, les pasaba el pañuelo por encima y volvía a distribuirlos. Siempre volvían intactos al pulcro rimero de la mesa de lectura. Tal vez supieran que yo era el autor del relato e hiciesen adrede caso omiso de él. Tal vez se tratase, sencillamente, de que les importaba un comino. Ni siquiera Heilman lo tocó, a pesar de lo mucho que leía. Ni siquiera la propietaria de la pensión. Y yo sacudía la cabeza y me decía: todos son unos cretinos. El cuento hablaba del mismo Oeste Medio del que ellos procedían, hablaba de Colorado y de una ventisca, y sin embargo allí estaban, con el alma sin raíces y la cara bronceada por el sol, agonizando en un desierto calcinado, con la patria chica al alcance de los dedos, exactamente entre las páginas de aquellos ejemplares. Y yo me decía: bueno, siempre ha sido así: Poe, Whitman, Heine, Dreiser y ahora Bandini; y al pensar de esta manera me sentía menos herido, menos solo.

La persona que leyó el cuento se llamaba Judy y se apellidaba Palmer. Llamó a mi puerta aquella tarde, abrí y la vi. Llevaba en la mano un ejemplar de la revista. No tenía más que catorce años, un flequillo de pelo castaño y una cinta roja atada con lazo en lo alto de la frente.

—¿Es usted el señor Bandini? —dijo.

Por su mirada comprendí que había leído *El perrito rió.* Lo supe inmediatamente.

—Has leído el cuento, ¿verdad? —dije—. ¿Qué te ha parecido?

Estrechó la revista contra el pecho y me sonrió.

—Me parece maravilloso —dijo——. ¡Superior, de veras! La señora Hargraves me dijo que lo había escrito usted. Me dijo también que usted a lo mejor me regalaba un ejemplar.

El pecho se me dilató de alegría.

—¡Pasa, pasa! —dije—. ¡Bienvenida seas! ¡Siéntate! ¿Cómo te llamas? Naturalmente que te puedo regalar un ejemplar. ¡Naturalmente! Pero pasa, por favor.

Crucé corriendo la habitación y le ofrecí la mejor silla que tenía. Se sentó con gran delicadeza, el vestido infantil que llevaba ni siquiera le ocultaba las rodillas.

—¿Te apetece un vaso de agua? —dije—. Hoy hace mucho calor. ¿No tienes sed?

No tenía sed. Sólo tenía nerviosismo. Me di cuenta de que yo la asustaba. Procuré ser más simpático, ya que no la quería espantar. Era una primera época en que aún tenía algo de dinero.

—¿Te apetece un helado? —añadí—. ¿ Quieres que vaya a buscarte un batido o alguna otra cosa?

—No puedo quedarme —dijo——. Mamá se enfadaría.

*—¿Vives aquí? —dije—. ¿Ha leído también tu madre el cuento? ¿Cómo te llamas? —Sonreí con orgullo—. Mi nombre ya lo sabes, por supuesto —añadí—. Soy Arturo Bandini.*

—Claro que lo sé, claro que lo sé —dijo jadeando, y los ojos se le dilataron con tal admiración que deseé arrojarme a sus pies y ponerme a llorar. Notaba en la garganta el cosquilleo que precede al llanto.

—¿Seguro que no quieres un helado?

Tenía unos modales deliciosos, levantada la barbilla de color de rosa, las manos pequeñitas estrujando la revista.

—No, gracias, señor Bandini.

—¿Y una Coca-cola? —dije.

—Gracias —dijo con una sonrisa—. No.

—¿Y una limonada?

—No. Gracias.

—¿Cómo te llamas? Yo soy... —pero me detuve a tiempo.

—Judy —dijo.

—Judy! —dije, y me puse a repetirlo—. Judy. Judy. ¡Es maravilloso! —exclamé—. Suena a nombre de estrella. Es el nombre más hermoso que conozco.

—Gracias -dijo.

Abrí el cajón de la cómoda donde guardaba los ejemplares de la revista. Estaba bien surtido, quedarían unos quince.

—Voy a regalarte un ejemplar totalmente nuevo —le dije—. Y te lo firmaré. Te pondré algo bonito, algo muy especial.

La cara se le arreboló de placer. No bromeaba la jovencita; estaba emocionada de verdad y su alegría era como agua fría que me cayera en la cara.

—Te daré dos ejemplares —añadí—. ¡Y te firmaré los dos!

—Es usted muy amable —dijo. Me observó mientras yo abría el tintero—. Lo sé por el cuento que ha escrito.

—No tienes que tratarme de usted, Judy —dije—. No soy mucho mayor que tú. —No quería parecer mayor ante ella. Me reduje la edad todo lo que pude—. Sólo tengo dieciocho años —mentí.

—¿Sólo dieciocho? -dijo asombrada.

—Cumpliré los diecinueve dentro de un par de meses.

Le puse una dedicatoria especial en los dos ejemplares. No recuerdo los términos exactos, pero estaba muy bien, me salió del corazón porque lo sentía desbordar de gratitud. Yo quería más, no obstante, seguir oyendo su voz dulce y apagada, retenerla en mi cuarto lo más que pudiese.

—Me harías un gran honor —le dije—, me harías muy feliz, Judy, si me leyeras el cuento

en voz alta. No me ha pasado nunca y me gustaría oírlo.

—¡Y a mí me encantaría leérselo! —dijo, y se puso erecta, rígida a causa de la ansiedad. Me eché en la cama, hundí la cara en el almohadón y la jovencita leyó el cuento con una voz dulcísima que me hizo derramar lágrimas durante las cien primeras palabras. Fue igual que un sueño, como si la voz de un ángel llenara la habitación, y al cabo de un rato también ella lloraba e interrumpía la lectura cada tanto entre pujos, sollozos y quejas—. No puedo seguir leyendo —decía—. No puedo.

Y yo me giraba y le suplicaba:

—Pero has de hacerlo, Judy. ¡Oh, has de hacerlo!

Cuando llegábamos ya al punto culminante de aquel compartido torrente de emociones, una señora alta entró de pronto en la habitación, sin llamar siquiera, con un rictus displicente en la boca. Comprendí que era la madre de Judy. Nos miró con ojos agresivos, primero a mí, luego a Judy. Sin decir palabra, cogió a Judy de la mano y se la llevó. La joven estrechó los ejemplares de la revista contra el magro pecho y por encima del hombro me dedicó un lloriqueante guiño de despedida. Se había presentado e ido con la misma rapidez y jamás volví a verla. Fue un misterio para la propietaria de la pensión igualmente, porque madre e hija habían llegado aquel día y aquel mismo día se fueron, sin quedarse siquiera una noche.

## 8

E N mi buzón había una carta de Hackmuth. Sabía que era de Hackmuth. Identificaba las cartas de Hackmuth a una legua de distancia. Intuía las cartas de Hackmuth, era como si un témpano me resbalase por el espinazo. La señora Hargraves me dio la carta. Se la quité de la mano.

—¿Buenas noticias? —dijo; porque le debía mucho dinero atrasado.

—Nunca se sabe —dije—. Pero me la envía un hombre grande. Aunque me mandara unos cuantos folios en blanco, sería para mí igual que una buena noticia.

*Pero yo sabía perfectamente que no era ninguna buena noticia en el sentido que la señora Hargraves entendía, ya que no había enviado ningún cuento al poderoso Hackmuth. No era más que la contestación a la larga carta que le había escrito hacía unos días. Respondía inmediatamente el tal Hackmuth. A una velocidad que dejaba boquiabierto a cualquiera. Echaba una carta en el buzón de la esquina y cuando volvía a la pensión ya me aguardaba allí la respuesta. Pero sus cartas, ay, eran muy breves. Yo le escribía cuarenta folios y él me contestaba con un párrafo pequeño. Estaba muy bien a pesar de todo, porque gracias a ello sus respuestas se podían memorizar más fácilmente. Tenía garra el tal Hackmuth; tenía estilo; mucha sabiduría a disposición de quien quisiera aprender, y hasta sus comas y puntos seguían una cadencia rítmica. Yo solía arrancar los sellos de todas sus cartas, los quitaba con mucho cuidado para ver qué cosa se ocultaba debajo.*

Me senté en la cama y abrí la misiva. Era otro comunicado breve, menos de cincuenta palabras. Decía:

> *Estimado señor Bandini, Con el permiso de usted, voy a quitar la presentación y la despedida de su larga carta y la voy a publicar en mi revista como si fuera un cuento. A mi juicio le ha quedado muy bien. Creo que «Las colinas de antaño» es un titulo excelente. Le adjunto el cheque.*
>
> *Atentamente,*
>
> *J. C. Hackmuth.*

La carta se me escapó de las manos y revoloteó hasta el suelo. Me puse en pie y me observé en el espejo. Tenía la boca abierta de par en par. Fui a la pared de enfrente, me detuve ante el retrato de Hackmuth y apoyé los dedos en la faz resuelta que me observaba. Recogí la carta y la volví a leer. Abrí la ventana, salí al exterior y me tendí en la hierba soleada de la ladera. Cogí un puñado de hierba. Me eché boca abajo, hundí la boca en la tierra y me puse a arrancar la hierba con los dientes. Rompí a llorar entonces. ¡Oh, Dios mío, oh, Hackmuth! ¿Cómo puede existir un hombre tan maravilloso? ¿ Cómo es posible? Volví a la habitación y vi el cheque dentro del sobre. Era de 175 dólares. Otra vez era rico. ¡Ciento setenta y cinco dólares! Arturo Bandini, autor de *El perrito rió* y de *Las colinas de antaño.*

Volví a ponerme ante el espejo, alcé el puño en actitud provocadora. Aquí estoy, chicos. Echad un vistazo al gran escritor. Fijaos en mis ojos. Son los ojos de un escritor grande. Fijaos en mi quijada. Es la quijada de un escritor soberbio. Fijaos en estas manos, muchachos, oh, muchachos. Son las manos que han creado *El perrito rió* y *Las colinas de antaño* Extendí el índice con fiereza. En cuanto a ti, Camila López, quiero verte esta noche sin falta. Quiero hablar contigo, Camila López. Pero te lo advierto, Camila López, recuerda que estarás nada menos que ante Arturo Bandini; el escritor. Recuérdalo por la cuenta que te trae.

*La señora Hargraves me hizo efectivo el cheque. Pagué lo que debía y dos meses por anticipado. Quiso firmarme un recibo por todo. Traté de disuadirla con un gesto.*

—Por favor —dije—. No hace falta que se moleste, señora Hargraves. Confío ciegamente en usted. —Pero insistió. Me guardé el recibo en el bolsillo. A continuación puse un billete de cinco dólares sobre la mesa—. Son para usted, señora Hargraves. Por haber sido tan comprensiva.

Se negó a cogerlo y me lo devolvió.

—¡Tonterías! —dijo. Pero no me guardé el billete. Salí, corrió tras de mí y me alcanzó en la calle.

—Señor Bandini, por favor, coja su dinero.

Vamos, vamos, cinco dólares nada más, una fruslería. Negué con la cabeza.

—Señora Hargraves, no quiero cogerlo; se lo digo de una vez por todas. —Insistimos, estábamos en medio de la acera bajo el sol abrasador y discutimos. Estaba totalmente resuelta. Me rogó que me lo quedase. Sonreí con pachorra—. Lo siento, señora Hargraves, pero le digo que no. Y no pienso cambiar de idea.

Se alejó, pálida de rabia, con el billete de cinco dólares entre el índice y el pulgar, como si fuese un ratón muerto. Cabeceé. ¡Cinco dólares! Por lo que respectaba a Arturo Bandini, autor de muchos cuentos publicados por J. C. Hackmuth, calderilla y nada más.

Fui al centro, recorrí las calles tórridas y estropeadas hasta llegar al sótano de The May Company, donde me compré la ropa más elegante que había tenido en la vida, un traje marrón a rayas con dos juegos de pantalones. A partir de entonces iría bien vestido cuando quisiera. Me compré también unos zapatos marrones y blancos, camisas, calcetines y un sombrero. Mi primer sombrero, marrón oscuro, fieltro de verdad con forro de seda blanca. Los pantalones necesitaban un pequeño ajuste. Dije que se dieran prisa. Me lo hicieron en un santiamén. Me cambié en un probador, me acicalé con lo recién comprado y encima de todo me puse el sombrero. El empleado metió la ropa vieja en una caja. No quise llevármela. Le dije que llamara al Ejército de Salvación, que la regalara, y que me enviara a la pensión lo restante. Al salir me compré unas gafas de sol. Pasé el resto de la tarde comprando cosas para matar el tiempo. Tabaco, caramelos, fruta confitada. Dos paquetes de quinientos folios de buena calidad, gomas elásticas, clips, cuadernillos de notas, un fichero pequeño y un cacharro para agujerear papel. Me compré también un reloj barato, una lámpara para la mesita de noche, un peine, cepillos de dientes, dentífrico, colonia para el pelo, espuma de afeitar, colonia de baño **y** un botiquín casero. Entré en una tienda de corbatas y compré corbatas, un cinturón, una cadena de reloj, pañuelos, un albornoz y un par de zapatillas. Cayó la noche y yo ya no podía cargar con más objetos. Paré un taxi y volví a la pensión.

Estaba muerto de cansancio. El sudor me había empapado el traje nuevo, me chorreaba piernas abajo hasta los tobillos. Pero me sentía muy bien. Me bañé, me empapé de colonia y me limpié los dientes con el cepillo y el dentífrico recién comprados. Luego me afeité con la espuma recién adquirida y me eché la colonia en el pelo. Estuve un rato paseándome por la habitación con el albornoz y las zapatillas, desempaqueté los folios y demás artículos, me fumé unos cuantos cigarrillos de los caros y mastiqué algunos caramelos.

El repartidor de The May Company me entregó las compras restantes en una caja grande. La abrí y en ella encontré no sólo la ropa nueva sino también la vieja. Tiré ésta a la papelera. Llegó la hora de vestirse. Me puse calzoncillos nuevos, una camisa nueva, los calcetines y los otros pantalones. Acto seguido me puse una corbata y los zapatos nuevos. Me situé ante el espejo, me eché el sombrero sobre el ojo y me observé. La imagen reflejada sólo me resultaba conocida de un modo lejano. No me gustaba la corbata, me quité la chaqueta y me probé otra. Tampoco esta otra me gustó. De súbito empezó a cabrearme todo. El cuello duro de la camisa me estrangulaba. Los zapatos me apretaban. Los pantalones olían a almacén de confecciones y me quedaban muy ajustados en la ingle. El sombrero me comprimía el cráneo y las sienes comenzaron a sudarme. Empezó a picarme por todas partes y cada vez que daba un paso me crujía toda la ropa igual que un saco lleno de papeles. Me molestaba el pestazo de las colonias que me había puesto y la cara se me deshacía en muecas. Virgen Santísima, pero ¿qué le había pasado al bueno de Bandini, autor de *El perrito rió?* ¿Era aquel payaso maniatado el creador de *Las colinas de antaño?* Me lo quité todo, me lavé la cabeza para quitarme el perfume y me embutí en la ropa vieja con entusiasmo. Se alegró mucho de estar otra vez conmigo; me abrazó con placer y serenidad, y mis pies torturados se introdujeron en los zapatos viejos como en la dulzura de la hierba primaveral.

# 9

F U Í al Columbia Buffet en taxi. El conductor detuvo el vehículo junto a la acera, exactamente ante la puerta abierta. Al salir le di un billete de veinte dólares. No tenía cambio. Me dio mucha alegría porque cuando al final encontré un billete más pequeño vi a Camila en la puerta. Muy pocos taxis se detenían ante el Columbia Buffet. La saludé con indiferencia, entré en el local y me senté a la mesa del principio. Leía la carta de Hackmuth cuando oí su voz.

—¿Es que quieres burlarte de mí? —dijo.

—No, que yo sepa —dije.

Se puso las manos detrás y se miró los pies.

—¿Tengo un aspecto distinto?

Calzaba zapatos nuevos, blancos, descubiertos, de tacón alto.

—Son muy bonitos —dije, y volví a la carta de Hackmuth. Me contempló con la boca fruncida en un puchero. Alcé los ojos y le hice un guiño—. Disculpa —dije—. El trabajo.

—¿Quieres alguna cosa?

—Un puro —dije—. Un habano de los caros. Me trajo la caja. Cogí uno.

—Son caros —dijo—. Veinticinco centavos. Sonreí y le di un dólar.

—Quédate con la vuelta. Rechazó la propina.

—No hace falta —dijo—. Sé que eres pobre.

—Ya no —dije. Encendí el puro y dejé que el humo me saliera de la boca mientras me retrepaba y me quedaba mirando el techo—. No está mal para lo que cuesta —dije.

Las intérpretes del fondo seguían dándole a *Over the waves.* Hice una carantoña a Camila y empujé hacia ella la vuelta del puro.

—Diles que toquen algo de Strauss. Algo vienés.

Cogió una moneda de veinticinco centavos, pero la obligué a cogerlo todo. Las intérpretes se quedaron de piedra. Camila me señaló. Las intérpretes me saludaron con la mano y me sonrieron. Asentí con dignidad. Atacaron los *Cuentos de los bosques de Viena.* Los zapatos nuevos de Camila le hacían daño. Ya no tenía la chispa de antes. Hacía muecas al andar, apretaba los dientes.

—¿Te apetece una cerveza? —me preguntó.

—Me apetece un pelotazo de whisky escocés —dije—. St. James.

Se fue a hablar con el barman y volvió.

—No tenemos St. James. Pero sí Ballantine’s. Es caro. Cuarenta centavos.

Pedí uno para mí y otro para cada uno de los dos camareros de la barra.

—No deberías tirar el dinero de esa forma —dijo Camila. Acepté el brindis de los camareros y tomé un sorbo de mi vaso. Arrugué la cara.

—Matarratas —dije.

Camila se metió las manos en los bolsillos.

—Creí que te gustarían los zapatos nuevos —dijo decepcionada.

Yo había reanudado la lectura de la carta de Hackmuth.

—Están bien —dije.

Se alejó renqueando hasta una mesa que acababa de desocuparse y se puso a recoger las jarras de cerveza vacías. Estaba dolida, malhumorada y triste. Tomé otro sorbo de whisky y seguí leyendo y releyendo sin parar la carta de Hackmuth. Volvió junto a mi mesa a los pocos minutos.

—Tú has cambiado —dijo—. Te noto distinto. Me gustabas más antes.

Sonreí y le di una palmadita en la mano. La tenía caliente, suave, oscura, los dedos eran largos.

—Princesita mexicana —dije—. Eres encantadora y muy inocente.

Apartó la mano y comenzó a ponerse pálida.

—¡Yo no soy mexicana! —dijo——. Soy americana.

Cabeceé.

—No —dije—. Para mí serás siempre una obrerita tonta. Una violetera del querido México.

—¡Macarroni hijoputa! —dijo.

Me dio donde más me dolía, pero seguí sonriendo. Se alejó pisando con fuerza, los zapatos haciéndole daño, conteniéndole las piernas irritadas. Me moría de rabia por dentro y la sonrisa se me había vuelto rígida, como sujeta con tachuelas. Camila limpiaba una mesa

próxima a las intérpretes con movimientos enérgicos, su faz semejante a una llama morena. Cuando se volvió para mirarme, el odio que vomitaba por los ojos cruzó el local como una centella. La carta de Hackmuth no me interesaba ya. Me la guardé en el bolsillo y quedé con la cabeza gacha. Experimentaba una sensación conocida, le seguí el rastro y recordé que era una sensación que había experimentado al entrar en el bar por primera vez. Camila desapareció tras el tabique. Al reaparecer se movía con garbo, con pies rápidos y seguros. Se había quitado los zapatos blancos y se había puesto las sandalias viejas.

—Lo siento —dijo.

—No —dije—. Es culpa mía, Camila.

—Lo que te dije lo dije sin intención.

—Hiciste bien. Fue culpa mía.

Le miré los pies.

—Eran muy bonitos los zapatos blancos. Tienes unas piernas preciosas y te quedaban soberbios.

Me acarició el pelo con la mano, el calor de su complacencia le pasó a los dedos, me alcanzó, la garganta se me puso seca y una felicidad intensa me recorrió la carne. Fue tras el tabique y al salir llevaba otra vez los zapatos blancos. Los músculos delicados de las mandíbulas se le contraían al andar, pero sonreía con valor. La contemplé mientras trabajaba y su imagen me levantó el ánimo con un optimismo semejante al del aceite que flota en el agua. Al cabo de un rato me preguntó si tenía coche. Le dije que no. Ella dijo que tenía uno, que estaba en el parking de al lado, me describió el vehículo y quedamos en reunirnos en el parking para ir a la playa. Al ponerme en pie para irme, el camarero alto de cara blancuzca me miró de un modo que se me antojó ligerísimamente malicioso.

El coche era un Ford deportivo de 1929, la paja colgaba de los desgarrones del tapizado, los parachoques estaban llenos de abolladuras y carecía de capota. Me acomodé en el asiento y me puse a toquetear los mandos. Eché un vistazo a la cédula fiscal. Estaba extendida a nombre de Camila Lombard, no al de Camila López.

Estaba con una persona cuando entró en la zona de estacionamiento, pero no pude ver de quién se trataba porque estaba muy oscuro, no había luna y todo estaba envuelto en una delgada película de bruma. Al acercarse advertí que era el camarero alto. Me lo presentó, se llamaba Sammy, estuvo callado y no manifestó ningún interés. Lo llevamos a su casa, por Spring Street hasta First Street, luego cruzamos la vía del tren y llegamos a un barrio negro que recogía los ruidos del Ford traqueteante y esparcía el eco por una zona de mugrientas casas de madera y vallas abrumadas. Bajó cerca de un falso pimentero moribundo que se había despojado de sus hojas pardas y cuando echó a andar hacia el soportal le oí pisar las crujientes hojas marchitas.

—¿Quién es? —dije.

Un amigo solamente, dijo ella, y no quería hablar de él, aunque estaba preocupada al respecto; su cara adoptó esa expresión ansiosa que se adquiere cuando una persona se preocupa por un amigo enfermo. Aquello me preocupó a mi vez, e hizo que me sintiera celoso al mismo tiempo, así que no paré de hacerle preguntas, pero la forma reticente con que me contestó no hizo sino empeorar las cosas. Volvimos a cruzar la vía y el centro urbano. Se saltaba los semáforos en rojo cuando no había coches a la vista, pero si alguno se le cruzaba, pegaba la mano a la chillona bocina y no la quitaba de allí ni con agua caliente. Los bocinazos eran como gritos de auxilio que retumbaban en los desfiladeros de casas. Al margen de si era necesario o no, lo hacía continuamente, y le llamé la atención, pero no me hizo caso.

—Soy yo quien conduce —dijo.

Llegamos a Wilshire, donde el tráfico no podía circular a menos de cincuenta por hora. El Ford no podía correr tanto, pero ella se empeñó en circular por el carril del centro y los

demás coches, mayores y más rápidos, nos adelantaban y se nos cruzaban como exhalaciones. Los demás coches la ponían furiosa y ella les amenazaba con el puño y los insultaba. Al cabo de dos kilómetros se quejó de los pies y me pidió que sostuviera el volante. Lo hice y se inclinó para quitarse los zapatos. Cogió otra vez el volante y sacó una pierna por el costado del Ford. El vestido se le hinchó al instante y le cubrió la cara. Se lo remetió bajo el trasero, pero los muslos oscuros le quedaron tan al descubierto que se le veía la ropa interior rosada. Llamaba mucho la atención. Los coches que iban a adelantarnos reducían la velocidad y las ventanillas se poblaban de cabezas deseosas de contemplar aquella oscura pierna desnuda. La situación la encolerizó. Se puso a gritar a los mirones, a chillarles que se metieran en sus asuntos. Mientras tanto, yo, encogido junto a ella, sin saber dónde meterme, trataba de disfrutar de un cigarrillo que por culpa del viento se consumía demasiado aprisa.

*Llegamos a un semáforo importante en el cruce de Western y Wilshire. Era un cruce muy concurrido, la calle estaba llena de peatones que salían de los drugstores, los clubes nocturnos y un cine. No se podía saltar la señal de tráfico porque ante nosotros había una fila compacta de vehículos que esperaba a que cambiaran las luces. Se echó atrás en el asiento, impaciente, nerviosa, sacudiendo la pierna. Las caras empezaron a volverse, las bocinas gritaban de júbilo y un deportivo de campeonato, situado a nuestras espaldas y dotado de un claxon malicioso, nos enviaba incesantes gritos de atención. Camila se volvió con los ojos echando chispas y amenazó con el puño a los estudiantes del deportivo. Todas las miradas se habían centrado ya en nosotros y todo el mundo sonreía. Di un codazo a Camila.*

—Podrías esconder la pierna en los semáforos por lo menos.

—¡Cierra el pico! —exclamó.

Saqué la carta de Hackmuth y busqué refugio en ella. La avenida estaba muy iluminada, lo bastante para leer la carta, pero el Ford coceaba como una mula, temblaba, daba sacudidas, se tiraba pedos. Camila estaba orgullosa del vehículo.

—Tiene un motor estupendo —dijo.

—Parece de confianza —dije, a la expectativa.

—Deberías tener coche propio —dijo.

Le pregunté por el nombre de Camila Lombard que figuraba en la cédula fiscal. Le pregunté si estaba casada.

—No —dijo.

—¿Por qué el Lombard entonces?

—Por diversión —dijo——. A veces lo utilizo profesionalmente.

Yo no entendía nada.

—¿Te gusta a ti tu apellido? —me replicó—. ¿No preferirías que fuese Johnson, o Williams, o algo por el estilo?

Le dije que no, que estaba satisfecho con el que tenía.

—No lo estás —dijo—. Se nota.

—¡Te digo que sí! —dije.

—Y yo te digo que no.

No había niebla del otro lado de Beverly Hills. Las palmeras que flanqueaban la carretera aplastaban su color verde contra la oscuridad azulenca y la raya blanca del asfalto corría ante nosotros como una mecha encendida. Algunas nubes se agitaban y removían, pero no había estrellas. Cruzamos las colinas más bajas. La carretera estaba flanqueada por setos elevados y enredaderas lujuriantes, y había palmeras y cipreses dispersos por todos los sitios.

Llegamos a Palisades en silencio, por la carretera que bordeaba el acantilado. Un viento frío nos azotaba por el flanco. La cafetera oscilaba. De abajo nos llegaba el rugido del mar. Bancos neblinosos lejanos reptaban hacia tierra, en sus entrañas bullía un ejército de

fantasmas. Las olas desollaban la tierra con uñas espumosas. Se retiraban y volvían a la carga. Cuando una ola retrocedía, el versátil perímetro del agua esbozaba una sonrisa interminable. Bajamos en segunda por la carretera en espiral, el asfalto negro sudaba, lenguas de niebla lo lamían. El aire estaba muy limpio. Lo aspirábamos con bocanadas de gratitud. No había polvo en aquel lugar.

Introdujo el coche en un trecho infinito de arena blanca. Nos detuvimos a contemplar el mar. No hacía frío al pie de los acantilados. Me rozó la mano.

—¿Me enseñas a nadar? —dijo.

—Aquí no -dije.

Las olas eran imponentes. Había marea alta y se sucedían con rapidez. Se formaban a cien metros de distancia y crecían a medida que avanzaban. Las veíamos romper contra la orilla, encajes de espuma que reventaban con el rugido del trueno.

—Es mejor aprender en aguas tranquilas —dije.

Se echó a reír y comenzó a desnudarse. Tenía la piel oscura, pero era un moreno natural y no un bronceado. Yo la tenía blanca como la de un resucitado. Me notaba una bola de pesadez en el estómago. Lo encogí para no sentirla. Observó la palidez de mis riñones y piernas y sonrió. Respiré de alivio cuando echó a andar hacia el agua.

La arena era cálida y muelle. Nos sentamos de cara al mar y charlamos sobre el arte de la natación. Le enseñé las primeras normas. Se echó boca abajo, remó con los brazos y sacudió los pies. La arena le salpicaba la cara, me imitaba sin entusiasmo. Se incorporó.

—No me gusta aprender a nadar -dijo.

Nos metimos en el agua cogidos de la mano, la parte delantera tachonada de granos arenosos. Estaba fría, aunque se podía aguantar al cabo del rato. Era la primera vez que me sumergía en el océano. Avancé contra las olas hasta que el agua me cubrió los hombros y entonces me puse a nadar. Las olas me arrastraban. Me puse a bucear bajo las olas que se acercaban. Pasaban por encima de mí sin afectarme. Estaba aprendiendo. Cuando se formaban olas muy grandes, me lanzaba contra la cresta y me arrastraban hacia la playa.

No dejaba de vigilar a Camila. Se metía en el agua hasta la rodilla, veía que se acercaba una ola y corría hacia la orilla arenosa. Y volvía a intentarlo. Gritaba de placer. Una ola la alcanzó por sorpresa, Camila dio un chillido y desapareció. Reapareció al cabo de unos instantes, riéndose y gritando. Le dije que no se arriesgara de aquel modo, pero ella avanzó hacia la cresta blanca de una ola lanzada al galope, la ola la derribó y la perdí de vista. La vi rodar como una cesta de plátanos. Avanzó hacia la orilla con pie inseguro, el cuerpo escarchado de brillos, las manos en el pelo. Nadé hasta que me sentí cansado y salí del agua. Los ojos me escocían a causa de la sal. Me eché de espaldas con la respiración jadeante. Al cabo de unos minutos recuperé las fuerzas, me incorporé y encendí un cigarrillo. No veía a Camila. Fui al coche, pensando que estaría allí. Pero no estaba. Corrí hacia el borde del agua y escruté la confusión espumosa. La llamé.

En aquel punto la oí gritar. El grito venía de muy lejos, de más allá de donde se formaban las olas, del banco de niebla que flotaba sobre las aguas inquietas a unos cien metros largos. Camila volvió a gritar: «¡Socorro!», me metí en el agua, paré las primeras olas con el hombro y comencé a nadar. Dejé de oírla en medio del fragor de las olas. «¡Ya voy, ya voy!», gritaba yo sin parar, una y otra vez, hasta que tuve que detenerme para recuperar fuerzas. Esquivar las olas grandes era sencillo, buceaba por debajo de ellas, pero las pequeñas me confundían, me golpeaban en la cara y me ahogaban. Por fin llegué a la zona de mar picada. Las olas pequeñas me buscaban la boca. Camila había dejado de gritar. Agité el agua con las manos en espera de oír más gritos. No oí ninguno. Grité a mi vez. La voz me salía débil, como si la emitiera bajo el agua.

De pronto me sentí agotado. Las olas pequeñas me pasaban por encima. Tragué agua, empecé a hundirme. Recé, gruñí, me debatí en el agua, aunque sabía que no tenía que

hacerlo. El mar estaba en calma en aquel punto. Muy lejos, en la orilla, oía el estampido de las olas contra los rompientes. La llamé, esperé, volví a llamarla. Ninguna respuesta aparte del rumor de mi braceo y el murmullo de las cabrillas. Me ocurrió algo entonces en la pierna derecha, en los dedos del pie. Estaban paralizados. Cuando agité la pierna, el dolor me subió hasta el muslo. No quería morir. ¡Dios mío, no me lleves ahora! Presa del frenesí, comencé a nadar hacia la orilla.

Volví a encontrarme en la zona de olas grandes, cada vez las oía rugir con más fuerza. Pero me parecía demasiado tarde. No podía seguir nadando, tenía los brazos muertos, la pierna derecha me dolía muchísimo. Lo único que importaba era respirar. La corriente subacuática me empujaba, me zarandeaba, me arrastraba. De modo que así había muerto Camila y así iba a morir Arturo Bandini: no obstante, incluso en aquellos momentos lo estaba escribiendo todo, lo veía escrito en un folio puesto en una máquina de escribir, y mientras lo escribía me dejaba arrastrar por la arena áspera, o sea que estaba convencido de no vivir para contarlo. De pronto me vi con el agua hasta la cintura, cojo y demasiado lejos para hacer nada, bregando con la mente en blanco, con desesperación, tratando de tomar nota de todo, preocupado por el exceso de adjetivos. La ola siguiente me hundió una vez más, me arrastró hasta donde el agua cubría treinta centímetros, y con manos y rodillas salí reptando de aquel agua que cubría treinta centímetros, al tiempo que me preguntaba si de todo aquello me saldría por lo menos un poema. Pensé en Camila, rompí en sollozos y advertí que mis lágrimas eran más saladas que el agua del mar. Pero no podía quedarme quieto, tenía que encontrar ayuda donde fuera, me puse en pie y avancé dando traspiés hasta el coche. Tenía mucho frío y los dientes me castañeteaban.

Me volví para mirar el mar. A menos de cincuenta metros, Camila avanzaba hacia la orilla con el agua hasta la cintura. Se reía, se ahogaba a causa de la risa, a causa de la broma colosal que me había gastado, y cuando vi que se zambullía ante una ola con la elegancia y perfección de las focas, pensé que la cosa no tenía gracia, ninguna gracia en absoluto. Eché a andar hacia ella, sentía que recuperaba las fuerzas a cada paso que daba, y cuando llegué a su altura, la alcé en brazos sin pensármelo dos veces, me la puse sobre el hombro y no me importé que gritase, ni que me arañase el cuero cabelludo y me tirase del pelo con las manos. La levanté hasta donde mis brazos dieron de sí y la arrojé a un charco de poca profundidad. Aterrizó con un impacto sordo que la dejó sin respiración. Salí del charco, le así el pelo con las dos manos y le hundí la cara y la boca en la arena mojada. Allí la dejé, arrastrándose a cuatro patas, llorando y quejándose, mientras yo volvía al coche. Me había comentado que llevaba unas mantas en el asiento abatible. Las cogí, me abrigué hasta el cuello y me tendí en la arena cálida.

Un instante después la vi avanzar por la arena sólida, donde me encontró envuelto en las mantas. Se detuvo ante mí limpia y chorreante, exhibiéndose, orgullosa de su desnudez, dando vueltas sin parar.

—¿Todavía te gusto?

Yo la miraba de soslayo. Estaba sin habla y asentía y sonreía. Avanzó hasta pisar las mantas y me dijo que me corriera. Le hice un sitio y deslizó el cuerpo frío y reluciente bajo las frazadas. Me dijo que la abrazase y la abracé, y ella me besó con labios fríos y húmedos. Estuvimos así mucho tiempo, y yo estaba preocupado, con miedo y sin deseo. Algo parecido a una flor gris creció entre los dos, un pensamiento que adquiría forma y que daba cuenta del abismo que nos separaba. Yo no sabía lo que era. Advertía la impaciencia de Camila. Le acaricié el vientre y las piernas, pensé en el deseo, traté de estimularme a la fuerza, con los músculos tensos, mientras ella aguardaba, se removía, me tiraba del pelo y me incitaba; fue inútil; no sucedía nada, nada en absoluto; yo sólo pensaba en la carta de Hackmuth y en algunas cosillas que tenía que escribir, pero no sentía lujuria, sólo miedo de Camila, y vergüenza y humillación. Empecé a insultarme y a maldecirme, quería ponerme en pie y

meterme en el agua. Ella advirtió mi enfriamiento. Se incorporó con sonrisa de burla y comenzó a secarse el pelo con la manta.

—Creí que te gustaba -dijo.

No pude responderle. Me encogí de hombros y me levanté. Nos vestimos y volvimos a Los Angeles. No nos dijimos nada. Ella encendió un cigarrillo y me miró con extrañeza, con los labios fruncidos. Me echó el humo del tabaco en la cara. Le quité el cigarrillo de la boca y lo tiré a la calle. Encendió otro y aspiró el humo con languidez, divertida y despectiva. Sentí odio por ella.

El alba escalaba los montes de levante, chorros dorados de luz que rasgaban el cielo igual que reflectores. Saqué la carta de Hackmuth y volví a leerla. Hackmuth estaría entrando en su despacho en aquellos momentos, allá en Nueva York. En algún lugar de aquel despacho estaría el manuscrito de *Las colinas de antaño.* El amor no lo era todo. Las mujeres no lo eran todo. Un escritor tenía que reservarse las energías.

Llegamos a la ciudad. Le dije dónde vivía.

—¿Bunker Hill? —dijo riéndose—. No podías haber elegido mejor.

—Es un lugar perfecto —dije—. No admiten mexicanos en la pensión.

A los dos se nos removió la bilis. Me llevó a la pensión y paró el motor. Me pregunté si quedaba algo que pudiéramos decirnos, pero no quedaba nada. Salí, me despedí con un ademán de la cabeza y eché a andar hacia la pensión. Sentí su mirada entre los omóplatos, igual que un estilete. Llegaba ya a la puerta cuando me llamó. Volví al coche.

—¿No me das un beso de despedida?

La besé.

—Así no.

Me rodeó el cuello con los brazos. Me atrajo la cara hacia sí y me hundió los dientes en el labio inferior. Me hizo daño y forcejeé hasta quedar libre. Se quedó con un brazo sobre el asiento, sonriendo y viendo cómo entraba en la pensión. Saqué el pañuelo y me lo llevé a los labios. Una mancha de sangre tiñó la tela. Recorrí el pasillo en sombras hasta llegar a mi cuarto. Nada más cerrar la puerta me sobrevino todo el deseo que media hora antes había brillado por su ausencia. Me martilleó el cráneo, me cosquilleó los dedos. Me eché en la cama y me puse a romper la almohada con las manos.

## 10

T O D O lo sucedido aquel día lo tuve dando vueltas en la cabeza. Recordaba su desnudez morena y su beso, el sabor de su boca de frescura marina, y me veía a mí mismo blanco y virginal, encogiendo el estómago hinchado, de pie en la arena y con la mano en los riñones. Me puse a pasear por la habitación. Al anochecer me sentía agotado y la imagen que me devolvía el espejo era insoportable. Me senté ante la máquina y escribí sobre ello, lo escupí tal y como habría tenido que suceder, lo vomité con tanta violencia que la máquina portátil retrocedía, resbalaba en la superficie de la mesa y se alejaba de mí. Terminaba con ella siguiéndome a rastras por la arena, los ojos anegados en lágrimas, suplicándome que tuviera

compasión. Genial. Fantástico. Pero al leerlo de corrido se me antojó soso y chapucero. Rompí los folios y los tiré.

*Hellfrick llamó a la puerta. Estaba pálido y tembloroso, con la piel igual que papel mojado. Había dejado de beber; no volvería a probar ni una gota. Se sentó en el borde de la cama y se restregó los dedos huesudos. Habló de comida con nostalgia, de los buenos filetes que se comían allá en Kansas City, de los maravillosos chuletones y costillas de cordero. Pero no en el lugar donde nos encontrábamos, en la tierra del sol perenne, donde el ganado no comía más que hierbajos secos y sol, donde la carne estaba llena de gusanos y había que pintarla para que pareciese sanguinolenta y roja. Y: ¿le podía prestar cincuenta centavos? Le di el dinero y se fue a la carnicería de Olive Street. Al cabo de un rato estaba de vuelta en su habitación y la planta baja de la pensión se llenaba del penetrante perfume del hígado y las cebollas. Fui a su cuarto. Tenía ante sí un plato lleno de carne, la boca hinchada, las frágiles mandíbulas masticando con esfuerzo. Me apuntó con el tenedor.*

—Ya arreglaremos cuentas, chico. Te lo devolveré multiplicado por mil.

Me entró hambre. Fui al restaurante que había junto a Angel's Flight y pedí lo mismo. Comí con toda la tranquilidad del mundo. Al margen sin embargo de lo que me entretuviese con el café, yo sabía que al final bajaría por Angel's Flight y me dirigiría al Columbia Buffet. No tenía más que tocarme el bulto del labio para ponerme furioso primero y acto seguido inflamarme de pasión.

Al llegar al Buffet tuve miedo de entrar. Crucé la calle y la observé por las ventanas. No llevaba los zapatos blancos y parecía igual que siempre, contenta y ocupada con la bandeja de las cervezas.

Se me ocurrió una idea. Eché a andar a todo meter, dos manzanas, hasta la estafeta de telégrafos. Tomé asiento ante el telegrama en blanco, con el corazón latiéndome con fuerza. Llené el impreso de garabatos. Te amo Camila quiero casarme contigo Arturo Bandini. Cuando fui a pagar, el empleado miró la dirección y dijo que lo entregarían al cabo de diez minutos. Volví corriendo a Spring Street y me quedé en el zaguán en sombras en espera de que apareciese el mozo de telégrafos.

Nada más verlo doblar la esquina me di cuenta de que poner aquel telegrama había sido un error garrafal. Crucé corriendo la calle y me puse en su camino. Le dije que el telegrama era mío y que yo no quería que lo entregasen.

—Ha sido una confusión —dije.

Pero no quiso escucharme. Era un individuo alto y con la cara llena de granos. Le ofrecí diez dólares. Negó con la cabeza y sonrió con mueca exagerada. Veinte dólares, treinta.

—Ni por diez millones —dijo.

Volví a las sombras y le vi entregar el telegrama. A Camila le sorprendió recibirlo. La vi señalarse con el índice, con expresión de desconcierto. Aun después de firmar se quedó con el telegrama en la mano, con la mirada fija en el mozo que se marchaba. En cuanto vi que lo abría, cerré los ojos. Al abrirlos vi que lo leía deshecha en carcajadas. Se dirigió a la barra y tendió el telegrama al camarero de faz cetrina, el mismo al que habíamos llevado a casa la noche anterior. Lo leyó sin inmutarse. Acto seguido se lo pasó al otro camarero. También éste permaneció impasible. Les di las gracias de todo corazón. Cuando Camila volvió a leerlo, también por ello sentí una gratitud profunda, pero cuando lo llevó a una mesa ocupada por un grupo de hombres que bebían, la boca se me fue abriendo y creí que me moría. Las carcajadas de aquellos individuos inundaron el local y la calle entera. Me estremecí y me alejé aprisa.

Doblé la esquina al llegar al cruce de Sixth Street y Main Street y bajé por ésta. Anduve sin rumbo fijo por entre la muchedumbre de vagabundos y tirados codiciosos y hambrientos. En Second Street me detuve ante un salón de baile por horas. La propaganda de las paredes hablaba por todo lo alto de cuarenta bellas señoritas y de la música de ensueño de Lonny

Killula y sus Melódicos Hawaianos. Subí un tramo de escalones retumbantes y llegué a la taquilla, donde aboné la entrada. En el interior vi a las cuarenta señoritas, en fila a lo largo de la pared de enfrente, con vestido de gala reluciente y ceñido, casi todas rubias. No bailaba nadie, ni un alma. En el estrado, la orquesta de cinco miembros atacaba con violencia una canción. Enfrente de las chicas, detrás de una barrera baja de mimbre, había unos cuantos clientes, idénticos a mí. Las chicas nos hacían señas. Supervisé el grupo, encontré una rubia con un vestido que me gustaba y compré unos boletos de baile. Hice una seña a la rubia. Cayó en mis brazos igual que una antigua amante y movimos el esqueleto durante un par de canciones.

Hablaba con dulzura y me llamaba cariño, pero yo sólo pensaba en la chica que estaba a dos calles de distancia, en mí mismo, tendido en la arena con ella y haciendo el ridículo. Fue inútil. Regalé a la rubia empalagosa los boletos de baile, salí al vestíbulo y volví a la calle. Estaba ansioso y cuando me di cuenta de que no hacía más que mirar los relojes callejeros, supe lo que me pasaba. Esperaba a que fuesen las once, hora en que cerraba el Columbia.

Acudí a las once menos cuarto. Fui al parking y me dirigí al coche de Camila. Me senté a esperar en la tapicería reventada. En un rincón del parking estaba la caseta donde el empleado gestionaba el negocio. Encima de la caseta había un reloj luminoso de color rojizo. Yo no apartaba los ojos del reloj, vigilaba el avance del minutero hacia las once. Entonces me entró miedo de volver a verla y cuando me revolví y encogí en el asiento, toqué algo blando con la mano. Era un gorro de Camila, negro, de tipo escocés, con una borla en lo alto. Lo palpé con los dedos, me lo llevé a la nariz. El polvo facial que conservaba era como el de ella. Era lo que andaba buscando. Me lo guardé en el bolsillo y salí del parking. Subí las escaleras de Angel’s Flight y me dirigí a la pensión. Ya en mi cuarto, lo saqué del bolsillo y lo eché sobre la cama. Me desnudé, apagué la luz y estreché entre mis brazos el gorro.

¡Un nuevo día amanece, oh poesía! Escríbele un poema, explaya tu corazón en dulces rimas; pero yo no sabía escribir poesía. La poesía, para mí, era amor y dolor, rimas tontas, sentimientos cursis. Dios de los cielos, no soy escritor; ni siquiera sé componer una cuarteta, no sirvo para nada en este mundo. Fui a la ventana, agité los brazos al cielo; no sirvo para nada, no soy más que un estafador de tres al cuarto; ni escritor ni amante; ni carne ni pecado.

¿Dónde estaba pues el problema?

Desayuné y me dirigí a una pequeña iglesia católica, sita en los límites de Bunker Hill. La rectoría estaba en la parte posterior del templo de madera. Llamé al timbre y apareció una señora con uniforme de enfermera. Llevaba las manos llenas de harina y masa.

—Quiero ver al pastor -dije.

La mujer tenía la barbilla cuadrada y unos ojos grises que miraban con hostilidad.

—El padre Abbot está ocupado .—dijo——. ¿Qué quiere?

—Tengo que verle —dije.

—Ya le he dicho que está ocupado.

El sacerdote apareció en la puerta. Era un individuo gordo pero de aspecto muy fuerte, tendría cincuenta y tantos años y fumaba un puro.

—¿Qué pasa? -dijo.

Le dije que quería verle a solas. Que sufría cierta confusión. La mujer bufó con desprecio y desapareció por un pasillo. El cura abrió la puerta del todo y me condujo a su despacho. Era una habitación reducida y llena de libros y revistas. Los ojos se me salieron de las órbitas. En un rincón había un buen montón de números de la revista de Hackmuth. Me dirigí a él al instante y saqué el número que contenía *El perrito rió.* El sacerdote había tomado asiento.

—Una gran revista —le dije—. La más importante de todas.

El cura cruzó las piernas, agitó el puro con la boca.

—Está podrida —dijo——. Podrida hasta el tuétano.

—Protesto —dije—. Da la casualidad de que soy uno de sus principales colaboradores.

—¿Usted? —preguntó el cura—. ¿Y con qué ha colaborado?

Abrí la revista por donde comenzaba *El perrito rió* y la puse en el escritorio, ante él. La miró un segundo y la apartó con la mano.

—He leído el cuento —dijo—. Es paja pura. Y su alusión a la Sagrada Forma es un embuste vil y despreciable. Debería avergonzarse de sí mismo.

Tras retreparse en el sillón, dejó bien claro que no simpatizaba conmigo, con los ojos coléricos concentrados en mi frente, el puro yendo y viniendo de un lado a otro de la boca.

—Bueno —dijo—, ¿para qué deseaba yerme?

No me senté. A su manera me había dado a entender que no iba a dejarme utilizar ningún mueble de la estancia parroquial.

—Es a propósito de una chica -dije.

—¿Qué le ha hecho usted? -dijo.

—Nada —dije. Pero me sentía incapaz de seguir hablando. Me había arrancado el corazón de golpe. ¡Paja pura! Multitud de matices, diálogos soberbios, un lirismo de fábula y aquel individuo decía que era paja pura. Lo mejor era hacer oídos sordos y marcharse a cualquier lugar donde no se hablara ningún lenguaje humano. ¡Paja pura!

—He cambiado de idea —dije—. Ya no quiero hablar del asunto.

Se puso en pie y fue hacia la puerta.

—Muy bien —dijo—. Buenos días.

Salí y el sol tórrido me cegó. El cuento más hermoso de toda la Literatura Norteamericana y aquel ente, aquel sacerdote, lo calificaba de paja pura. Es posible que la tontería aquella de la Sagrada Forma no fuera verdad punto por punto; es posible que no hubiera ocurrido así. ¡Pero qué valores psicológicos, Señor! ¡Y qué prosa! ¡Y qué sentido de la belleza absoluta!

En cuanto llegué a mi habitación me senté ante la máquina y planeé la venganza. Un artículo, una crítica demoledora contra la estupidez de la Iglesia. Escogí el título con pinzas: *La Iglesia Católica está sentenciada.* Machaqué y vomité con furia, folio tras folio, hasta que llené seis. Hice una pausa para leer lo escrito. Era horrible y ridículo. Lo rompí todo y me tumbé en la cama. Aún no había escrito el poema para Camila. Me vino la inspiración tumbado en la cama. Lo escribí de carrerilla:

*Ya he olvidado, Camila, lo que el viento se llevó,*
*las rosas en el suelo, las rosas del delirio,*
*y he bailado para no acordarme de tus blancos lirios;*
*pero más que mi alma podía la antigua pasión,*
*sí, continuamente, porque el baile era un martirio;*
*te he sido fiel, Camila, fiel en la imaginación.*
*Arturo Bandini.*

Fui a telégrafos, orgulloso de lo que había hecho, contemplé al empleado mientras lo leía, poema genial, mi poema para Camila, una esquirla de mortalidad de Arturo para Camila, y aboné el importe al telegrafista, volví a mi puesto en el zaguán en sombras y me puse a esperar. El mismo mozo apareció volando en la bicicleta. Le vi entregar el telegrama, vi a Camila leerlo en mitad del local, la vi encogerse de hombros y romperlo en pedazos, vi los pedazos flotar hasta el serrín del suelo. Cabeceé y me fui. Ni la poesía de Ernest Dowson le hubiera causado efecto, ni siquiera la de Dowson.

En fin, Camila, puedes irte a la mierda. Sabré olvidarte. Tengo dinero. Estas calles están llenas de cosas que tú no puedes darme. Así que andando hacia Main Street, hacia Fifth Street, hacia los bares oscuros de barra infinita, hacia el King Edward Cellar, hasta una chica

de pelo amarillo y asco en la sonrisa. Se llamaba Jean, era delgada, de tipo tuberculoso, aunque también dura y firme, deseosa de sacarme el dinero, la boca desmayada junto a mis labios, sus largos dedos en mis pantalones, sus ojos enfermizos y encantadores clavados en cada dólar que le ponían delante.

—Así que te llamas Jean —dije—. Vaya, vaya, vaya, un nombre muy bonito. — Bailemos, Jean. Dejémonos llevar, tú no te das cuenta, oh belleza de vestido azul, pero estás bailando con un farsante, con un desterrado del mundo de los hombres, ni carne ni pescado ni membrillo en conserva. Y bebimos y bailamos y volvimos a beber. Gran muchacho el Bandini, de modo que Jean llamó al jefe.

—El señor Bandini, el señor Schwartz.

Encantado, apretón de manos.

—Un lugar estupendo, Schwartz, chicas preciosas.

Una copa, dos copas, tres copas. ¿Qué bebes, Jean? Lo probé, probé aquel brebaje pardusco, parecía whisky, tenía que ser whisky, ponía una cara la chica, una cara tan dulce y tan contraída. Pero no era whisky, era té, té con té, a cuarenta centavos la ración. Jean, la mentirosilla que quería tomar el pelo al gran autor. No me tomes el pelo, Jean. No a Bandini, enamorado por igual de los hombres y los animales. Anda, toma, cinco dólares, déjalo estar, no te lo bebas, Jean, siéntate, tú quédate sentada y deja que mis ojos te recorran la cara porque tienes el pelo rubio y no moreno, porque no eres como ella, estás enferma y eres de Texas y tienes una madre paralítica a la que mantener, y no ganas mucho, sólo veinte centavos por consumición, con Arturo Bandini sólo has ganado diez dólares esta noche, mi pobre chiquilla, pobre chiquilla que pasa hambre, que tiene ojos de niña y alma de mechera. Vuelve con tus marineros, cariño. Ellos no tienen diez dólares, pero han conseguido lo que no he conseguido yo, yo, Arturo Bandini, ni carne ni pescado ni membrillo en conserva, buenas noches, Jean, buenas noches.

Y después otro local y otra chica. Oh, qué sola se sentía, tan lejos de Minnesota. Y también de buena familia. Claro, cariño. Habla de tu buena familia a estos oídos cansados. Poseían muchísimas hectáreas, pero llegó la depresión. En fin, muy triste, muy trágico. Y ahora trabajas aquí, en un tugurio de Fifth Street, y te llamas Evelyn, mi pobre Evelyn, y tu familia está aquí también, y tienes la hermana más elegante e inteligente del mundo, nada que ver con los pendones que hay por aquí, una niña bien, y me preguntas si quiero conocer a tu hermana. ¿Por qué no? Fue por su hermana. La inocente y pequeña Evelyn cruzó el local, salvó a la pobrecita Vivian de un grupo de marineros asquerosos y la trajo a nuestra mesa. Qué tal, Vivian, soy Arturo. Qué tal, Arturo, soy Vivian. Pero, Vivian, ¿qué te ha pasado en la boca? ¿ Quién te la ha ampliado con el cuchillo? ¿ Y qué te ha pasado en esos ojos inyectados en sangre? ¿ Y por qué tu aliento, dulce como la miel, huele a cloaca? Pobres criaturas, tan lejos de la gloriosa Minnesota. Oh, no, no son suecas, ¿por qué se me habrá ocurrido una cosa así? Se apellidaban Mortensen, pero no eran suecas, eran americanas de enésima generación, amerrrikanas de purrra sepa. Un par de chicas del terruño y nada más.

¿Sabes una cosa? (Hablaba Evelyn) La pobrecita Vivian llevaba trabajando en el local casi seis meses y jamás había conseguido que uno de aquellos hijos de puta la invitase a una botella de cava, y yo allí, ¿sabes?, con mi pinta de tío fino, ¿y es que no era Vivian una señorita elegante?, ¿y no era una vergüenza?, ella, tan inocente, ¿y no la invitaría yo a una botella de cava? La pobre, la dulce Vivian, haber abandonado los campos limpios de Minnesota, y de sueca nada, tampoco, y casi virgen además; de no ser por unos cuantos hombres, virgen del todo. ¿ Quién se habría resistido a tantos agasajos? Pues que venga el cava, un cava barato, ¿eh?, una botella de medio litro, nos lo beberemos entre todos, sólo ocho dólares la botella, y hostia, si esto parece vino con gaseosa. Oye, tú, pues en Duluth costaba doce pavos la botella.

Ay, Evelyn, oh, Vivian, os amo a las dos, os amo por la vida triste que os ha tocado vivir,

por la desdicha huera del momento de retiraros al amanecer. También vosotras estáis solas, pero no sois como Arturo Bandini, que no es ni carne ni pescado ni membrillo en conserva. Tomaos pues el cava, porque os amo a las dos, y a ti también, Vivian, aunque parezca que te hayan abierto la boca con una lima y tus ancianos ojos infantiles naden en sangre garabateados cual sonetos con estrambote.

## 11

P E R O me salió caro. Tranquilo, Arturo, ¿ya te has olvidado de las naranjas? Conté lo que me quedaba. Veinte dólares y un poco de calderilla. Me asusté. Me puse a barajar cifras, sumé todo lo que había gastado. Me quedaban veinte dólares... ¡ Imposible! Me habían robado, había perdido alguna cantidad, había un error en alguna parte. Miré por toda la habitación, rebusqué en bolsillos y cajones, y aquí se acabó la historia, y me entró miedo y preocupación y me dije que tenía que ponerme a trabajar, a escribir otra cosilla rápida, porque un cuento escrito aprisa tenía que ser bueno. Me instalé ante la máquina y el vacío

profundo, el vacío espantoso descendió sobre mis sesos, y me golpeé la cabeza con los puños, me puse una almohada bajo los glúteos doloridos y emití exclamaciones de sufrimiento. Fue inútil. Tenía que verla y no me importaba el precio.

Fui a esperarla al parking. A las once apareció por la esquina, Sammy el camarero iba con ella. Los dos me vieron de lejos y bajaron la voz, y cuando Camila llegó al coche, Sammy dijo: «Hola», pero ella dijo: «¿Qué quieres?».

—Verte —dije.

—Esta noche no puede ser —dijo ella.

—Más tarde, si te parece.

—No puedo. Tengo cosas que hacer.

—No tienes tantas cosas que hacer. Podríamos vernos si quisieras.

Abrió la portezuela del vehículo para que yo saliera, pero no me moví y ella dijo:

—Sal, por favor.

—Ni hablar.

Sammy sonrió. La cara femenina se inflamó de cólera.

—¡Sal, maldita sea!

—Me quedo —dije.

—Vamos, Camila —dijo Sammy.

La interpelada trató de sacarme a la fuerza, me cogió del jersey y empezó a tirar.

—¿Por qué te comportas así? —dijo——. ¿No comprendes que no quiero nada contigo?

—Me quedo —dije.

—¡Imbécil! —dijo.

Sammy había echado a andar hacia la calle. Camila le alcanzó y se alejó la pareja, y yo me quedé allí solo, aterrado, sonriéndome con lástima por lo que había hecho. En cuanto desaparecieron de mi vista, salí del coche, subí los escalones de Angel’s Flight y me introduje en mi cuarto. No acababa de entender por qué me había comportado de aquel modo. Me senté en la cama y me esforcé por borrar el episodio de la memoria.

Oí que llamaban a la puerta. No tuve tiempo de decir adelante porque se abrió la puerta en aquel punto, me giré y vi en el umbral a una mujer que me miraba con sonrisa extraña. No era alta, no era hermosa, pero se me antojó atractiva y madura, y tenía unos ojos negros y nerviosos. Brillaban como suelen brillar los ojos de las mujeres que ingieren demasiado bourbon, con reflejos cristalinos e insolencia exagerada. Se quedó en la puerta sin moverse ni decir nada. Vestía con discreción: chaquetón negro con guarnición de piel, zapatos negros, falda negra, blusa blanca y bolso pequeño.

—Hola —dije.

—¿Qué haces? —dijo.

—Pues estar aquí.

Me entró miedo. La presencia y proximidad de aquella mujer me paralizaban; quizá fuera la impresión de haberla visto tan de repente, quizá la tristeza que me embargaba en aquel momento, pero su proximidad y el relampagueo vidrioso de sus ojos me incitaban a levantarme del lecho y cantarle las cuarenta, así que tuve que contenerme. La sensación duró sólo unos instantes y desapareció. Avanzó por la habitación con aquellos ojos que me escrutaban con insolencia, y me volví hacia la ventana, preocupado, aunque no por su insolencia, sino por la sensación que acababa de traspasarme como una bala. La habitación se había llenado de un olor aromático, de ese perfume que las mujeres dejan tras de sí en los vestíbulos de los hoteles de lujo, y la situación hizo que me sintiera nervioso e inseguro.

Cuando llegó a mi altura, lejos de levantarme, continué inmóvil, tomé una profunda bocanada de aire y al final la miré otra vez. Tenía la nariz abotonada en la punta, pero no fea, y unos labios más bien gordezuelos, sin carmín, sonrosados en consecuencia; pero lo que me llamaba la atención y me atraía eran los ojos: su brillo, su animalidad, su desfachatez.

Se acercó a la mesa y cogió el folio que había en el carro de la máquina. Yo no sabía a santo de qué venía todo aquello. Seguía sin decir palabra, aunque olía la presencia del licor en su aliento y también el aroma muy particular pero claro de la decadencia, un aroma dulzarrón y empalagoso, el aroma de la senectud, el aroma de aquella mujer en trance de envejecer.

Se limité a mirar por encima lo escrito en el folio; irritada al parecer, tiró la hoja por encima del hombro y la hoja cayó al suelo en barrena.

—No vale nada —dijo-——. No sabes escribir. No sabes escribir ni palote.

—Muchas gracias —dije.

Fui a preguntarle qué se le ofrecía, pero al parecer no era persona a la que le gustasen las preguntas. Me levanté de la cama de un salto y le presenté la única silla de la estancia. No la aceptó. Miró primero la silla, después a mí, con actitud meditabunda, manifestando con una sonrisa su desinterés por sentarse y nada más. Se puso a recorrer entonces la habitación y a leer los folios que yo había pegado a las paredes. Eran fragmentos mecanografiados de Mencken, de Emerson y de Whitman. Los miró todos con sonrisa de burla. ¡Bah, bah, bah!, entre ademanes con los dedos y un fruncimiento de labios. Tomó asiento en la cama, se bajó el chaquetón hasta los codos, se llevó las manos a la boca y me miró con desprecio intolerable.

Y se puso a recitar con lentitud y dramatismo:

*¿Podría ser otra cosa que profetisa y embustera,*
*con una madre duende y un padre monje?*
*Acunada bajo el agua y tras echar los dientes en una cruz,*
*¿podría ser otra cosa que la ahijada del demonio?*

Era de Millay, lo identifiqué al instante, pero la mujer continuó sin descanso; conocía a Millay más que la misma Millay, y cuando por fin terminó, alzó la cara, me miré y dijo:

—Esto es literatura. Tú no sabes nada de literatura. ¡Eres un cretino! —El espíritu de los versos se había apoderado de mí y cuando se puso a acusarme con tanta brusquedad volví a sentirme perplejo.

Quise responder, pero me interrumpió y acometió un discurso profundo y trágico, con una entonación típica de Barrymore; dijo entre murmullos que era una lástima, una imbecilidad, un absurdo que un escritor como yo, malo sin remedio, me hubiera enterrado precisamente en una pensión barata de Los Angeles, California, para escribir trivialidades que el mundo no leería nunca y nunca tendría ocasión de olvidar.

Se tendió de espaldas, cruzó los dedos bajo la nuca y se dirigió al techo con aire soñador:

—Me amarás esta noche, escritor idiota; sí, esta noche me amarás.

—Oiga —dije—, ¿qué pasa aquí?

Me sonrió.

—¿Importa acaso? Tú no eres nadie, es posible que yo haya sido alguien, y el amor es nuestro camino común.

El olor femenino era muy fuerte en aquellos momentos, impregnaba la habitación entera, tanto que parecía su habitación y no la mía, que el extraño fuera yo, y pensé que lo mejor era que saliésemos para que le diera un poco el aire nocturno. Le pregunté si quería dar una vuelta a la manzana.

Se incorporó en el acto.

—¡Escucha! ¡Tengo dinero, dinero! ¡Iremos por ahí a tomar un trago!

—De buten —dije—. Una idea excelente.

Me puse el jersey. Cuando me volví se encontraba a mi lado y me puso la punta de los dedos en la boca. El misterioso olor dulzarrón que la envolvía se le notaba tanto en los dedos

que me dirigí a la puerta y la mantuve abierta para que saliese ella primero.

Subimos al vestíbulo. Al llegar a recepción, me alegré de que la propietaria se hubiese ido a dormir; no había ningún motivo para ello, pero no quería que la señora Hargraves me viera con aquella mujer. Le dije que recorriese el vestíbulo de puntillas y siguió la indicación; disfrutaba de lo lindo, como en una aventura de poca monta; y se emocionaba y sus dedos me apretaron el brazo con fuerza.

Había niebla en Bunker Hill, pero no en el centro. Las calles estaban vacías y el ruido de sus tacones en la acera resonaban entre los edificios viejos. Me tiró del brazo y me incliné para escuchar lo que quería murmurarme en el oído.

—¡Vas a estar fenomenal! —me dijo—. ¡Fenomenal!

—Olvidemos eso ahora —dije yo—. Demos un paseo.

Le apetecía un trago. Insistió en tomarlo. Abrió el bolso y agité un billete de diez dólares.

—¡Mira! ¡Es dinero! ¡Yo tengo mucho dinero!

Anduvimos hasta el Solomon's Bar, que estaba en la esquina, y donde yo solía jugar a la máquina de pulsadores. No había nadie, excepción hecha de Solomon, que estaba con la barbilla apoyada en las manos, preocupado por asuntos laborales. Nos dirigimos a un reservado que daba a la ventana principal y esperé a que ella se sentase, pero insistió en que yo lo hiciera primero. Solomon se nos acercó para ver qué queríamos.

—¡Whisky! —dijo la mujer—. Una piscina de whisky.

Solomon frunció el ceño.

—Para mí un quinto —dije.

Solomon la miraba con fijeza, con espíritu indagador, arrugada la calva a causa del ceño fruncido. Intuí la consanguinidad y me di cuenta de que también ella era judía. Se alejó Solomon en busca de la bebida y la mujer se quedó con los ojos echando lumbre, las manos unidas sobre la mesa, cruzando y descruzando los dedos. Me puse a pensar en la manera de darle esquinazo.

—Te sentará bien un trago -dije.

Se me echó al cuello antes de que me diese cuenta de lo que sucedía, pero no lo hizo con ninguna brusquedad, y con las largas uñas de los cortos dedos hundidas en mi carne me habló de mi boca, de mi boca maravillosa; Dios mío, qué boca tenía yo.

—¡Bésame! —dijo.

—Claro —dije—. Tomemos un trago antes.

Apreté los dientes.

*—¡O sea que también tú has oído hablar de mí! —dijo—-. Eres como los demás. Te han hablado de mis heridas, por eso no quieres besarme. ¡Porque te doy asco!*

Me dije: está como una cabra; tengo que irme de aquí. Me besó, su boca me supo a salchicha alemana regada con whisky de centeno. Se echó atrás y respiré con alivio. Saqué el pañuelo y me sequé el sudor de la frente. Solomon volvió con las bebidas. Fui a pagar, pero la mujer se me adelantó. Solomon fue por el cambio, pero lo llamé y le di un billete. Lá mujer se quejó y protestó pataleando y dando golpes con los puños. Solomon alzó las manos para manifestar su impotencia y se quedó con el dinero de la mujer. Nada más darnos la espalda, dije:

—Señora, la fiesta es suya. Tengo que irme. —Me abrazó para retenerme y forcejeamos hasta que me dije que era una tontería. Volví a sentarme y me puse a pensar en otra forma de escabullirme.

Solomon volvió con el cambio. Cogí una moneda de cinco centavos del puñado de calderilla y le dije que me gustaría jugar a la máquina de pulsadores. Me levanté, me dejó pasar sin decir nada y fui hasta la máquina. Me miraba con ojos de perro de presa y Solomon la miraba a ella con ojos de asesino. Gané una partida en la máquina y llamé a Solomon para que se acercase y comprobara la puntuación.

—Solomon, ¿quién es esta mujer? —le susurré.

No lo sabía. Había estado en el local aquella misma noche, un poco antes, y había bebido mucho. Le dije que quería escabullirme por la parte de atrás.

—La puerta de la derecha —dijo.

La mujer acabó el whisky y golpeé la mesa con el vaso vacío. Me acerqué, tomé un sorbo de cerveza, le dije que me disculpara un minuto. Señalé con el pulgar el servicio de caballeros. Me palmeó el brazo. Solomon me miraba cuando crucé la puerta que había enfrente de la del lavabo de caballeros. Accedí al almacén, la puerta que daba al callejón trasero estaba a pocos pasos. En cuanto la niebla me frotó la cara me sentí mejor. Quería irme lo más lejos posible. No tenía hambre pero recorrí andando más de kilómetro y medio hasta llegar a un puesto de perritos calientes sito en Eight Street, donde tomé un café para matar el tiempo. Sabía que la mujer se presentaría otra vez en mi cuarto cuando se diese cuenta de que yo había tomado las de Villadiego. Algo me decía que estaba mal de la cabeza, acaso fuera que había bebido demasiado, aunque no importaba, yo no quería volver a verla.

Volví a mi cuarto a las dos de la madrugada. La personalidad de la mujer y el misterioso olor a senectud seguían presentes en él, ya no era mi cuarto. Por vez primera se había estropeado su maravilloso sentido de la soledad. Todos los secretos de la habitación parecían haber quedado al descubierto. Abrí las dos ventanas y contemplé la niebla que flotaba en grumos melancólicos e inquietos. Me entró frío y cerré las ventanas, pero aunque el cuarto se había llenado de humedad a causa de la niebla y mis papeles y libros estaban cubiertos de rocío, el perfume seguía presente de manera inconfundible. Tenía el gorro escocés de Camila bajo la almohada. También parecía empapado de aquel olor y cuando me lo apreté contra la boca, fue como tener la boca hundida en el pelo negro de la mujer. Me senté ante la máquina de escribir y jugué a pulsar algunas teclas.

No bien hube entrado en calor cuando oí pasos en el pasillo y supe que la mujer estaba de vuelta. Apagué las luces a toda velocidad y quedé sumido en las tinieblas, aunque ya era demasiado tarde, porque sin duda había visto la luz por debajo de la puerta. Llamó, no respondí. Volvió a llamar, pero permanecí en silencio y encendí un cigarrillo. Entonces se puso a golpear la puerta con los puños, gritó que la derribaría a puntapiés, que se pasaría la noche dando patadas a la puerta hasta que le abriese. Y comenzó a dar patadas, e hizo un ruido tan espantoso en aquella pensión desvencijada que me precipité sobre la puerta y la abrí.

— ¡Cariño! —dijo, y me tendió los brazos.

—Dios mío —murmuré—. ¿No cree usted que ya ha ido demasiado lejos? ¿No se da cuenta de que estoy francamente harto?

—¿Por qué me abandonaste? —preguntó—. ¿Por qué lo hiciste?

—Tenía otra cita.

—Cariño —dijo——. ¿Por qué me mientes?

—Joder.

Cruzó la habitación y volvió a coger el folio que estaba en la máquina de escribir. Estaba lleno de insensateces de todas clases, frases aleatorias, mi nombre repetido hasta la saciedad, hallazgos poéticos. Esta vez, sin embargo, la cara se le iluminó con una sonrisa.

—¡Es fabuloso! —dijo——. ¡Eres un genio! Mi amor es muy inteligente.

—Tengo muchísimo trabajo —dije—. ¿Le importaría marcharse, por favor?

Como si hablase con la pared. Tomó asiento en la cama, se desabrochó el chaquetón y quedó con los pies colgando.

—Te amo —dijo—. Eres mi amor y vas a amarme mucho.

—En otra ocasión —dije—. Esta noche no. Estoy cansado.

El aroma dulzarrón me calaba hasta el tuétano.

—No bromeo —añadí—. Creo que es mejor que se vaya. No quiero verme obligado a echarla.

—Estoy muy sola —dijo.

Hablaba en serio. A aquella mujer le pasaba algo, algo complejo, algo que manaba de ella al mismo tiempo que aquellas palabras y sentí vergüenza por haberme comportado de un modo brusco.

—De acuerdo —dije—. Nos sentaremos y charlaremos un rato.

Acerqué la silla y me senté a horcajadas, con la barbilla apoyada en el respaldo, sin dejar de mirarla mientras se acomodaba en el lecho. No estaba tan borracha como pensaba. Le pasaba algo raro, no se trataba del alcohol y yo quería averiguarlo.

Me contó las mil y una. Me dijo que se llamaba Vera. Trabajaba de ama de llaves en Long Beach, en la casa de una familia de judíos ricos. Pero estaba cansada de ser ama de llaves. Procedía de Pennsylvania, había huido por todo el país porque su marido le había sido infiel. Había llegado aquel mismo día a Los Angeles, procedente de Long Beach. Me había visto en el restaurante de la esquina de Olive Street con Second Street. Me había seguido hasta la pensión porque mis ojos «le habían penetrado hasta el alma». Pero yo no recordaba haberla visto allí. Estaba seguro de no haberla visto nunca. Tras averiguar dónde vivía yo, había ido al local de Solomon y se había emborrachado. Había estado bebiendo todo el día, pero sólo para tener la audacia suficiente para dirigirse a mí.

—Sé que te doy mucho asco —dijo——. Y que conoces mis heridas y el horror que tengo bajo la ropa. Pero tienes que olvidarte de la fealdad de mi cuerpo, porque por dentro soy buena de verdad, muy buena, y merezco algo más que tu desdén.

No supe qué decir.

—¡Olvídate de mi cuerpo! —dijo. Me tendió los brazos, las lágrimas le corrían por las mejillas—. ¡Piensa en mi alma! —dijo—. Mi alma es hermosa, puede darte mucho. No es fea como mi carne.

Lloraba como una histérica, con la cara oculta en la cama, mesándose el pelo negro con las manos, y yo me sentía impotente, no sabía de qué hablaba; ah, mi querida señora, no llore así, no debe usted llorar de ese modo, le cogí la mano caliente y traté de decirle que hablaba dándole vueltas a las cosas; era estupidez pura aquella forma de hablar, era autopersecución, un montón de tonterías, y me puse a hablar del mismo modo, gesticulando con las manos y suplicando con el tono de voz.

—Porque es usted una mujer distinguida, su cuerpo es muy hermoso y todo lo que me cuenta es como una obsesión, una manía infantil, una secuela de las paperas. No debe usted preocuparse pues, ni llorar, porque acabará usted dominándolo. Sé que lo conseguirá.

Pero me conducía con torpeza y la hacía sufrir más aún, ya que se encontraba metida en un infierno inventado por ella misma, tan lejos de mí que el sonido de mi propia voz no hizo más que ensanchar el abismo que nos separaba. Quise hablarle de otras cosas, quise hacerla reír con mis obsesiones. Señora, fíjese en Arturo Bandini, Arturo Bandini sí ha sabido conseguir alguna cosilla. Y de debajo de la almohada saqué el gorro escocés de Camila, adornado con la pequeña borla.

—¿Sabe, señora? Yo también resulto molesto a los demás. ¿Sabe lo que hago? Me voy a la cama con este gorrito negro, me lo pongo muy cerca y le digo: «Oh, te amo, te amo, princesa de ensueño». —Y más cosas que le dije a continuación: yo no era, ay, ningún ángel; mi alma sabía de meandros y laberintos propios; no se sienta usted tan sola, señora, porque tiene usted muchísima compañía, tiene nada menos que a Arturo Bandini, que tiene mucho que contarle. Escuche, escuche: ¿sabe usted lo que hice una noche? Arturo que lo confiesa todo: ¿sabe usted la acción terrible que cometí? Cierta noche, una mujer demasiado hermosa para vivir en este mundo acercóseme en alas del perfume, y yo no pude soportarlo, y quién era jamás lo supe, una mujer con una piel de zorro y un sombrerito muy mono, y Bandini que

se lanza tras ella, porque era mejor que las fantasías, y la ve entrar en el Acuario Subterráneo de Bernstein, y como en trance, por una ventana, la ve por entre las ranas y las truchas, y la ve comer sola; y cuando hubo acabado, ¿sabe usted lo que hice, señora? No llore, no llore, que aún no ha oído nada, porque yo soy la caraba, señora, y tengo el corazón lleno de tinta negra; yo, Arturo Bandini, entré en el Acuario Subterráneo de Bernstein y me senté en la misma silla en que se había sentado ella, y me estremecí de placer, y manoseé la misma servilleta que ella había utilizado, y vi una colilla manchada con lápiz de labios, ¿y sabe usted lo que hice, señora? Usted y sus divertidos problemitas, pues me comí la colilla, la mastiqué, tabaco, papel y todo, y me la tragué, y me supo a miel pura de abejas, porque era hermosísima, y había una cuchara junto al plato y me la guardé en el bolsillo, y de vez en cuando sacaba del bolsillo la cuchara y la probaba, porque era hermosísima. Amor al detall, una heroína gratis y de balde, totalmente a merced del negro corazón de Arturo Bandini, que la recordaría a través de una pecera con truchas y ancas de rana. No llore, señora; ahórrese las lágrimas por Arturo Bandini, porque él tiene sus propios problemas, y son problemas de órdago, ni siquiera he empezado a contárselos, porque podría hablarle de una noche en la playa con una princesa morena, de su carne sin objeto, de sus besos semejantes a flores marchitas, flores inodoras del huerto de mi pasión.

No me escuchaba ya, bajó de la cama temblando, cayó de rodillas ante mí y me rogó le dijera que no era una mujer repugnante.

—¡Dímelo! -dijo entre sollozos—. Dime que soy hermosa como otras mujeres.

—¡Pues claro que sí! Usted es muy hermosa, de verdad.

Quise alzarla del suelo, pero se aferré a mí con desesperación y no pude hacer otra cosa que calmarla, pese a que yo era muy torpe y desmañado y ella estaba en el fondo del abismo que nos separaba, pero seguí intentándolo.

Entonces se puso a hablar otra vez de sus heridas, de las heridas espantosas que le habían destrozado la vida, que habían destruido el amor antes de que éste se presentase, que le habían arrebatado un marido y lo habían arrojado en brazos de otra mujer, todo lo cual me resultaba fantástico e incomprensible porque, a su manera, era una mujer hermosa, no era deforme ni tullida no estaba desfigurada y muchos eran los hombres que la habrían amado.

Se puso en pie con movimientos indecisos, el pelo le había caído sobre la cara, tenía mechas de pelo pegadas a las mejillas húmedas de llanto; tenía los ojos llenos de motas y su mirada era una mirada de maníaca, una mirada llena de resentimiento.

—¡Te las enseñaré! —exclamó a voz en cuello—. ¡Las verás con tus propios ojos, so embustero, más que embustero!

Con ambas manos se desabrochó la falda negra, que formó un nido a sus pies. Se apartó un paso para desprenderse de ella y me pareció realmente hermosa con la combinación blanca, y se lo dije.

—Pero si es usted preciosa —le dije—. Ya se lo dije antes, es usted preciosa.

Comenzó a desabrocharse la blusa sin dejar de sollozar y le dije que no hacía falta que se quitara más prendas; me había convencido totalmente y no había necesidad de seguir haciéndose daño.

—No —dijo—. tienes que verlas con tus propios ojos. No se podía desabrochar los corchetes de la blusa, me dio la espalda y me dijo que se los desabrochara yo. Agité la mano.

—Por el amor de Dios, no piense más en ello —le dije—. Me ha convencido. No tiene por qué hacer un *striptease.* —Sollozó con desconsuelo, se cogió la fina blusa con las dos manos y se la arrancó de un tirón.

Cuando comenzó a alzarse la combinación, me volví de espaldas y me acerqué a la ventana, porque sabía que iba a enseñarme algo desagradable; empezó a reírse de mí, a gritarme, a apuntar con la lengua hacia mi cara de preocupación.

—¡Sí, sí! ¡Tú ya lo sabes todo! ¡No hace falta que te explique nada sobre lo que voy a enseñarte!

Tenía que acabar con aquello de una vez, me di la vuelta, vi que no llevaba encima más que las medias y los zapatos, y entonces le vi las heridas. A la altura de los riñones; se trataba de una marca de nacimiento o algo por el estilo, una quemadura, una zona cauterizada, un punto lamentable, seco, vacío, donde no había carne, donde los glúteos se reducían con brusquedad, se arrugaban y encogían y la carne parecía muerta. Cerré la boca y dije:

—¿Eso es? ¿Es eso todo, nada más que eso? Pero si no es nada, si no es más que una tontería. —Pero se me escurrían las palabras y las tenía que pronunciar a toda prisa para que no se me atragantasen—. Es absurdo —añadí—. Apenas se nota. Es usted preciosa, es usted una maravilla.

Se observó con curiosidad, sin creerme, y volvió a posar los ojos en mí, pero yo seguía mirándola a la cara, con el vómito flotándome en el estómago, aspiré a pleno pulmón el olor empalagoso y denso que despedía su presencia y volví a decirle que era una mujer hermosa, y el adjetivo se me escapó como un gemido, tan hermosa era, una niña, una criatura virgen, hermosa como pocas, y sin decir palabra, manchada de rubor, cogió la combinación y metió la cabeza en ella con un misterioso murmullo de satisfacción en la garganta.

Al mismo tiempo era muy tímida, y estaba encantadísima, y me reí al comprobar que las palabras me salían ahora con mayor soltura, así que le repetí sin parar que era preciosa y que se había comportado como una ingenua. Pero dijo rápido, Arturo, dilo aprisa porque algo estaba a punto de sucederme por dentro, tenía que salir, así que le dije que tenía que salir al pasillo un instante y que se vistiera mientras tanto. Quedó cubierta por la combinación y sus ojos desbordaban alegría al verme salir. Fui hasta el final del pasillo, hasta el rellano de la escalera de incendios, y allí lo solté todo, llorando e incapaz de contenerme porque Dios era un asesino sin escrúpulos, un animal despreciable, es lo que era por haberle hecho aquello a aquella mujer. Baja de los cielos, Señor, baja y te reventaré la cara contra el área municipal de Los Angeles, cínico sin perdón. De no ser por ti, esta mujer no sufriría tamaña deformidad, ni el mundo tampoco, y de no ser por ti habría podido joderme a Camila López en la playa. ¡Pero no! Te gusta gastar bromas; mira lo que le has hecho a esta mujer, y al amor de Arturo Bandini por Camila López. En aquel punto, mi tragedia me pareció más negra que la de la mujer y me olvidé de ella.

Cuando volví, se había vestido ya y se peinaba delante del espejo. Se había guardado la blusa rata en el bolsillo del chaquetón. Parecía agotada y serenamente feliz al mismo tiempo, y le dije que la acompañaba hasta Cercanías, donde podría coger cualquier tren que pasara por Long Beach. Me dijo que no, que no hacía falta. Me apuntó su dirección en un trozo de papel.

—Algún día vendrás a Long Beach —dijo—. Esperará todo el tiempo que haga falta, porque al final vendrás.

Nos despedimos en la puerta. Me tendió la mano, llena de calidez y de vida.

—Adiós —dijo—. Cuídate.

—Adiós, Vera.

No me quedé solo tras su partida porque no había manera de huir de aquel perfume tan extraño. Me tumbé en el lecho e incluso Camila, almohadón con gorro escocés por cabeza, se me antojó distante, tan distante que no pude evocarla. La melancolía y el deseo se fueron apoderando de mí poco a poco; la pudiste haber poseído, idiota, pudiste haber hecho con ella lo que hubieras querido, igual que con Camila, pero no hiciste nada. Apenas pude dormir por su culpa. Me despertaba y aspiraba la pesadez dulzona que la mujer había dejado al marcharse, tocaba lo que ella había tocado, pensaba en el poema que me había recitado. Quedé profundamente dormido y se me borró todo recuerdo, pero cuando desperté, a las diez de la mañana, seguía estando cansado, olfateando el aire y pensando continuamente en lo que

había sucedido. Le habría podido decir muchas cosas y ella habría sido muy comprensiva. Le habría podido decir: mire, Vera, la situación está así y asá, ha sucedido esto y aquello, y si usted pudiese hacer esto y lo otro, tal vez no ocurriera de nuevo, porque tal y cual persona piensa de mí que si patatín y que si patatán, y esto tiene que acabarse; moriré en el empeño si es menester, pero tiene que acabarse.

Y así todo el santo día, dándole vueltas; pensando en otros italianos, en Casanova, en Cellini, y pensando a continuación en Arturo Bandini hasta verme obligado a darme un golpe en la cabeza. Luego me pongo a pensar en Long Beach y me digo: podría ir de visita por lo menos, podría ver a Vera, podría hablar con ella a propósito de un problema de gran relevancia. Pienso en aquel punto de muerte, en la lesión anatómica que sufre y trato de encontrar las palabras justas, para meterlas en algún manuscrito. A continuación me digo que Vera, pese a todos sus defectos, puede hacer un milagro y que cuando el milagro esté hecho, el Arturo Bandini que se enfrentará al mundo y a Camila López será un Arturo Bandini diferente, un Bandini con dinamita en el cuerpo y fuego volcánico en los ojos, un Bandini que va a ver a la Camila López y le dice: mira, chica, he tenido mucha paciencia contigo, pero ya estoy harto de tu desvergüenza, o sea que te agradecería mucho que te desnudaras. Con estas fantasías me entretengo mientras estoy tumbado y las veo representadas en el techo.

Una tarde digo a la señora Hargraves que voy a estar fuera un día más o menos, en Long Beach, motivos de trabajo, y me voy. Tengo la dirección de Vera en el bolsillo, y me digo: Bandini, prepárate para la gran aventura; ármate de espíritu de conquista. Me encuentro en la esquina con Hellfrick, que está desesperado porque necesita más carne. Le doy dinero y se va como un rayo a la carnicería. Luego voy a Cercanías y cojo un tren que pasa por Long Beach.

## 12

E N el buzón ponía Vera Rivken, pues tal era su nombre completo. Vivía junto a Long Beach Pike, el parque de atracciones, enfrente de la Noria y de la Montaña Rusa. En la planta baja unos billares, arriba unas cuantas casas de vecinos. Inconfundible la escalera; estaba impregnada de su olor. La barandilla estaba doblada y torcida y el papel decorador, de color grisáceo, presentaba puntos hinchados que se rompían cuando los pinchaba con el pulgar.

Abrió la puerta ella en persona cuando llamé.

—¿Tan pronto? —me dijo.

Cógela en brazos, Bandini. No acojas sus besos con mueca de asco, apártate con dulzura, con una sonrisa, dile algo.

—Está usted maravillosa —dije.

*Sin tiempo apenas para hablar, volvió a lanzarse sobre mí, a pegárseme como una lapa, a buscarme la boca con una lengua semejante a la cabeza de una culebra asustada. ¡Vamos, Superbandini, págale con la misma moneda! ¡Mi niña judía, si por lo menos fueses más comprensiva, si abordaras estos asuntos más despacio! Volví a soltarme pues, me acerqué a la ventana y dije no sé qué a propósito del mar y el panorama que se veía.*

—Una vista preciosa —dije.

Pero ella me quitaba ya la chaqueta, me conducía a un sillón del rincón y me quitaba los zapatos.

—Ponte cómodo —dijo.

Se fue entonces y yo apreté los dientes mientras observaba una habitación idéntica a diez millones de habitaciones californianas, un detalle de madera aquí, un colgajito allá, los muebles, telarañas en el techo, polvo en los rincones, su cuarto, el cuarto de cualquiera, en Los Angeles, en Long Beach, en San Diego, cuatro paredes de yeso y estuco para protegerse del sol.

Había ido a una madriguera blanca que hacía las veces de cocina, a ordenar sartenes y sacudir vasos, y me pregunté por qué me la figuraba de una manera solo en mi habitación y de otra al estar con ella en persona. Rastreé el incienso, el aroma dulzarrón, tenía que brotar de algún sitio, pero no había incensario en la estancia, no había más que unos cuantos muebles polvorientos y supertapizados en azul, una mesa con unos libros encima y una cama empotrada con espejos en las portezuelas. Salió entonces de la cocina con un vaso de leche en la mano.

—Toma —dijo—. Está fresca.

Pero no estaba fresca, casi echaba humo, y en la superficie flotaba una espuma amarillenta, y al tomar un sorbo noté el sabor de sus labios y de los productos fuertes que comía, un sabor a pan de centeno y queso de Camembert.

—Muy buena —dije—. Deliciosa.

Se sentó a mis pies, con las manos en mis rodillas, mirándome con ojos voraces, con unos ojos tremendos y tan grandes que habría podido perderme en ellos. Iba vestida igual que cuando la vi por vez primera, con la misma ropa, y la habitación tenía un aspecto tan desolado que me di cuenta de que no tenía otra, aunque me había presentado sin darle tiempo para empolvarse ni pintarse los labios y estaba en situación de advertir el mapa que la vejez le había dibujado bajo los ojos y en los pómulos. Me extrañaba no haber advertido estos detalles la noche aquélla y entonces recordé que no se me habían escapado en absoluto, que los había visto por entre el carmín y el colorete, pero habían acabado por desaparecer después de dos días de sueños nocturnos y diurnos, y ahora estaba allí y sabía que no tenía que haber ido.

Hablamos, ella y yo. Me preguntó por mi trabajo, aunque todo era fingimiento, no le interesaba mi trabajo. Y cuando le respondí, fingí a mi vez. Tampoco a mí me interesaba mi trabajo. Sólo una cosa nos interesaba a los dos, y ella lo sabía, porque mi aparición lo había dejado muy claro.

Pero ¿dónde estaban las palabras, las pequeñas voluptuosidades que había llevado conmigo? ¿Y dónde las fantasías, dónde mi deseo, y qué le había sucedido a mi valor, y por qué me reía con tantas ganas de cosas que no tenían gracia ninguna? O sea, Bandini, que adelante: encuentra el deseo profundo, da rienda suelta a la pasión tal y como se describe en las novelas. Dos personas en una habitación; una de ellas, mujer; la otra, Arturo Bandini, ni carne ni pescado ni membrillo en conserva.

Otra pausa prolongada, la cabeza femenina en mis muslos, mis dedos jugueteando con la

madeja morena, formando mechas con los cabellos grises. ¡Despierta, Arturo! Ahora tendría que verte Camila, Camila, la de los grandes ojos negros, tu verdadero amor, tu princesa maya. ¡Rediós, Arturo, es que eres de lo que no hay! Es posible que escribieras *El perrito rió,* pero nunca escribirás las memorias de Casanova. ¿Y qué haces ahora, aquí sentado? ¿Fantasear con alguna obra maestra de primera magnitud? ¡Ay, Bandini, ay, Bandini!

Alzó los ojos para mirarme, me vio con los ojos cerrados y no se dio cuenta de lo que pensaba. Aunque tal vez sí. Tal vez por ello dijera:

—Estás cansado. Deberías echarte un poco.

Tal vez por ello extendiera la cama empotrada e insistiera en que me acostase, ella junto a mí, con la cabeza entre mis brazos. Tal vez, al escrutarme la cara, me preguntara por ello:

—¿Estás enamorado de otra?

—Estoy enamorado de una chica de Los Angeles —dije.

Me acarició la cara.

—Ya lo sé —dijo——. Y lo entiendo.

—No, no lo entiendes.

Quise decirle entonces por qué estaba allí, lo tenía en la punta de la lengua, a punto de decirlo, pero sabía que no iba a hablar de ello en aquel instante. Estaba tendida junto a mí y contemplábamos el vacío del techo mientras yo acariciaba el propósito de decírselo.

—Hay otra cosa que quiero que sepas —dije—. Tal vez puedas ayudarme.

Pero en aquello quedó todo. No, no se lo podía decir; aunque esperaba que ello lo descubriera por sí misma, como fuese, y cuando me preguntó que qué era lo que me tenía preocupado, supe que la intuición le fallaba, y cabeceé y adopté distintas expresiones de impaciencia.

—Dejémoslo estar —dije—. Es algo que no puedo decirte.

—Háblame de ella.

Yo era incapaz de hacer aquello, estar con una mujer y hablar de las virtudes de otra. Tal vez por ello me preguntase:

—¿Es guapa?

Le respondí que sí. Tal vez por ello me preguntara:

—¿Te quiere?

Le respondí que no. Sentí entonces un nudo en la garganta, porque cada vez se aproximaba más a lo que yo quería que ella me preguntase y esperé mientras Vera me acariciaba la frente.

—¿Y por qué no te quiere?

Por fin. Habría podido responderle y todo habría quedado claro, pero dije:

—Pues porque no me quiere, eso es todo.

—¿Es porque ella quiere a otro?

—No lo sé. Tal vez sí.

Tal vez esto, tal vez aquello, preguntas, preguntas, mujer sabia y herida que tanteas en la oscuridad, que quieres despertar la pasión de Arturo Bandini, una de cal y otra de arena, y Bandini deseoso de contarlo todo.

—¿Cómo se llama?

—Camila —dije.

Se incorporó, me acarició los labios.

—Estoy muy sola —dijo—. Finge que soy ella.

—Sí —dije—. Eso es. Así te llamas tú. Camila.

Abrí los brazos y se pegó a mi pecho con fuerza.

—Soy Camila -dijo.

—Eres hermosa —dije—. Eres una princesa maya.

—Soy la princesa Camila.

—Toda esta tierra y este mar te pertenecen. Toda California. No existe California, no existe Los Angeles, ni calles llenas de polvo, ni pensiones baratas, ni periódicos hediondos, ni gente desarraigada y moribunda que viene del Este, ni avenidas de ensueño. Estamos en tus dominios, un hermoso país con desiertos, las montañas y el mar. Eres una princesa y lo gobiernas todo.

—Soy la princesa Camila —dijo sollozando—. No existen los norteamericanos, no existe California. Sólo desiertos, las montañas y el mar y yo lo gobierno todo.

—Entonces aparezco yo.

—Entonces apareces tú.

—Yo soy yo. Arturo Bandini. El escritor más grande de la historia universal.

—Sí, claro —dijo con voz ahogada—. ¡Naturalmente! Arturo Bandini, el genio más grande de la tierra. —Ocultó la cara en mi hombro y sus lágrimas cálidas me gotearon en el cuello. La apreté contra mí—. Bésame, Arturo.

Pero no la besé. No podía. Tenía que ser a mi manera o nada.

—Soy un conquistador —dije—. Igual que Hernán Cortés, sólo que yo soy italiano.

Lo sentí entonces. Auténtico, satisfactorio, un alborozo que me recorría todo el cuerpo, mi techo era el cielo azul que se veía por la ventana y el mundo de los seres vivos era una pelotita inmóvil en mi mano. Me estremecí de placer.

—¡Camila, te quiero tanto!

Desaparecieron las cicatrices y la zona reseca. Era Camila, de arriba abajo, totalmente. Me pertenecía, y lo mismo el mundo. Sus lágrimas me procuraban placer, me conmovían, me estimulaban, y la poseí. Luego caí dormido, serenamente cansado, recordando por encima, por entre la niebla de la modorra, que no dejaba de sollozar, pero no me importó. Ya no era Camila. Era Vera Rivken y yo estaba en su piso, y me levantaría y me marcharía en cuanto durmiese un poco.

No estaba cuando me desperté. La habitación entera hablaba de su ausencia. Una ventana abierta, las cortinas agitándose con suavidad. Un armario con la puerta entornada, una percha en el tirador. El vaso de leche medio vacío donde yo lo había dejado, en el brazo del sillón. Objetos insignificantes que acusaban a Arturo Bandini, pero me sentía despejado después del sueñecito y estaba deseoso de irme para no volver nunca. Oí la música del tiovivo del parque de atracciones. Me acerqué a la ventana. Dos mujeres pasaron por la calle y les observé la cabeza.

Antes de irme me quedé en la ventana y eché una última mirada a la habitación. Fíjate bien, porque aquí es donde ocurrió. Ha sido un momento histórico. Me eché a reír. Arturo Bandini, el fino, el elegante; convendría oírle hablar sobre las mujeres. Pero aquel cuarto parecía la materialización cabal de la desdicha, pedía a gritos alegría y calor. Era el cuarto de Vera Rivken. Se había portado bien con Arturo Bandini, pero no tenía un real. Saqué el pequeño fajo de billetes del bolsillo, cogí dos de un dólar y los puse sobre la mesa. Bajé por las escaleras a continuación, con los pulmones llenos de aire, extasiados, y con los músculos más fortalecidos que nunca.

Pero había una mancha oscura en el fondo de mi cabeza. Anduve por la calle, dejé atrás la Noria y algunos tenderetes y me pareció que se intensificaba; algo que me alteraba la paz, algo vago e indefinido que se me colaba en el cerebro. Me detuve ante un puesto de hamburguesas y pedí café. Se iba apoderando de mí: la inquietud, la soledad. ¿Qué me ocurría? Me tomé el pulso. Me iba bien. Soplé el café y me lo tomé: estaba bueno. Me escruté, noté que los dedos interiores me palpaban y rebuscaban, pero sin alcanzar del todo lo que me molestaba en los penetrales. De pronto me sobrevino como una tormenta eléctrica, como la muerte y la destrucción. Me levanté del taburete y me alejé del mostrador lleno de miedo y anduve a buen paso por el camino de tablas, cruzándome con personas que se me

antojaron extrañas y fantasmagóricas: el mundo me parecía una fábula mítica, un plano transparente, y todos los seres que lo habitaban estaban en él solamente unos instantes; todos nosotros, Bandini, Hackmuth, Camila, Vera, todos nosotros estábamos en él solamente unos instantes, transcurridos los cuales aparecíamos en otro lugar; y no estábamos vivos de manera definitiva, nos acercábamos a la vida, pero no acabábamos de poseerla. Nos vamos a morir. Todos nos íbamos a morir. Hasta tú, Arturo, hasta tú tienes que morir.

Sabía ya la causa de mi conmoción. Se trataba de una cruz blanca muy grande que me apuntaba al cerebro y me decía que yo era un idiota porque me iba a morir y no podía hacer nada por impedirlo. *Mea culpa, mea culpa, mea maxima* culpa. Un pecado mortal, Arturo. No cometerás actos impuros. Y allí estaba, insistente hasta el final, convenciéndome de que no había forma de escapar de lo que había hecho. Yo era católico. Había cometido un pecado mortal con Vera Rivken.

Al final de la fila de tenderetes comenzaba la arena de la playa. Había dunas al otro lado. Anduve por la arena hasta donde las dunas ocultaban el paseo de tablas. Necesitaba reflexionar sobre lo ocurrido. No me arrodillé; me senté y contemplé las olas que devoraban la orilla. Mal están las cosas, Arturo. Has leído a Nietzsche, has leído a Voltaire, tendrías que saber más que Lepe a estas alturas. Pero pensar no serviría de nada. Podría salir del apuro con ayuda de la razón, pero la razón no era la sangre. Y era la sangre que me mantenía con vida, era la sangre que me circulaba por las venas quien me decía que la razón no tenía razón. De modo que me sumergí en mi propia sangre, dejé que me arrastrase y me remontara al piélago profundo de mis orígenes. Vera Rivken, Arturo Bandini. La intención no fue ésa, nunca fue ésa la intención. Estaba equivocado. Había cometido un pecado mortal. Podía aportar explicaciones matemáticas, filosóficas, psicológicas, lo podía explicar de cien maneras distintas, pero me había equivocado, porque no había forma de ocultar el ritmo cálido y uniforme de la culpabilidad.

Con dolor de contrición me esforcé por afrontar la prueba de obtener perdón. Pero ¿de quién? ¿De Dios, de Jesucristo? Dios y Jesús eran mitos en los que había creído antaño, y ahora eran creencias que en mi sentir eran mitos. Tenemos el mar por un lado, a Arturo Bandini por el otro, el mar es auténtico y Arturo cree que es auténtico. Pero si me pongo de espaldas al mar, sólo veo tierra; camino sin parar y el horizonte de la tierra se dilata hasta el infinito. Un año, cinco años, diez años y sigo sin ver el mar. Y me digo: pero ¿qué le ha ocurrido al mar? Y me respondo: el mar está más allá, en los penetrales de la memoria. El mar es un mito. Nunca ha existido el mar. Y sin embargo sí ha existido. Puedo afirmarlo porque nací a orillas del mar. ¡Me he bañado en el agua del mar! Me dio de comer, me proporcionó paz, y sus distancias fabulosas alimentaron mis fantasías. No, Arturo, el mar no ha existido nunca. Tienes fantasías y deseos, pero sigues caminando por el desierto. Nunca volverás a ver el mar. Es un mito en el que creíste antaño. En fin, no puedo por menos de sonreírme, porque la sal del océano me corre por las venas, y podrá haber diez mil rutas terrestres, pero nunca me confundirán, porque la sangre de mi corazón volverá siempre a sus preciosos orígenes.

¿Qué hacer entonces? ¿Elevar la boca al cielo para parlotear y balbucir con una lengua asustada? ¿Descubrirme el pecho y golpeármelo como un tambor resonante para llamar la atención de mi Salvador? ¿No es más lógico y conveniente justificarme y seguir andando? Pero habría desorientaciones, habría anhelos; habría soledad, no tendría más que lágrimas, pajarillos húmedos del consuelo, aunque también belleza, una belleza semejante al amor de una muchacha difunta. Y risas también, risas contenidas, y silenciosas esperas nocturnas, y un temor subrepticio a la noche, cual si se tratase del beso pródigo y burlón de la muerte. Y llegará la noche, y los dulces óleos de las playas de mi océano que derramaron en mis sentidos los capitanes a quienes abandoné en la fogosidad soñadora de la juventud. Pero todo ello me será perdonado, y otras cosas también, Vera Rivken, el batir incesante de las alas de

Voltaire, el haberme detenido a escuchar y contemplar a este pájaro fascinante, todo me será perdonado cuando vuelva a mi patria por mar.

Me levanté y anduve por la arena profunda hasta llegar al sendero de tablas. El ocaso estaba en sazón, el sol era una bola roja y soberbia que se hundía en los confines del mar. Había algo pasmoso en el cielo, una tensión extraña. A lo lejos, hacia el sur, las gaviotas rondaban la costa como una nube negra. Me detuve para vaciar la arena de los zapatos, apoyándome en un banco de piedra.

De pronto oí un retumbo y un estruendo.

El banco de piedra cayó de lado y se desplomó en la arena. Miré hacia la fila de tenderetes: todos se sacudían y se derrumbaban. Miré más allá, hacia Long Beach; los edificios más altos se balanceaban. La arena cedió bajo mis pies; me tambaleé, busqué un apoyo más sólido. El fenómeno se repitió.

Era un terremoto.

Entonces estallaron los gritos. A continuación vino el polvo. Luego los derrumbes y los estrépitos. Di vueltas en círculo. Yo era el causante de aquello. Yo era el causante. Quedé con la boca abierta, agarrotado, mirando en derredor. Corrí unos metros en dirección al mar. Y retrocedí.

Lo has hecho tú, Arturo. Lo hiciste allá, en aquella habitación, en aquella cama.

Las farolas se desplomaban. Los edificios se resquebrajaban como galletas aplastadas. Gritos, hombres que gritaban, mujeres que chillaban. Cientos de personas salían corriendo de las casas, huyendo del peligro. Una mujer caída en la acera daba puñetazos en el suelo. Un niño lloraba. Los vidrios se agrietaban y estallaban. Campanillas de bomberos. Sirenas. Bocinas. Locura.

La sacudida principal había pasado. Sólo había ya temblores ligeros. Las entrañas de la tierra seguían rugiendo. Algunos ladrillos y chimeneas se venían abajo y un polvo gris se aposentaba encima de todo. Continuaban los temblores ligeros. Hombres y mujeres corrían hacia una explanada, alejada de los edificios.

Corrí hacia la explanada. Una anciana lloraba rodeada de caras pálidas. Dos hombres transportaban un cadáver. Un perro viejo reptaba sobre el estómago, arrastrando las patas traseras. Cadáveres en el extremo de la explanada, al lado de un cobertizo, cubiertos con sábanas empapadas en sangre. Una ambulancia. Dos alumnas de segunda enseñanza, cogidas del brazo, se tronchaban de risa. Miré hacia el otro lado de la calle. La fachada de las casas se había desplomado. Había camas colgando de las paredes. Cuartos de baño al descubierto. La calle estaba cubierta de un metro de escombros. Los hombres gritaban instrucciones. Tras cada temblor había una nueva caída de escombros. Los hombres retrocedían, esperaban, se lanzaban otra vez al ataque.

Tenía que irme. Fui al cobertizo con la tierra temblándome bajo los pies. Abrí la puerta y creí que me desmayaba. Los cadáveres del interior se habían dispuesto en fila, cubierto con sábanas y la sangre rezumaba a través del tejido. Sangre y muerte. Salí y me senté en el suelo. Continuaban los temblores, uno tras otro.

¿Dónde estaba Vera Rivken? Me levanté y fui hacia la calle. La habían acordonado. Marines con la bayoneta calada vigilaban la zona acordonada. En el otro extremo de la calle descubrí la casa en que vivía Vera. La cama colgaba de la pared, igual que un hombre crucificado. El suelo había desaparecido y sólo un tabique quedaba en pie. Volví a la explanada. Alguien había encendido una hoguera en el centro del terreno. Caras enrojecidas por las llamas. Las observé, no vi a nadie conocido. No encontraba a Vera Rivken. Un grupo de ancianos charlaba. El alto de barba dijo que era el fin del mundo; lo había predicho hacía una semana. Una mujer con el pelo cubierto de tierra se abrió paso entre el grupo.

—Charlie está muerto —dijo. Y se puso a gemir—. Mi pobre Charlie está muerto. No

deberíamos haber venido. ¡Le dije que no viniéramos!

Un anciano la cogió por los hombros y la zarandeó.

—Pero ¿ qué estás diciendo? —exclamó. La mujer se desmayó en sus brazos.

Me alejé y tomé asiento en el bordillo de la acera. Arrepiéntete, arrepiéntete antes de que sea demasiado tarde. Recé una oración, pero tenía la boca llena de polvo. Nada de oraciones. Pero habría cambios en mi vida. Habría honradez y amabilidad a partir de entonces. Había llegado al momento decisivo. Se había tratado de una advertencia para Arturo Bandini.

Los que estaban alrededor de la hoguera cantaban himnos. Formaban un círculo y los dirigía una mujer gorda. Eleva los ojos a Jesús, pues Jesús está al llegar. Todos cantaban. Un chico con un monograma en el jersey me tendió un devocionario. Lo rechacé con brusquedad. La mujer del círculo sacudía los brazos con fervor violento y el cántico ascendía hacia las alturas junto con el humo. Los temblores seguían sucediéndose. Me aparté. ¡Dios mío, vaya con los protestantes! En mi iglesia no cantábamos himnos tan chabacanos. Lo nuestro era Haendel y Palestrina.

La noche caía. Aparecieron algunas estrellas. Los temblores se repetían sin cesar cada tantos segundos. Se desató una brisa procedente del mar y comenzó a hacer frío. La gente se organizaba en grupos. Por todas partes resonaba el ulular de las sirenas. Los aviones zumbaban en el cielo y por las calles patrullaban pelotones de marineros y marines. Los camilleros entraban en los edificios derruidos como una exhalación. Dos ambulancias recularon hacia el cobertizo. Me incorporé y eché a andar. La Cruz Roja había hecho acto de presencia. En un rincón de la explanada se había organizado un centro de urgencia. Los responsables repartían grandes recipientes metálicos con café. Me puse en cola. El hombre que tenía delante hablaba con no sé quien.

—Ha sido peor en Los Angeles —dijo—. Miles de muertos.

Miles. Camila entre ellos. El Columbia Buffet habría sido el primer edificio en venirse abajo. Era muy viejo y sus muros de ladrillo eran muy flojos y estaban llenos de grietas. Camila había muerto, no me cabía la menor duda. Trabajaba de cuatro a once. Había sido sorprendida en pleno terremoto. Estaba muerta y yo estaba vivo. Fantástico. Me la imaginé muerta: yacería así, con los ojos cerrados asá, las manos unidas de tal y cual modo. Estaba muerta y yo estaba vivo. No nos entendíamos, pero a su manera había sido muy amable conmigo. La recordaría durante mucho tiempo. Probablemente era yo el único hombre de la tierra que la recordaría. Había muchas cosas encantadoras, relacionadas con ella, en que poder pensar; las sandalias, la vergüenza de pertenecer a la raza a que pertenecía, el Ford pequeño y ridículo.

Por la explanada circulaban rumores de todas clases. Se aproximaba una ola gigantesca. No se aproximaba ninguna ola gigantesca. Toda California había sufrido los efectos. Los efectos se habían dejado sentir sólo en Long Beach. Los Angeles era un montón de escombros. No se había notado en Los Angeles. Alguien dijo que los muertos se elevaban a cincuenta mil. Había sido el peor terremoto desde el de San Francisco. Había sido mucho peor que el de San Francisco. Todo el mundo mantenía la calma y la disciplina, sin embargo. Todo el mundo estaba muerto de miedo, pero no había cundido el pánico. La gente sonreía de vez en cuando: había valor. Muchos estaban lejos de casa, pero habían llevado el valor consigo. Gente bragada. A nada le tenía miedo.

Los marines instalaron una radio en medio de la explanada, con grandes altavoces que bostezaban en medio del gentío. Los informes se sucedían continuamente y los detalles de la catástrofe se iban perfilando. La voz de barítono impartía instrucciones. Era la ley y todos la aceptaban con alegría. Nadie entraría ni saldría de Long Beach hasta nueva orden. La ciudad estaba bajo la ley marcial. No iba a haber ningún maremoto. El peligro había pasado definitivamente. Nadie debía alarmarse a causa de los temblores, que se repetirían ahora que la tierra volvía a ponerse en su sitio.

La Cruz Roja hacía circular mantas, comida y raciones de café. Toda la noche estuvimos sentados alrededor del altavoz, escuchando el desarrollo de los acontecimientos. En cierto momento se comunicó que los daños sufridos en Los Angeles eran de menor cuantía. Se transmitió una larga lista de víctimas. Camila López no figuraba en la lista. Pasé toda la noche consumiendo café y cigarrillos, con el oído atento al nombre de las víctimas. No se mencioné a ninguna Camila; ni siquiera a un López.

## 13

V O L V Í a Los Angeles al día siguiente. La ciudad no había cambiado, pero yo tenía miedo. El peligro acechaba en las calles. Los edificios elevados que formaban desfiladeros tenebrosos eran trampas mortales cuando la tierra temblaba. El asfalto podía abrirse. Los tranvías podían volcar. Algo le había sucedido a Arturo Bandini. Paseaba por las calles de casas de un solo piso. Se pegaba al bordillo de la acera, lejos de los anuncios colgantes. Estaba dentro de mí, muy dentro. No podía sacudírmelo. Veía hombres que circulaban por callejones muy estrechos y oscuros. Me asombraba su necedad. Crucé Hill Street y respiré

más tranquilo cuando accedí a Pershing Square. No había edificios altos en esta plaza. Si la tierra temblaba, ningún escombro me aplastaría.

Tomé asiento en la plaza, fumé unos cuantos cigarrillos y sentí que me sudaban las manos. El Columbia Buffet estaba a cinco manzanas de distancia. Sabía que no me dejaría caer por allí. Se había producido un cambio en mi interior. Me sentía cobarde. Me lo dije en voz alta: eres un cobarde. No me importaba. Más valía ser un cobarde vivo que un loco muerto. Las personas salían **y** entraban en los enormes edificios de hormigón... alguien las debería avisar. Sucedería de nuevo; tenía que suceder otra vez, tenía que haber otro seísmo que arrasara la ciudad y la destruyera para siempre. Qcurriría en cualquier momento. Acabaría con muchísimas personas, pero no conmigo. Porque yo me apartaría de aquellas calles y me mantendría alejado de los escombros que cayeran.

*Anduve por Bunker Hill hasta llegar a la pensión. Observaba todas las casas. Las de madera podían resistir un terremoto. Se sacudirían y tambalearían, pero no se vendrían abajo. Pero había que tener cuidado con las casas de ladrillo. El seísmo había dejado huellas en muchos lugares; una pared de ladrillo desplomada, una chimenea derruida. Los Angeles estaba condenada. Una maldición pesaba sobre la ciudad. Aquel terremoto concreto no la había destruido, pero el día menos pensado habría otro que la convertiría en ruinas. A mí no me atraparía, jamás me cogería dentro de una casa de ladrillo. Yo era un cobarde, pero era asunto mío. Por supuesto que soy un cobarde, me dije, por supuesto, pero hazte el valiente, hazte tú el valiente, so tarado, y paséate bajo esos edificios enormes. Ellos acabarán contigo. Hoy, mañana, la semana próxima, el año que viene, algún día acabarán contigo y conmigo no.*

Escuchad al hombre que estuvo en medio del terremoto. Me instalé en el soportal de la Pensión Alta Loma y lo conté. Yo vi cómo sucedía. Vi trasladar a los muertos. Vi la sangre, vi a los heridos. Yo estaba en una finca de seis pisos, dormido como un tronco cuando sucedió. Corrí por el pasillo en busca del ascensor. Se había atascado. Una mujer salió corriendo de una de las oficinas y una viga de hierro le cayó en la cabeza. Me abrí paso entre los escombros y llegué donde ella. Me la eché al hombro, había seis pisos hasta la calle, pero lo hice. Toda la noche estuve con los equipos de rescate, rodeado de sangre y desgracias por todas partes. Ayudé a rescatar a una anciana cuya mano sobresalía de los escombros como si fuese un fragmento de estatua. Entré como una tromba por una puerta humeante para rescatar a una joven inconsciente en la bañera. Vendé a los heridos, conduje a pelotones de rescate por entre las ruinas, me abrí camino a hachazos para llegar donde los muertos y moribundos. Y tanto que estaba asustado, pero había que hacerlo. Era un momento crítico, un momento que pedía acción y no palabras. Vi abrirse la tierra como la boca de un gigante y cerrarse a continuación sobre la calle asfaltada. Un viejo quedó atrapado por el pie. Corrí a su lado, le dije que tuviera valor y me puse a golpear el asfalto con un hacha de bombero. Pero era demasiado tarde. La grieta se cerró y le segó la pierna por la rodilla. Me lo llevé a cuestas. La pierna sigue allí como un recuerdo ensangrentado que sobresale de la tierra. Vi cómo ocurría, fue espantoso. Tal vez me creyeran, tal vez no. A mí me daba lo mismo.

Bajé a mi habitación y busqué grietas en las paredes. Inspeccioné la habitación de Hellfrick. Este se encontraba junto a la estufa, friéndose unas hamburguesas en la sartén. Yo vi cómo sucedía, Hellfrick. Estaba en el punto más elevado de la Montaña Rusa cuando comenzó el terremoto. El coche se quedó atascado en la vía. Tuvimos que bajar con ayuda de las manos y los pies. Una chica y yo. Cincuenta metros de altura, la chica a caballo en mi espalda y la montaña entera sacudiéndose como si tuviera el baile de San Vito. Pero lo hice. Vi una niña sepultada boca abajo entre los escombros. Vi una anciana muerta y aplastada por su propio coche volcado, con la mano fuera como para indicar un giro a la derecha. Vi a tres hombres muertos ante una mesa de póker. Hellfrick lanzó un silbido: ¿de veras? ¿De veras? Malo, malo. ¿Le podía prestar cincuenta centavos? Se los di y me puse a inspeccionar las

paredes en busca de grietas. Recorrí los pasillos, fui al garaje y a la lavandería. Había rastros de la catástrofe, nada serios, pero sí indicativos de la calamidad que de manera inevitable destruiría Los Angeles. No dormí en mi cuarto aquella noche. No, porque la tierra seguía temblando. Yo no, Hellfrick. Y Hellfrick miraba por la ventana y me veía tumbado en la falda de la colina, envuelto en las mantas. Estaba loco, según Hellfrick. Pero como Hellfrick recordaba que le había prestado dinero, a lo mejor no estaba loco. Tal vez tengas razón, dijo Hellfrick. Apagó la luz y oí que su cuerpecillo se tendía en la cama.

El mundo era polvo y en polvo se convertiría. Comencé a ir a misa todas las mañanas. Iba a confesarme. Tomaba la comunión. Elegí una pequeña iglesia de madera, baja y firme, situada cerca del barrio mejicano. Allí rezaba. Un Bandini totalmente distinto. ¡Ay, vida! ¡Tragedia agridulce, puta deslumbrante que me has llevado a la destrucción! Suprimí el tabaco durante unos días. Me compré otro rosario. Depositaba monedas en el cepillo de las limosnas. El mundo me daba lástima.

Mi querida madre allá en Colorado. Oh, personaje amadísimo, la mismísima Virgen María. No me quedaban más que diez dólares, pero la mandé cinco, la primera vez que mandaba dinero a casa. Reza por mí, madre querida. Las vigilias de tus rosarios son lo único que me tiene la sangre en movimiento. Vivimos días sombríos, madre. El mundo está lleno de horror. Pero he cambiado, la vida ha comenzado de nuevo para mí. Muchas horas paso glorificándote ante el Señor. ¡Ay, madre, ojalá estuvieras conmigo en medio de tantas tristuras! Pero tengo que terminar enseguida esta epístola, madre querida, queridísima madre, porque asisto a una novena y todas las tardes, a las cinco, tengo que postrarme ante la imagen de Nuestro Bendito Salvador para rezar y obtener Su dulce Misericordia. ¡Adiós, madre, adiós! Recuérdame en tus oraciones. Intercede por mí ante Aquel que todo lo da y resplandece en los cielos.

A la calle pues para echar la carta de mi madre, para echarla en el buzón y recorrer Olive Street, donde no había casas de ladrillo, cruzar a continuación un descampado, acceder a otra calle sin casas, a una calle señalizada sólo con una valla baja y, una manzana más allá, a un sector urbano donde los edificios gigantescos ascendían hacia la bóveda celeste; porque no había forma de eludir la manzana en cuestión, salvo que se cruzara la calle desde los edificios gigantescos, muy aprisa, corriendo en ocasiones. Y al final de la calle se alzaba la pequeña iglesia, donde rezaba y practicaba la novena.

Una hora después salía a la calle, recuperado, en paz, lleno de estímulo. Seguía el mismo camino para volver a casa, pasaba corriendo ante los edificios gigantescos, avanzaba a lo largo de la valla, cruzaba el descampado y advertía las hechuras del Señor en una hilera de palmeras próxima al callejón. Y así hasta Olive Street, después de las parduscas casas de madera. ¿De qué le sirve al hombre conquistar el mundo si pierde su alma? Y acto seguido aquel poemita que dice: Suma todos los placeres posibles y multiplícalos por la eternidad: un minuto en el paraíso vale más que todos ellos. ¡Cuán cierto era! ¡Cuán cierto! Gracias, luz celestial, por enseñarme el camino.

Un golpe en la ventana. Alguien llamaba a la ventana de aquella mansión ensombrecida por la densa enredadera. Me volví, localicé la ventana, vi una cabeza; los dientes relampagueantes, el pelo negro, la mirada maliciosa, los largos dedos gesticulantes. ¿Qué tempestad se me había desatado en el estómago? ¿Y cómo evitar aquella parálisis del pensamiento, aquella riada de sangre que me aturdía los sentidos? ¡Pero es esto lo que quiero! ¡Me moriría si no lo tuviera! Hacia ti voy pues, mujer de la ventana; me has hechizado, mátame de placer, de espasmos, de alegría, aquí me tienes, sube esos peldaños desvencijados.

¿ De qué sirve pues arrepentirse? ¿ Para qué preocuparse por el bien? ¿Y si a fin de

cuentas muero en un terremoto? ¿ Para qué coño preocuparse entonces? Me fui pues al centro, ya me tienes junto a los edificios elevados, que venga el terremoto, que me entierre junto con mis pecados, ¿a quién coño le preocupa? Es exactamente lo mismo para Dios y para el hombre, se ha de morir de una forma o de otra, en un terremoto o en el patíbulo, no importa por qué ni cuándo ni cómo.

Y hete aquí que me viene de pronto, igual que una fantasía. Me brotó de la desesperación misma: una idea, mi primera idea inteligente, la primera de toda mi vida, limpia, poderosa, cabal, renglón a renglón, página a página. Una historia sobre Vera Rivken.

*Puse manos a la obra y comenzó bien. Sin pensar, sin reflexionar. Avanzaba por sí sola, brotaba, igual que la sangre Ya la tenía. La tenía por fin. Paso, que voy, que voy con brocha, me encanta, me encanta, oh Dios mío, te amo, y también a ti, Camila, también a ti, a ti, a ti. Así se hacen las cosas, qué bien me siento, es una sensación muy dulce, cálida, suave, deliciosa, delirante. Río arriba y hasta el mar, hete ahí, heme aquí, palabrazas solemnes, palabrazas delicaditas, palabritas campanudas, oh, ah, eh.*

Sin aliento, ansioso, empresa sin fin, en trance de ser algo grandioso, en marcha, sin parar, dándole y dándole durante horas hasta que poco a poco se me fue apoderando de la carne, se me metió en lo más hondo, me estrujó los huesos, me redujo a pulpa, y ya ni tenía fuerzas ni veía. ¡Camila! Tenía que poseer a Camila. Me puse en pie, salí de la pensión, bajé Bunker Hill y llegué al Columbia Buffet.

—¿Otra vez por aquí?

Como una película transparente sobre los ojos, como una telaraña a mi alrededor.

—¿Y por qué no?

Arturo Bandini, autor de *El perrito rió*, de una pequeña imitación de Ernest Dowson y de cierto telegrama con proposición matrimonial. ¿Era burla lo que había en sus ojos? Olvídalo, anda, y recuerda la carne morena bajo el uniforme. Me tomé una cerveza y la contemplé mientras trabajaba. Esbocé una sonrisa de desprecio cuando coreó la risa de los hombres que había junto al piano. Estallé en carcajadas cuando uno de aquellos hombres le puso la mano en la cadera. ¡Ay, México lindo! ¡Basura, te lo digo yo! Le hice señas. Se acercó cuando estuvo libre, quince minutos después. Sé amable y simpático con ella, Arturo. Finge.

—¿Quieres algo más?

—¿Qué tal estás, Camila?

—Bien. Supongo.

—Me gustaría verte cuando termines.

—Ya he quedado.

Con dulzura:

—¿No lo podrías aplazar? Tengo que verte, es muy importante.

—Lo siento.

—Por favor, Camila. Sólo esta noche. Es muy importante.

—No puedo, Arturo. De verdad, no puedo.

—Ya verás como sí —dije.

Se alejó. Eché atrás la silla. La señalé con el dedo y le dije gritando:

—¡Vas a reunirte conmigo, rata de alcantarilla! ¡Vas a reunirte conmigo!

Por la leche que mamé que iba a ser como yo decía. Porque estaba dispuesto a esperarla. Porque fui al parking y me senté en el estribo del auto y me puse a esperarla. Porque no era una tía tan despampanante como para despreciar una cita con Arturo Bandini. Porque la entereza de su carácter, ¡por la misa!, me sacaba de quicio.

Llegó al parking con Sammy, el camarero de la barra. Se detuvo cuando me vio ponerme en pie. Cogió a Sammy por el brazo para retenerlo. Cuchichearon. O sea, que iba a haber un buen jaleo. Estupendo. Vamos, camarero muerto de hambre, acércate, acércate y te saco la dentadura por la nuca. Y me puse en guardia, con los puños preparados y a la espera. Se

acercaron. Sammy no dijo ni una palabra. Dio un rodeo y subió al vehículo. Yo me encontraba junto al asiento del conductor. Camila abrió la portezuela con la vista al frente. Cabeceé.

—Vas a venirte conmigo, mexicana.

La cogí por la muñeca.

—¡Suéltame! —dijo—. ¡Quítame las cochinas manos de encima!

—Vas a venirte conmigo.

Sammy volvió la cabeza.

—Mira, chaval, es posible que ella tenga otros planes.

La tenía sujeta con la diestra. Alcé el puño izquierdo y se lo puse a Sammy en la cara.

—Escucha —le dije—. Me caes gordo. O sea que mantén cerrada la alcantarilla.

—Sé razonable —contestó——. No sé por qué montas tanto cirio por una mujer.

—Va a venirse conmigo.

—No voy a irme contigo.

Quiso entrar en el coche. La cogí por los brazos y la lancé como a una pareja de baile. Se alejó dando vueltas, pero no cayó al suelo. Dio un grito, se abalanzó sobre mí. La sujeté con ambos brazos y la inmovilicé por los codos. Se puso a darme puntapiés, quiso arañarme las piernas. Sammy nos observaba con expresión de asco. Por supuesto que yo estaba en un plan que daba asco, pero era asunto mío. Camila gritaba y forcejeaba, pero tenía los brazos inmovilizados y las piernas le colgaban impotentes. Se cansó al cabo del rato y la solté. Se arregló el vestido mientras mascullaba entre dientes con resentimiento.

—Vas a venirte conmigo —dije.

Sammy salió del coche.

—Vaya historia —dijo. Cogió a Camila del brazo y se la llevó hacia la calle—. Vámonos de aquí, dejémosle con sus bobadas.

Los vi alejarse. Sammy tenía razón. Bandini el bobo, el cretino, el gusano, el gilipollas. Pero no podía remediarlo. Consulté la cédula fiscal del vehículo y tomé nota de la dirección. Estaba cerca del cruce entre la Veinticuatro y Alameda. No podía remediarlo. Fui andando hasta Hill Street y tomé un tranvía que pasaba por Alameda. La situación me intrigaba. Se había puesto al descubierto una faceta desconocida de mi carácter, el aspecto animal, el aspecto tenebroso, el fondo ignoto de un Bandini nuevo. Al cabo de unas cuantas manzanas, sin embargo, fui cambiando de humor. Bajé del tranvía cerca del puerto. Estaba a tres kilómetros de Bunker Hill, pero volví andando. Cuando llegué a mi habitación me dije que había terminado para siempre con Camila López. Y lo lamentarás, cretina de mierda, porque voy a ser famoso. Me senté ante la máquina de escribir y estuve trabajando casi toda la noche.

Trabajé con tesón. Estábamos en otoño al parecer, pero yo no me daba cuenta. Había sol todos los días, cielo azul todas las noches. A veces había niebla. Volvía a comer fruta. Los japoneses me fiaban y podía llevarme de la tienda lo que quisiera. Plátanos, naranjas, peras, ciruelas. Comía apio de tarde en tarde. Tenía tabaco en abundancia y una pipa nueva. No tenía café en la tienda, pero no me importaba. Mi último cuento apareció por fin en los quioscos. ¡*Las colinas de antaño!* No era tan emocionante como *El perrito rió.* Apenas miré el ejemplar gratuito que me remitió Hackmuth. Me satisfizo, no obstante. Algún día habría escrito tantos cuentos que ni recordaría dónde se habían publicado. «¡Eh, Bandini! Es genial el cuento que has publicado en el último *Atlantic Monthly*. » Bandini desconcertado. «¿En el *Atlantic*, dices? Sí, claro, claro.»

Hellfrick el carnívoro, el hombre que nunca pagaba sus deudas. En aquel intervalo de vacas gordas le había prestado mucho capital, pero ahora que volvía a ser pobre se me había vuelto cambalachero. Un impermeable viejo, unas zapatillas, una pastilla de jabón de olor:

con objetos por el estilo quería amortizar las deudas. Yo se los rechazaba. «Por el cielo, Hellfrick, me hace falta dinero, no artículos de segunda mano.» Su obsesión por la carne había llegado a tal extremo que ya no sabía controlarse. Se pasaba todo el día friéndose filetes de la carne más barata y el olor se me colaba por debajo de la puerta. Y me entraban unos deseos locos de comer carne. Iba a su habitación. «Hellfrick», le decía, «¿por qué no comparte ese filete conmigo?». El filete solía ser tan grande que no cabía en la sartén. Pero Hellfrick me mentía con el mayor descaro. «No pruebo bocado desde hace dos días.» A lo que yo le replicaba con los epítetos más sonoros; no tardé en perderle hasta el último asomo de respeto. Sacudía la caraza rojiza y abotargada y me miraba con unos ojazos que daban pena. Pero no me dejaba ni las sobras. Yo trabajaba día tras día como un enano y sufría lo indecible cada vez que me llegaba el olorcillo del lomo frito, las chuletas fritas, las chuletas a la plancha, las chuletas rebozadas, el hígado con cebolla y toda suerte de combinaciones cárnicas.

Un día le desapareció la locura carnicera y recuperó la locura ginebrina. Estuvo borracho como una cuba durante dos noches. Le oía dar traspiés, tropezar con las botellas, hablar consigo mismo. Luego se marchó. Estuvo fuera otra noche. Cuando volvió, había gastado el importe mensual de la pensión de la que vivía: sin saber cómo ni dónde, porque no se acordaba, había comprado un automóvil. Fuimos a la parte trasera de la pensión y nos quedamos mirando el coche. Era un Packard grande, de más de veinte años de antigüedad. Parecía un carruaje fúnebre, tenía los neumáticos gastados y la barata pintura negra burbujeaba al sol implacable. Alguien se lo había vendido en Main Street. Estaba pues sin un duro y con un Packard enorme.

—¿Quieres comprarlo? —me dijo.

—No, gracias.

Estaba abatido, la cabeza le hervía a causa de la resaca.

Aquella noche entró en mi cuarto. Se sentó en la cama, los largos brazos colgándole hasta el suelo. Sentía nostalgia del medio oeste. Habló de cazar conejos, de pescar, de la época de oro en que era un crío. Acometió el tema de la carne de manera inesperada.

—¿No te apetece un chuletón de los buenos? —dijo con boca fláccida. Abrió dos dedos—. Así de gordo. A la brasa. Con toneladas de mantequilla encima. Quemado hasta que pique. ¿Te gustaría? ¿Eh? ¿Te gustaría?

—Me encantaría.

Se puso en pie.

—Vamos por uno entonces.

—¿Tiene usted dinero?

—No necesitamos dinero. Tengo hambre. Y con esto es ya suficiente.

Cogí el jersey y lo seguí por el pasillo hasta el callejón. Se metió en el coche. Titubeé.

—Hellfrick. ¿Adónde vamos?

—Venga, sube —dijo—. Déjalo de mi cuenta.

Me senté junto a él.

—Bueno. Mientras no haya complicaciones...

—¿Complicaciones? —esbozó una sonrisa de picardía—. Yo sé dónde agenciarnos un buen chuletón.

Fuimos por Wilshire a la luz de la luna, llegamos a Highland y por Highland al Puerto de Cahuenga. Al otro lado se extendía la planicie del Valle de San Fernando. Dimos con una carretera solitaria y sin asfaltar y fuimos por ella, rodeados de eucaliptos gigantescos, hasta un paisaje dominado por los pastizales y algunas granjas diseminadas. Al cabo de kilómetro y medio se terminaba la carretera. Vimos postes y alambre espinoso a la luz de los faros. Hellfrick dio la vuelta al coche con maniobras interminables y lo dejó con la proa orientada hacia la carretera asfaltada de la que nos habíamos desviado. Salió del vehículo, abrió la

portezuela trasera y revolvió las herramientas que había debajo del asiento de atrás.

Me incliné sobre el respaldo para ver lo que hacía.

—¿Pasa algo?

Se incorporó con un martillo neumático en la mano.

—Espera aquí.

Se coló por una abertura del alambre espinoso y accedió al pastizal. A cien metros de distancia se alzaba un establo a la luz de la luna. Supe entonces lo que buscaba. Salí del coche de un salto y lo llamé. Me mandó callar con irritación. Vi que se acercaba de puntillas a la puerta del establo. Lo maldije y aguardé con los músculos en tensión. Al cabo de un rato oí el mugido de una vaca. Me dio mucha pena. Entonces oí un golpe sordo y ruido de pezuñas que se agitaban. Hellfrick apareció por la puerta del establo. Llevaba sobre el hombro un bulto oscuro que le hacía andar encorvado. A su lado, mugiendo sin parar, iba una vaca. Hellfrick quería correr, pero el bulto oscuro se lo impedía. La vaca iba tras él, dándole empujones con el hocico. Se volvió, le propinó un puntapié desmañado. La vaca se detuvo, volvió la testa hacia el establo, mugió otra vez.

—¡Maldita sea, Hellfrick! ¿Se ha vuelto loco?

—Ayúdame —dijo.

Alcé el alambre flojo lo suficiente para que pasara con la carga. Era un becerro, la sangre le chorreaba de un boquete abierto entre las orejas. El animal tenía los ojos abiertos corno platos. Veía la luna reflejada en ellos. Había sido un asesinato a sangre fría. Estaba horrorizado y asqueado. El estómago se me encogió cuando Hellfrinck dejó caer el becerro en el asiento de atrás. Oí el golpe sordo del cuerpo, luego el de la cabeza. Me sentía enfermo, muy enfermo. Había sido un asesinato en toda regla.

Mientras volvíamos, Hellfrick no cabía en sí de entusiasmo, pero el volante se había manchado de sangre pegajosa y en un par de ocasiones me pareció que el becerro coceaba en el asiento de atrás. Me tapé la cara con las manos y traté de olvidar el gemido melancólico de la madre del becerro, la faz dulcísima del becerro muerto. Hellfrick conducía a toda velocidad. En Beverly adelantamos a un coche negro que iba más despacio. Era un coche patrulla. Apreté los dientes y me preparé para lo peor. Pero la policía no nos siguió. Estaba demasiado asqueado para que el detalle me tranquilizara. Una cosa estaba clara: Hellfrick era un asesino y tanto él como yo estábamos sentenciados. Al llegar a Bunker Hill doblamos por nuestro callejón y nos detuvimos en la zona de aparcamiento que había junto a la pensión. Hellfrick salió del auto.

—Voy a darte un cursillo de carnicería.

—Es usted despreciable -dije.

Hice de espectador mientras él envolvía la cabeza del becerro en papel de periódico, se lo cargaba al hombro y recorría aprisa el oscuro pasillo que conducía a su cuarto. Extendí periódicos en el suelo lleno de suciedad y depositó el becerro sobre ellos. Sonrió al verse los pantalones ensangrentados, la camisa ensangrentada, los brazos ensangrentados.

Me quedé mirando al desdichado becerro. Era blanquinegro y de corvejones frágiles. De la boca entreabierta le sobresalía una lengua rosada. Cerré los ojos, salí corriendo de la habitación de Hellfrick y me arrojé al suelo de mi cuarto. Allí me quedé, presa de escalofríos, pensando en la pobre vaca que se había quedado sola en el campo, bañada por la luz de la luna, en la pobre vaca que mugía por su becerro. ¡Un asesinato! Hellfrick y yo estábamos sentenciados. Ya no tendría que devolverme lo que me debía. Sería dinero ensangrentado y no lo quería.

A partir de aquella noche me distancié mucho de Hellfrick. Ya no volví a visitarle. Identifiqué su llamada un par de veces, pero mantuve el cerrojo echado para que no entrase. Cuando coincidíamos en el pasillo, nos limitábamos a saludarnos con un gruñido. Me debía casi tres dólares, pero no se los reclamé.

## 14

B U E N A S noticias de Hackmuth. Otra revista quería publicar *Las colinas de antaño* en versión resumida. Cien dólares. Otra vez era rico. Período de expiación, de rectificación del pasado. Mandé cinco dólares a mi madre. Me escribió una carta de agradecimiento y lloré al leerla. Las lágrimas me corrían por las mejillas mientras me apresuraba a contestarle. Le envié otros cinco. Estaba satisfecho de mí mismo. Tenía algunas cualidades buenas. Ya veía a mis biógrafos hablando con mi madre, una señora muy anciana en silla de ruedas; mi Arturo era un buen hijo, me ayudó mucho.

Arturo Bandini, el novelista. Vivía por su cuenta, escribiendo cuentos. Ahora a escribir una novela. Una novela genial. Comentarios entusiastas antes de publicarse. Lo nunca visto desde Joyce. Todos los días me instalaba ante el retrato de Hackmuth y leía lo escrito durante la jornada. Pasaba horas ensayando la dedicatoria: A J. C. Hackmuth, por descubrirme. A J. C. Hackmuth, con admiración. A Hackmuth, hombre inteligente. Ya los veía, veía a los críticos de Nueva York apelotonándose en el club de Hackmuth a su alrededor. Ha sido todo un hallazgo descubrir al joven Bandini, el triunfador de la costa oeste, y el mérito es de usted. Una sonrisa de Hackmuth, un parpadeo de Hackmuth.

Seis semanas, unas cuantas horas dulcísimas al día, tres, cuatro y en ocasiones cinco horas deliciosas, mientras los folios se amontonaban y los restantes deseos se mantenían en letargo. Me sentía como un espectro que anduviese por la tierra, un enamorado de los hombres y los animales por igual, y me inundaban olas de ternura embriagadora cuando hablaba con la gente y me mezclaba con ella por la calle. Dios Todopoderoso, Dios de mi vida, sé bueno conmigo, dame una lengua de azúcar para que los tristes y solitarios me escuchen y sean felices. Así pasaban los días. Días soñadores, días de luz, y a veces me inundaba una alegría tan serena y grandiosa que apagaba la luz y me echaba a llorar, y me sobrevenía un deseo extraño de morir.

Así escribía Bandini una novela.

Cierta noche oí que llamaban a la puerta y al abrirla la vi en el umbral.

— ¡Camila!

Entró, tomó asiento en la cama, con algo bajo el brazo, un fajo de papeles. Echó un vistazo a la habitación: de modo que allí era donde vivía. Se había preguntado por el lugar en que viviría. Se puso en pie, comenzó a pasearse, miró por la ventana, recorrió la habitación, una chica hermosa y alta, pelo negro y cálido, yo inmóvil y mirándola. Pero ¿por qué estaba allí? Intuyó la pregunta, volvió a sentarse en la cama y me sonrió.

—Arturo —dijo—, ¿por qué nos estamos peleando continuamente?

Yo no lo sabía. Le dije algo acerca del carácter, pero cabeceó, cruzó las piernas y la presencia de sus muslos delicados se me incrustó con júbilo en la cabeza, una sensación gruesa y sofocante, el deseo lascivo y cálido de tenerlos entre las manos. Cada movimiento que hacía, la curva suave del cuello, los pechos grandes que le hinchaban el uniforme, las manos delicadas apoyadas en el lecho, los dedos abiertos, todo me turbaba y una pesadez dulce y dolorosa me hacía caer en trance. Y el sonido de su voz, contenido, bordeando la burla, una voz que hablaba a mi sangre y a mis huesos. Recordé la paz de las últimas semanas y me pareció muy irreal, un estado hipnótico inventado por mí, porque la vida era aquello otro, aquel mirar a los ojos negros de Camila, unos ojos que compaginaban el desprecio, la esperanza y una fruición cínica.

No sólo había ido a verme por verme, estaba allí por otra cosa también. Entonces supe de qué se trataba.

—¿Te acuerdas de Sammy?

Pues claro.

—No te cayó simpático.

—Hizo lo que tenía que hacer.

—Es buena persona, Arturo. Si lo conocieras mejor, te caería bien.

—No digo que no.

—Tú le caes bien.

Lo dudaba después de la escena del parking. Recordé algunos detalles de su relación con Sammy, las sonrisas que le dirigía durante el trabajo, la preocupación que sintió la noche que lo llevamos a su casa.

—Quieres al tío ese, ¿no?

—No exactamente.

Apartó la mirada de mí y la paseó por el cuarto.

—Sí lo quieres.

La aborrecí de pronto por el daño que me había hecho. Porque la chica se las traía. Me había roto el poema dowsoniano, el telegrama que le había mandado se lo había enseñado a todos los parroquianos del Columbia Buffet. Se había burlado de mí en la playa. Dudaba de mi virilidad y, a sus ojos, tanto daba dudar como sentir desprecio. Le observé la cara, los labios, y pensé que sería un placer golpearla, aplastarle la nariz y los labios de un puñetazo.

Volvió al tema de Sammy. Había tenido todas las cochinas oportunidades de este mundo, habría podido ser alguien, pero siempre había andado mal de salud.

—¿Qué le pasa?

—Tuberculosis.

—Joder.

—No vivirá mucho.

Me importaba un rábano.

—Todos tenemos que morirnos algún día.

Me pasó por la cabeza la idea de echarla a la calle, decirle: si has venido para hablarme del tío ése, ya te puedes ir con viento fresco porque no me interesa. Pensé en lo que disfrutaría diciéndole que se fuera, tan fantástica y hermosa a su manera y obligada a irse porque yo se lo decía.

—Sammy ya no trabaja en el local. Se ha marchado.

Estaba lista si creía que me interesaba saber su paradero. Apoyé los pies en la mesa y encendí un cigarrillo.

—¿Qué tal son tus otros amantes? —dije. Me había salido sin pensar y lo lamenté inmediatamente. Sonreí para suavizar el momento. Las comisuras de su boca reaccionaron, aunque de manera forzada.

—No tengo ningún amante —dijo.

—Claro —dije, dando a mis palabras un retintín de sarcasmo—. Claro, lo entiendo. Perdona lo imprudente de la observación.

Guardó silencio durante un rato. Me esforcé por silbar una tonada. En aquel punto dijo:

—¿Por qué eres tan mezquino?

—¿Mezquino? —dije—. Mira, muchacha, yo aprecio por igual a los hombres y a los animales. No hay la menor sombra de animosidad en mi sistema. A fin de cuentas, no se puede ser mezquino y un gran escritor al mismo tiempo.

Me dirigió una mirada de burla.

—¿Eres un gran escritor?

—Eso es algo que no sabrás nunca.

Se mordió el labio inferior, lo retuvo entre dos dientes blancos y afilados y miró hacia la ventana y la puerta igual que un animal atrapado; volvió a sonreír.

—Por eso he venido a verte.

Jugueteó con los sobres grandes que tenía en el regazo y el gesto me excitó: los dedos tocaron la falda, se quedaron en la falda y avanzaron hacia la carne. Los sobres eran dos. Abrió uno. Dentro había un manuscrito. Se lo quité de las manos. Era un cuento de Samuel Wiggins, Lista de Correos, San Juan, California. Se titulaba «Coldwater Gatling» y comenzaba: «Coldwater Gatling no quería problemas, pero nunca se podía estar seguro de los cuatreros de Arizona. El revólver tenía derecho a descansar en la funda, pero no había más remedio que airearlo cuando se ponía delante algún pájaro de cuenta. El problema que planteaban los problemas era que los problemas buscaban a Coldwater Gatling. A los cuatreros no les gustaban los rangers de Texas y Coldwater Gatling, en consecuencia, disparaba primero y preguntaba después. Así era la vida en el estado de Lone Star, donde los hombres eran hombres y a las mujeres no les importaba cocinar para los duchos en el

revólver y la silla de montar como Coldwater Gatling, el duro más duro que ha habido en aquellas tierras».

Era el primer párrafo.

—Es basura —dije.

—Por favor, ayúdale.

No le quedaba más que un año de vida, dijo. Había dejado Los Angeles para dirigirse al desierto de Santa Ana; vivía en una cabaña situada en los confines del desierto y en ella escribía continuamente. Había querido dedicarse a la literatura desde siempre. Pero habida cuenta del poco tiempo que le quedaba, le había llegado la hora.

—¿Y qué gano yo con todo ello? —dije.

—Está a punto de morir.

—¿Quién no?

Abrí el otro manuscrito. Era igual que el anterior. Cabeceé.

—Es una mierda.

—Ya lo sé —dijo—. Pero ¿ no podrías hacer algo? Te dará la mitad del dinero.

—No me hace falta dinero. Tengo ingresos propios.

Se levantó, se colocó ante mí y me puso las manos en los hombros. Bajó la cara, su aliento cálido y dulce me acarició la nariz, sus grandes ojos reflejaron mi cabeza y empecé a volverme loco de deseo.

—¿Lo harías por mí?

—¿Por ti? —dije—. Bueno, por ti**...** sí.

Me besó. Bandini el hombre de paja. Un beso cálido y denso por los servicios que iba a prestar. La aparté con delicadeza.

—No tienes por qué besarme. Haré lo que pueda. —Pero yo pensaba ya en un par de maniobras al respecto y mientras se ponía ante el espejo para pintarse los labios miré la dirección que figuraba en los sobres. San Juan, California—. Le escribiré una carta sobre lo que ha escrito —dije. Me miró por el espejo, el lápiz labial quedó inmóvil en el aire. Me sonrió con gesto burlón.

—No tienes por qué hacerlo —dijo——. Yo misma puedo volver para recogerlos y echarlos al correo.

Eso es lo que dijo, pero a mí no me engañas, Camila, porque leo en tu cara desdeñosa el recuerdo de aquella noche en la playa y te odio, Dios mío, cuánto te detesto.

—Sí —dije——. Creo que es lo mejor. Vuelve mañana por la noche.

Me sonrió con desprecio. Su cara no, sus labios, pero desde el interior.

—¿A qué hora quieres que venga?

—¿A qué hora sales del trabajo?

Se dio la vuelta, cerró el bolso de un golpe y me miró fijamente.

—Ya sabes a qué hora salgo del trabajo -dijo.

Me las pagarás, Camila. Me las pagarás.

—Ven a esa hora —dije.

Se acercó a la puerta, puso la mano en el pomo.

—Buenas noches, Arturo.

—Te acompañaré hasta el vestíbulo.

—No seas tonto —dijo.

Se cerró la puerta. Me quedé en el centro de la habitación y escuché sus pasos en la escalera. Sentía la palidez de mi cara, la humillación espantosa, me entró un ataque de furia, me tiré de los pelos, grité a pleno pulmón y comencé a maldecirla, a golpearme con los puños, a pasearme por la habitación con los brazos pegados al pecho, a forcejear con el recuerdo nauseabundo de aquella mujer, a extirpármela de la conciencia, jadeando de rabia.

Pero había distintas maneras de salirme con la mía y aquel enfermo del desierto se iba a

llevar también su merecido. Me las pagarás, Sammy. Te voy a hacer picadillo, voy a hacer que te arrepientas de haber vivido tanto. La pluma es más poderosa que la espada, Sammy, pero la pluma de Arturo Bandini es más poderosa que ninguna. Porque me ha tocado la lotería, chico. Y tú vas a saber lo que es bueno.

Me senté y leí los relatos. Tomé notas a propósito de cada línea, de cada frase, de cada párrafo. El estilo era un desastre, una chapuza de aficionado, torpe, impreciso, desigual, ridículo. Horas estuve sentado, fumando un cigarrillo tras otro y riéndome a mandíbula batiente de los esfuerzos de Sammy, burlándome de ellos, frotándome las manos de placer. Lo iba a dejar a la altura del betún. Me puse en pie de un salto y bailoteé por la habitación, fingiendo un combate de boxeo: encaja éste, Sammy, y este otro, chúpate este gancho de izquierda, ¿qué me dices de este derechazo?, zumba, bumba, plif, plaf, ¡heeeeyy!

Me volví y vi las arrugas del sector de la cama donde había estado sentada Camila, la depresión sensual que sus muslos y caderas habían formado en la colcha de seda azul. Me olvidé de Sammy y lleno de deseo me postré de hinojos ante el lugar y lo besé con veneración.

—¡Camila, te amo!

Y cuando el ansia se me diluyó en una nada transparente, me incorporé lleno de asco hacia mí mismo, hacia Arturo Bandini el infame, la rata asquerosa.

Tomé asiento y me puse a redactar con pluma implacable el comentario crítico que iba a enviar al amigo de Camila.

> *Estimado Sammy:*
> *La putilla que tú y yo conocemos ha estado aquí esta noche; ya sabes, la sudaca de cuerpo escultórico y cerebro de subnormal. Me enseñó unos cuentos que, según me dijo, habías escrito tú. Me dijo también que estabas a punto de irte al otro barrio. En circunstancias normales, la situación sería ya horrible de por sí. Pero después de leer la mierda que has escrito, permíteme decir, en nombre del mundo en general, que si desapareces de este valle de lágrimas será una suerte para todos. No sabes escribir, Sammy. Te sugiero que dediques las últimas energías que te quedan a poner en orden tu espíritu de mongólico antes de que abandones un mundo que respirará de alivio cuando desaparezcas. Me gustaría poder decirte con sinceridad que no quiero que te mueras. También desearía que, al igual que yo, pasaras a la posteridad con algún monumento que recordara el tiempo que pasaste en la tierra. Pero como salta a la vista que ello es imposible, quisiera ayudarte a pasar los pocos días que te quedan sin amargura ni resentimiento. La vida ha sido muy cruel contigo. Al igual que el resto de los mortales, supongo que también tú estarás contento de que todo vaya a acabarse dentro de poco y de que los garabatos con que has engorrinado la blancura inmaculada del papel no tengan nunca la oportunidad de analizarse desde un punto de vista más intolerante. Cuando te insto a que quemes toda la basura que has cometido y a que en lo sucesivo te mantengas al margen de todo sacrilegio literario, lo hago en nombre de todas las personas sensibles y civilizadas. Si tienes máquina de escribir, mi dictamen sigue siendo el mismo; porque mecanografiar tus manuscritos sería una desgracia para la humanidad. No obstante, si persiste tu delictivo deseo de escribir, te ruego me envíes las cagarrutas que te dicte la inspiración. Ya sé que no lo haces adrede, pero me río mucho leyéndote. Algo es algo.*

Ya estaba: definitiva y demoledora. Doblé los manuscritos, los metí en un sobre grande junto con la nota, cerré el sobre, lo dirigí a Samuel Wiggins, Lista de Correos, San Juan, California, pegué los sellos y me lo guardé en el bolsillo de atrás. Subí al vestíbulo, salí a la

calle y fui al buzón de la esquina. Eran las tres y pico de una madrugada incomparable. El blanco y azul de las estrellas y el cielo eran como los colores del desierto, de una dulzura tan conmovedora que tuve que detenerme asombrado de que pudieran ser tan fascinantes. En las palmeras llenas de polvo no se movía ni una hoja. No se oía el menor ruido.

Todo lo bueno que había en mí se me estremeció en el corazón en aquel instante, y con ello todo cuanto esperaba del sentido profundo y misterioso de mi existencia. Me envolvía la complacencia infinita y muda de la naturaleza, indiferente a la gran ciudad; el desierto latía bajo aquellas calles, alrededor de aquellas calles, en espera de que la ciudad feneciese, para cubrirla una vez más con sus arenas sin tiempo. De repente me sentí invadido por una intuición aterradora, relativa al significado y patético destino de los hombres. El desierto estaría siempre allí, animal blanco y paciente que aguardaba a que los hombres desaparecieran, a que las civilizaciones se tambaleasen y se sumergiesen en las tinieblas. En aquel punto, la raza humana se me antojó una raza valiente y me sentí orgulloso de pertenecer a ella. La maldad del mundo no era maldad, sino un elemento inevitable y benéfico y que formaba parte de la lucha interminable por contener y domeñar el desierto.

Miré hacia el sur, hacia donde titilaban las estrellas mayores, hacia donde se extendía el desierto de Santa Ana; bajo aquellas estrellas mayores, en el interior de una cabaña, vivía un hombre semejante a mí y a quien sin duda engulliría el desierto antes que a mí; en la mano tenía una manifestación de sus afanes, una expresión de su lucha contra el silencio implacable hacia el que se le arrojaba. Asesino, camarero o escritor, importaba poco: su destino era el destino común a todos, su final mi final; y a mi alrededor, aquella noche, en aquella ciudad de ventanas apagadas, alentaban millones como él y como yo: tan indiferenciables como las hojas moribundas de los arbustos. Vivir era ya una empresa hercúlea. Morir era la misión suprema. Y Sammy no tardaría en morir.

Me detuve ante el buzón, apoyé la cabeza en él y lloré por Sammy, por mí mismo y por todos los vivos y los muertos. ¡Perdóname, Sammy! ¡Perdona a este necio! Volví a mi cuarto y durante tres horas pergeñé la crítica más elogiosa que pude concebir. No le decía que tal o cual aspecto de sus escritos estuviese mal o fuera deficiente. Le decía que, en mi opinión, esto y aquello mejorarían si, etc., etc., etc. Me fui a dormir a eso de las seis, pero fue un sueño gratificante y reparador. ¡Qué persona tan extraordinaria era yo! Un hombre de espíritu grandioso, sereno y generoso, un enamorado de todos los seres, de los hombres y los animales por igual.

## 15

N O la vi durante una semana. Recibí en el ínterin una carta de Sammy en que me agradecía las modificaciones que le había sugerido. Sammy, el verdadero amor de Camila. Me daba además algunos consejos: ¿qué tal me iban las cosas con la sudaquita? No era mala hembra, con la luz apagada no era mala hembra en absoluto, pero su problema, señor Bandini, es que no sabe tratarla. Es demasiado amable con ella. No comprende a las mexicanas. No les gusta que se las trate como a seres humanos. Trátelas con amabilidad y se lo pagarán con desprecio.

Seguí trabajando en el libro y de vez en cuando hacía una pausa para releer su carta. La estaba leyendo la noche en que reapareció. Eran las doce más o menos y entró sin llamar.

—Hola —dijo.

—Hola, imbécil —dije.

—¿Trabajando? —dijo.

—¿A ti qué te parece? —dije.

—¿Cabreado? —dijo.

—No —dije—. Solamente asqueado.

—¿De mí?

—Pues claro —dije—. No hay más que mirarte.

Llevaba el uniforme blanco debajo de la chaqueta. Estaba sucio y lleno de manchas. Llevaba una media caída, arrugada a la altura del tobillo. Parecía cansada y se le había corrido el carmín de los labios. La chaqueta era un muestrario de hilachas y polvo. Calzaba unos zapatos de tacón alto muy horteras.

—Te esfuerzas demasiado por parecer una chica norteamericana —dije—. ¿Por qué lo haces? Échate un vistazo, anda.

Se puso ante el espejo y se observó con atención.

—Estoy cansada —dijo—. Ha habido mucho trabajo esta noche.

—¿Y esos zapatos? —dije—. Deberías ponerte lo que te corresponde, lo que los pies te piden: unas sandalias. Y la pintura con que te embadurnas la cara. Estás horrible, eres una imitación chabacana de las yanquis. Además, apestas. Si yo fuera mexicano, te arrancaría la cabeza de una hostia. Eres la vergüenza de los tuyos.

—¿Quién eres tú para hablarme de ese modo? —dijo-. Soy tan norteamericana como tú. Además, tú no eres norteamericano. Mírate la piel. Eres moreno como los italianos. Y los ojos, los tienes negros.

—Castaños -dije.

—No. Los tienes negros. Y mírate el pelo. Negro también.

—Castaño -dije.

Se quitó la chaqueta, se echó en la cama y se empotró un cigarrillo en la boca. Se puso a trastear, en busca de una cerilla. En la mesa, junto a mí, había una caja. Esperaba que se la diese yo.

—No estás paralítica —dije—. Ven y cógela tú.

Encendió el cigarrillo y fumó en silencio, con la mirada fija en el techo, echando el humo por la nariz con inquietud callada. Había niebla fuera. A lo lejos se oía la sirena de un coche de la policía.

—¿Pensando en Sammy? -dije.

—Es posible.

—Aquí no tienes por qué pensar en él. La puerta la tienes a dos pasos, ya lo sabes.

Se quitó el cigarrillo de la boca con malestar, lo retorció para destriparle las hebras; lo que dijo estuvo a tono con el ademán.

—No hay quien te aguante, joder. Tienes que estar pasándolo muy mal.

—No sabes lo que dices.

Había cruzado las piernas. Donde terminaba el uniforme blanco podían vérsele las ligas y un par de centímetros de carne morena. El pelo se le había desparramado sobre la almohada igual que un tintero volcado. Yacía de costado y me contemplaba desde las honduras de la almohada. Me sonrió. Alzó la mano y me hizo una seña con el dedo para que me acercase.

—Ven, Arturo —dijo. Con voz cálida.

Rechacé la invitación con la mano.

—No, gracias. Estoy bien.

Yo miraba la ventana y durante cinco minutos estuvo observándome. Habría podido

ponerle la mano encima, estrecharla entre mis brazos; sí, Arturo, bastaba con levantarse de la silla y tumbarse junto a ella, pero no me olvidaba de la noche en la playa, del poema por los suelos ni del telegrama de amor; los recordaba como pesadillas que acechasen desde todos los rincones del cuarto.

—¿Asustado? —dijo.

—¿De ti? —repliqué riéndome.

—Lo estás -dijo.

—No.

Abrió los brazos y toda ella se me antojó una invitación, pero sólo consiguió que me encerrase más en mí mismo con la imagen que de sí me presentaba en aquellos instantes, una imagen de lozanía y dulzura.

—Mira —dije—. Tengo trabajo. ¿Ves? —Di unos golpecitos al montón de páginas manuscritas que había junto a la máquina de escribir.

—Y también tienes miedo.

—¿De qué?

—De mí.

—Bah.

Silencio.

—A ti te pasa algo raro —dijo.

—¿El qué?

—Que eres maricón.

Me levanté y me acerqué a ella.

—Eso es mentira —dije.

Nos revolcamos. Camila forzaba la situación con su desdén, con los besos que me daba, con el frunce crispado de los labios, con el brillo burlón de los ojos, hasta que me volví de corcho y no sentí más que pánico y miedo de ella, que su belleza era excesiva, que era muchísimo más interesante que yo, que tenía los pies en el suelo con más firmeza que yo. Camila hacía que me sintiera extraño ante mí mismo; ella era una mezcla de noches de sosiego, de eucaliptos que se perdían en las alturas, de estrellas del desierto, de aquella tierra y aquel cielo, de la niebla del exterior, territorios a los que yo había llegado sin otro objetivo que ser un simple escritor, ganar dinero, obtener reputación y zarandajas por el estilo. Era mucho más discreta y elegante que yo, muchísimo más sincera, tanto que sentía asco de mí mismo, no podía sostener la mirada de sus ojos tiernos y reprimía los escalofríos que me producían sus brazos morenos alrededor de mi cuello y sus dedos largos en mi cabeza. No la besé. Ella sí me besó, besó al autor de *El perrito rió.* De pronto me cogió la muñeca con ambas manos. Pegó los labios a la palma de la mía. Me la puso entre sus pechos. Volvió los labios hacia mi cara y esperó. Y Arturo Bandini, el gran autor sumergido hasta las amígdalas en sus fantasías vistosas, Arturo Bandini el romántico, el repertorio andante de frases ingeniosas, dijo con dulzura, coquetonamente:

—Hola.

—¿Hola? —dijo ella, convirtiendo la repetición en pregunta—. ¿Hola? —Y se echó a reír—. Bueno, ¿qué tal estás?

¡Ay, Arturo! Qué tío. Una máquina de urdir historias.

—Fabuloso —dijo él.

Bueno, ¿qué más? ¿Dónde estaban el deseo y la pasión? Camila se marcharía al cabo del rato y sería entonces cuando se presentarían. ¡En el nombre del cielo, Arturo! ¡No puedes! Acuérdate de tus ilustres antepasados. Compórtate de acuerdo con tus valores. Sentí el tanteo de sus manos y se las sujeté para contenerlas, para mantenerlas apasionadamente inseguras. Volvió a besarme. Como si hubiera besado un pedazo de jamón de York. Me sentía muy desdichado.

Me apartó.

—Déjame —dijo—. Me voy.

El asco, el terror y la humillación se me retorcieron en las tripas y no me moví. Me pegué a ella, pegué la frialdad de mi boca a la calidez de la suya, forcejeó conmigo para escapar y quedé abrazado a ella, con la cara hundida en su hombro, con vergüenza de que me la viese. Mientras se revolvía me di cuenta de que su desprecio se transformaba en odio, y fue entonces cuando la deseé, la abracé, le supliqué, mi deseo crecía con cada manifestación violenta de su cólera, me sentí contento, tres hurras por Arturo, me dije, placer y violencia, la violencia del placer, la sensación deleitosa del instante, la autosatisfacción extasiante, el júbilo de saber que podía poseerla si quería. Pero no quería, ya había disfrutado de mi dosis de amor. El poder y la gloria de Arturo Bandini me habían deslumbrado. La solté, le quité la mano de la boca y salté de la cama.

En ella quedó Camila, blanco de saliva en las comisuras de la boca, los dientes apretados, tirándose con las manos de las largas mechas de pelo, la cara contraída para no gritar, aunque no me importaba; que gritase si quería, porque Arturo Bandini no era maricón, no había nada anormal en Arturo Bandini; joder, el muchacho tenía la vehemencia sexual de seis hombres, la había sentido emerger a la superficie: un tío cualquiera que, lo que son las cosas, es un escritor genial y un amante de lo más competente; apto para estar en el mundo, apto para la prosa.

Vi que se arreglaba la ropa, vi que se ponía en pie, jadeante y asustada, y que se acercaba al espejo para mirarse, como para estar segura de que no era otra persona.

—No vales nada —dijo.

Me senté y me mordisqueé una uña.

—Creí que eras diferente —dijo. Detesto los malos modos.

Los malos modos: jua, jua. ¿Qué me importaba a mí lo que ella creyera? Lo fundamental se había probado: había podido poseerla y pensara lo que pensase carecía de importancia. Yo no era sólo un gran escritor: ya no la temía, podía mirarla a la cara como un hombre tiene que mirar a la cara a una mujer. Se marchó sin decir palabra. Me embargó una felicidad de ensueño, una confianza delirante en mí mismo: ancha es Castilla, y hasta los topes de cosas que yo podía poseer y dominar. ¡Ay, Los Angeles! Polvo y niebla de tus calles solitarias, ya no me siento solo. Esperad y veréis, fantasmas todos de mi habitación, esperad y veréis, porque aún tiene que ocurrir, y la Camila ésa, que se quede en el desierto con su Sammy, con sus cuentos de chicha y nabo y su prosa hedionda, aunque espera a que tenga oportunidad de saborearme, porque aún tiene que ocurrir, tan cierto como que hay un Dios.

Ya no me acuerdo. Tal vez pasara una semana, tal vez dos. Sabía que volvería. No la esperaba. Vivía mi vida. Escribía unas páginas. Leía libros. Estaba tranquilo y en paz: Camila volvería. Sucedería de noche. Jamás pensaba en ella en relación con la luz diurna. La había visto muchas veces y ninguna a pleno sol. La esperaba como esperaba que hubiera luna.

Y volvió. Oí un crepitar de piedrecillas en la ventana. La abrí de par en par y la vi en la falda de la colina con un jersey encima del uniforme blanco. Cuando alzó la cabeza para mirarme, se le entreabrió la boca.

—¿Qué haces? -dijo.

—Mira, estar aquí.

—¿Te burlas?

—No. ¿Y tú?

Se echó a reir.

—Un poco.

—¿Por qué?

—Eres un cerdo.

Fuimos a dar un paseo. Me preguntó si entendía de armas de fuego. No entendía. Fuimos a una galería de tiro al blanco sita en Main Street. Era una tiradora muy hábil. Conocía al propietario, un individuo con cazadora de cuero. Yo no acerté ni un solo disparo, no le daba ni al soporte de la diana. Como había pagado ella, se enfadó conmigo. Ella era capaz de ponerse el revólver bajo la axila y darle a la diana en el centro exacto. Yo hice unos cincuenta disparos y los fallé todos. Quiso enseñarme a sostener el revólver. Se lo quité de las manos de un tirón y con imprudencia temeraria me puse a hacer cabriolas, apuntando con el arma en todas direcciones. El de la cazadora de cuero se encogió tras el mostrador.

—¿Cuidado! —gritó——. ¡Ojo con lo que hace!

El fastidio de Camila se mutó en humillación. Del bolsillo donde guardaba las propinas sacó una moneda de cincuenta centavos.

—Prueba otra vez —dijo—. Pero como vuelvas a fallar, se te acabó el disparar de gorra.

Yo no llevaba dinero encima. Dejé el revólver en el mostrador y me negué a seguir disparando.

—A la porra -dije.

—¿Qué te parece esta mariquita, Tim? -dijo Camila—. Lo único que sabe hacer es escribir poesía.

Tim, como es lógico, sólo simpatizaba con quienes sabían disparar un arma. Me miró con desprecio, pero no dijo nada. Cogí un Winchester automático, apunté y comencé a vomitar plomo. La diana mayor, adosada a un poste, estaba a un metro del suelo y a veinte metros de distancia; no mostraba ninguna señal de impacto. Al parecer sonaba un timbre cuando se acertaba en el centro. No oí ningún timbre. Agoté el contenido de la recámara, olisqueé el olor acre de la pólvora e hice una mueca. Tim y Camila se estaban riendo del mariquita. La gente se había apelotonado en la acera. Todos los mirones compartían el fastidio de Camila, porque era algo que se contagiaba, y hasta yo acabé por experimentarlo. Camila se volvió, vio el gentío y se le subieron los colores. Estaba molesta y aturdida y se avergonzaba de mí. Por la comisura de la boca me murmuró que nos fuéramos. Se abrió paso entre el gentío, con rapidez, a dos metros de mí. La seguí con parsimonia. Ja, ja, ja, ¿qué diantres me importaba que no supiera disparar un arma de fuego? ¿Qué me importaba que aquellos rufianes se rieran? Porque de todos aquellos pelagatos y analfabetos, de todos los patanes sonrientes que se paseaban por Main Street, ¿quién era capaz de escandir un cuento como *Las colinas de antaño?* ¡Ninguno, ni uno solo! ¿Me despreciaban? Pues que les dieran por el culo.

El coche estaba estacionado delante de una casa de comidas. Llegué a él cuando Camila ya había puesto en marcha el motor. Subí, pero no esperó a que me sentara. Con una sonrisa de desprecio bailoteándole todavía en los labios, me dirigió una mirada rápida y quitó el pie del embrague. Salí despedido hacia atrás, contra el asiento, y a continuación contra el parabrisas. Estábamos empotrados entre dos vehículos. Chocamos contra uno, luego contra el otro: fue su forma de decirme que había hecho el idiota. Cuando por fin abandonamos el bordillo de la acera y nos lanzamos por la calzada a toda velocidad, me acomodé en el asiento con un suspiro de alivio.

—Gracias a Dios -dije.

—¡Cierra el pico! -dijo.

—Oye —dije—, si te lo vas a tomar así, ¿por qué no dejas que me baje? Puedo ir andando.

Nada más oír aquello pisó el acelerador. Recorrimos las calles del centro a la velocidad del rayo. Me sujeté con ambas manos y me pasó por la cabeza la idea de saltar en marcha. Por fin llegamos a una zona donde había poco tráfico. Estábamos a tres kilómetros de Bunker Hill, en el sector oriental de la urbe, en un barrio lleno de fábricas y destilerías. Aminoró la velocidad y acercó el coche a la acera. Nos encontrábamos junto a una valla negra de poca altura. Al otro lado se alzaba una red de cañerías de acero.

—¿Por qué aquí? —dije.

—Querías andar —dijo—. Baja y camina.

—Me gustaría seguir paseando en el coche.

—Baja —dijo—. Te lo digo en serio. ¡Hasta un ciego dispararía mejor que tú! ¡Vamos, fuera!

Busqué el tabaco, le ofrecí un cigarrillo.

—Podríamos discutirlo —dije.

Me tiró el paquete de tabaco de un golpe, los cigarrillos se diseminaron en el piso del vehículo y Camila me miró con expresión desafiante.

—Me das asco —dijo——. ¡Dios mío, cuánto asco me das!

Mientras recogía los cigarrillos, la noche y el vacío barrio fabril se echaron a temblar al oír las perrerías que me espetaba Camila. Comprendí lo que pasaba. No despreciaba a Arturo Bandini, en absoluto. Lo que no soportaba era que yo no encajase en las ideas preconcebidas que ella tenía en la cabeza. Quería amarme, pero no sabía hacerlo. Quería que yo fuese como Sammy: tranquilo, taciturno, duro y distante, buen tirador con el fusil, un buen camarero que la aceptaba como se acepta a una camarera y nada más. Bajé del coche sonriendo porque sabía que la sonrisa la ofendería.

—Buenas noches —dije—. Hace una noche espléndida. No me importa caminar.

—Espero que no llegues muy lejos —replicó——. Espero que por la mañana te encuentren muerto en cualquier callejón.

—Se hará lo que se pueda —dije.

Nada más arrancar oí que se le escapaba un sollozo, un grito de dolor. Una cosa estaba clara: Arturo Bandini no estaba hecho para Camila López.

## 16

D Í A S afortunados, días fructíferos, páginas y más páginas; días favorables, algo que contar, la historia de Vera Rivken, los folios se amontonaban y me sentía contento. Días maravillosos, no debía ni un día de pensión, tenía cincuenta dólares en la cartera y nada que hacer ni de día ni de noche, salvo escribir y pensar en escribir; ah, días dulcísimos en que lo veía crecer, en que sufría por él, por el libro, por cada palabra que ponía en el libro, por un libro tal vez interesante, tal vez eterno, pero mío al fin y al cabo, mío, del indómito Arturo Bandini, metido ya hasta las cejas en su primera novela.

Hasta que de pronto llega un día, una noche, y pienso qué hago ahora, fresca el alma de tanto baño de palabras, los pies apoyados con firmeza en la tierra, y me digo ¿qué harán los demás, los restantes habitantes del planeta? Voy a dar una vuelta, a ver si la veo, a Camila López.

Dicho y hecho. Como en los viejos tiempos, intercambio continuo de miradas. Pero había cambiado, estaba más delgada, no tenía buen aspecto y en la boca, en ambas comisuras, le había salido una erupción. Sonrisas de cortesía. Le di una propina y me dio las gracias. Eché unas monedas en la gramola automática y puse sus canciones favoritas. Ya no bailoteaba mientras trabajaba ni me miraba ya con la frecuencia que solía. Puede que fuera por Sammy: puede que lo echara de menos.

Le pregunté:

—¿Qué tal está?

—Bien —dijo con un encogimiento de hombros—, creo.

—¿Es que no le ves?

—Sí, claro.

—No tienes buen aspecto.

—Me siento bien.

Me levanté.

—Tengo que irme. Sólo he entrado para ver qué tal te iban las cosas.

—Eres muy amable. Muchas gracias.

—De nada. ¿Por qué no vienes a hacerme una visita?

Sonrió.

—Quizás, una noche de estas.

Al final acudiste, mi querida Camila. Arrojaste unas piedrecillas a la ventana, te cogí de la mano para que entraras en la habitación, noté que el aliento te olía a whisky, y me sentí confuso al ver que, un tanto borracha, te sentabas ante la máquina de escribir y que jugueteabas con las teclas mientras se te escapaba una risa floja. Te volviste entonces para mirarme, te vi la cara con nitidez bajo la lámpara, el labio inferior hinchado, la moradura que te enmarcaba el ojo izquierdo.

—¿Quién te ha pegado? —dije.

—Ha sido un accidente de tráfico —respondiste.

—¿Conducía Sammy el otro coche? —dije.

Y te echaste a llorar, borracha y acongojada. Te acaricié entonces sin que el deseo fuera motivo de preocupación. Me eché a tu lado en la cama, te estreché entre mis brazos y te oí decir que Sammy te despreciaba, que habías ido al desierto al salir del trabajo y que te había golpeado dos veces por despertarle a las tres de la madrugada.

—Pero ¿por qué fuiste a verle? -dije.

—Porque estoy enamorada de él.

Sacaste del bolso un frasco de licor y nos lo bebimos; primero bebiste tú, luego yo. Cuando la botella quedó vacía, bajé al drugstore y compré otra, una botella de las grandes. Toda la noche nos la pasamos llorando y bebiendo, y pude decirte borracho las cosas que me bullían en el corazón, palabras impresionantes, símiles ingeniosos, porque llorabas por otro tipo y no oías nada de lo que te decía, pero yo me oía a mí mismo y Arturo Bandini estuvo genial aquella noche, porque hablaba con su amor de verdad, que no eras tú, ni Vera Rivken tampoco, sino sólo su amor de verdad. El caso, Camila, es que aquella noche dije cosas impresionantes. Arrodillado junto a ti en la cama, te cogí la mano y te dije:

—¡Oh, Camila! ¡Oh, joven derrotada! ¡Abre tus largos dedos para que yo recupere mi alma exhausta! Bésame con tu boca porque ansío el pan de los cerros mejicanos. Aspira la fragancia de las ciudades malditas con nariz ardiente y déjame morir aquí, con la mano en el

delicado perfil de tu cuello blanco que rivaliza en palidez con las playas remotas del meridión. Contempla la nostalgia de estos ojos intranquilos y nutre con ella a las golondrinas solitarias que sobrevuelan en otoño los trigales porque te amo, Camila, Camila, nombre sagrado como el de la valiente princesa que murió sonriendo por un amor que no volvió nunca.

Estaba borracho aquella noche, Camila, borracho de whisky de setenta y ocho centavos, mientras que tú estabas borracha de whisky y pesar. Recuerdo que al apagar la luz, desnudo, sin nada encima salvo un zapato que no me pude desatar, te estreché entre mis brazos y me dormí, apaciguado por tus sollozos y sin embargo confuso cuando las lágrimas calientes que te manaban de los ojos gotearon hasta mis labios, probé su cualidad salina y pensé en Sammy y en su manuscrito nauseabundo. ¡Que te pegara un sujeto así! ¡Qué canalla! Hasta su ortografía era un desastre.

Cuando despertamos era ya de día, los dos teníamos ganas de vomitar, tu labio hinchado estaba más grotesco que nunca y tu ojo a la funerala se había vuelto de color verde. Te levantaste, anduviste tambaleándote hasta la jofaina y te lavaste la cara. Oí tu gemido. Te vi vestirte. Me besaste en la frente para despedirte y esto también me dio ganas de vomitar. Saliste a continuación por la ventana, te oí subir por la colina, oí el murmullo de la hierba y el crujido de las ramitas que se rompían bajo tus pies inseguros.

Me esfuerzo por recordar los acontecimientos en orden cronológico. Invierno, primavera u otoño, todos los días eran iguales. Menos mal que había noche, suerte que la oscuridad se nos echaba encima, si no, no hubiéramos sabido que terminaba un día y otro comenzaba. Ya había escrito 240 páginas y el final despuntaba en el horizonte. Lo que me faltaba era como navegar en aguas tranquilas. Después, a enviárselo a Hackmuth, tachín tachán... y comenzaría el sufrimiento.

Fue más o menos por entonces cuando Camila y yo fuimos a Terminal Island. Era una isla de fabricación humana, una larga lengua de tierra que apuntaba hacia Santa Catalina. Tierra y fábricas de conservas, olor a pescado, casas marrones llenas de niños japoneses, tramos de arena blanca surcados por anchurosas cintas de asfalto negro, niños japoneses que jugaban al rugby en las calles. Camila estaba irritable, había bebido demasiado y sus ojos tenían la fijeza gallinácea de las ancianas. Estacionamos el coche en la calle ancha y recorrimos los cien metros que nos separaban de la playa. Había rocas al borde del agua, pedruscos irregulares llenos de cangrejos. Los cangrejos lo estaban pasando muy mal porque las gaviotas iban tras ellos y las gaviotas gritaban, se arañaban, se peleaban entre sí. Nos sentamos en la arena y las contemplamos y Camila dijo: «qué hermosas son las gaviotas».

—Las detesto -dije.

—A ti no te gusta nada -dijo.

—Míralas —dije—. ¿Por qué se meten con los pobres cangrejos? No hacen daño a nadie. ¿ Por qué coño les atacan entonces de un modo tan cruel?

—Cangrejos —dijo—. Puaf.

—Me repugnan las gaviotas —dije—. Se lo comen cuanto más podrido mejor.

—Por el amor de Dios, cállate de una vez, para variar. Siempre lo estropeas todo. ¿ Qué me importa a mí lo que coman?

Los japonesitos de la calle estaban jugando un partido de rugby completo. Ninguno tenía más de doce años. Había uno que pasaba el balón estupendamente. Me volví de espaldas al mar y me puse a ver el partido. El de los buenos pases acababa de lanzar la pelota a los brazos de un compañero de equipo. Se me despertó el interés y me incorporé.

—Contempla el mar -dijo Camila—. Las cosas hermosas tienen que suscitarte la admiración, ¿no, escritor?

—Sí, el chaval hace unos pases muy hermosos -dije.

La hinchazón le había desaparecido de los labios, pero aún tenía el ojo verdoso.

—Antes venía mucho por aquí —dijo—. Casi todas las noches.

—Con el otro escritor —dije—. Un escritor realmente grande, Sammy el genio.

—Le gustaba este sitio.

—Un escritor por todo lo alto, sí señor. La historia que te escribió en el ojo izquierdo es una obra maestra.

—Pero no habla por los codos como tú. Por lo menos sabe cuándo callarse.

—El muy cretino.

Se gestaba una bronca. Decidí evitarla. Me puse en pie y me acerqué a los chicos que jugaban en la calzada. Camila me preguntó que dónde iba.

—Voy a jugar yo también —dije. Se sintió ofendida.

—¿Con ellos? —dijo—. ¿Con los nipones?

Eché a andar por la arena.

— ¡Acuérdate de lo que pasó aquella noche! -dijo.

Me volví.

—¿Qué dices?

—¿Recuerdas cómo volviste a casa?

—Me sentó bien —dije—. Los autobuses son más seguros.

Los chicos no me dejaron jugar porque no faltaba ningún jugador en ninguno de los dos equipos, pero me dejaron hacer de árbitro durante un rato. El equipo del que hacía buenos pases se adelantó tanto en el marcador que hubo que hacer cambios y jugué en el equipo rival. Todos los de mi equipo querían ser delanteros y se organizó un gran alboroto. A mí me pusieron de mediocampista, lo que me sentó muy mal porque no había forma de que me pasaran el balón. El capitán del equipo me preguntó por último si sabía hacer pases y me dejó jugar en la delantera. Yo remataba los pases. El juego se puso divertido después de aquel cambio. Camila se marchó casi al instante. Jugamos hasta que fue de noche y perdimos, aunque por muy poco. Volví a Los Angeles en autobús.

Era inútil pensar en no verla otra vez. Todos los días eran iguales para mí. Una noche, por ejemplo, dos días después de que me dejara plantado en Terminal Island. Yo había estado en el cine. Era medianoche pasada cuando bajé las caducas escaleras que conducían a mi cuarto. La puerta estaba cerrada; por dentro. Al girar el pomo oí su voz.

—Un minuto, Arturo. Soy yo.

Fue un minuto muy largo, cinco veces más largo que los minutos normales. La oí corretear por la habitación. Oí cerrar de golpe la puerta del ropero, oí abrir la ventana. Trasteé con el tirador de la puerta. Abrió por último y la vi ante mí, sin respiración, con el pecho agitado. Sus ojos eran bolas de fuego negro, tenía las mejillas rojas y parecía animada por una alegría profunda. Me entró un poco de miedo al ver aquel cambio, la velocidad del parpadeo, la sonrisa rápida y húmeda, los dientes al desnudo y recubiertos de una pátina de saliva burbujeante.

—Pero ¿qué pasa? —dije.

Me rodeó con los brazos. Me besó con una pasión que yo sabía era fingida. Me estaba impidiendo la entrada con aquel brote de deseo. Y como no dejaba de cortarme el paso, es que algo me ocultaba. Miré por encima de su hombro. Vi la cama y advertí en la almohada la huella de una cabeza. La chaqueta de la muchacha estaba sobre la silla y en la cómoda había un despliegue de peines y pasadores del pelo. Todo normal. Todo parecía en su sitio salvo los dos felpudos rojos que había junto a la cama. Los habían movido, estaba más claro que el agua, porque me gustaba que estuvieran siempre en su sitio, donde los pies los encontrasen al levantarme por la mañana.

Me deshice de su abrazo y miré hacia el ropero. Camila se puso a jadear de súbito y

retrocedió hacia la puerta del ropero, se pegó a ella y abrió los brazos para defenderla.

—No lo abras, Arturo —me rogó—. ¡Por favor!

—Pero, ¿qué coño pasa aquí? -dije.

Se estremeció. Se humedeció los labios, tragó saliva, los ojos se le llenaron de lágrimas y sonrió y lloró a la vez.

—Te lo explicaré en otro momento —dijo—. Pero, por favor, no entres ahora, Arturo. No lo hagas, por favor, no lo hagas.

—¿Quién está ahí?

—Nadie -dijo casi a voz en cuello—. Nadie en absoluto. No se trata de eso, Arturo. No hay nadie dentro. Pero, por favor, por favor, no abras ahora. ¡Por favor!

Se me acercó, al acecho casi, con los brazos abiertos para darme un abrazo que no obstante era una forma de impedir que arremetiese contra la puerta del ropero. Abrió los labios, me besó con deseo extraño, con frialdad apasionada, con indiferencia voluptuosa. No me gustó. Una parte suya delataba a la otra, pero yo no sabía de qué se trataba. Me senté en el lecho y la vi situarse entre la puerta de las narices y yo. Al mismo tiempo se esforzaba con denuedo por ocultar una alegría cínica. Se comportaba como esas personas que se ven obligadas a ocultar su embriaguez, pero la alegría estaba allí y era imposible ocultarla.

—Estás borracha, Camila. No deberías beber tanto.

La celeridad con que admitió que, en efecto, estaba borracha, me hizo sospechar en el acto. Porque no hacía más que mover la cabeza igual que una niña malcriada, con sumisión coqueta y sonriente, con los labios fruncidos, cuando lo cierto era que no estaba borracha de whisky, de ninguna bebida alcohólica, porque tenía el aliento demasiado dulzón. Hice que se sentara en la cama, junto a mí. Los ojos le echaban chispas de alborozo, fogonazos de éxtasis, y me buscó el cuello con la languidez apasionada de los brazos y los dedos. Se puso a canturrear con la boca pegada a mi pelo.

—Ojalá fueras él —murmuró. De pronto lanzó un grito, un alarido penetrante que arañó las paredes de la habitación—. ¡Por qué no eres él! Dios mío, Dios mío, ¿por qué no lo eres? —Comenzó a golpearme con los puños, a darme en la cabeza con ambas manos, a arañarme y a gritar en un estallido de rabia contra la suerte fatal que no hacía que yo fuera Sammy. La sujeté por las muñecas, le grité que se tranquilizara. Le inmovilicé los brazos y pegué la mano a su boca aullante. Me miró con ojos hinchados y saltones mientras forcejeaba para recuperar el aliento.

—No te soltaré hasta que me prometas que te estarás callada —le dije. Asintió con la cabeza y la solté. Me acerqué a la puerta por si oía pasos en el exterior. Camila se tendió en la cama boca abajo y siguió llorando. Me acerqué de puntillas a la puerta del ropero. Sin duda fue el instinto lo que la alertó. Se volvió con la cara arrasada de lágrimas y los ojos semejantes a uvas aplastadas.

—Si abres esa puerta gritaré —dijo--—. Gritaré hasta que me oigan.

Yo no quería llegar a tal extremo. Me encogí de hombros. Volvió a ponerse boca abajo y siguió llorando. No tardaría en dejar de hacerlo; le diría entonces que se fuera. Pero las cosas sucedieron de otro modo. Pasó media hora y seguía llorando. Me incliné sobre ella y le acaricié el pelo.

—Camila, ¿qué quieres?

—A él —dijo sollozando—. Quiero verle.

—¿Esta noche? -dije —. Señor, pero si está a doscientos cincuenta kilómetros.

Por ella, como si hubiera estado a doscientos cincuenta mil kilómetros, a un millón de kilómetros; lo que quería era verle aquella misma noche. Le dije que bueno; que era asunto suyo; que tenía coche y que bastaría con estarse cinco horas al volante.

—Quiero que me acompañes —dijo entre sollozos—. No le caigo bien. Tú, en cambio, sí le caes bien.

—Ni lo pienses —dije—. Yo me voy a dormir.

Me lo suplicó. Se puso de rodillas ante mí, se abrazó a mis piernas y alzó los ojos para mirarme. Le quería mucho, un gran escritor como yo comprendía sin duda lo que era amar de aquella manera; y sin duda sabía también por qué no podía ir ella sola; con lo que se tocó el ojo lastimado. Sammy no la despediría con cajas destempladas si me presentaba con ella. Antes bien, le agradecería que me hubiera llevado, y podríamos hablar Sammy y yo, porque era mucho lo que yo podía enseñarle sobre literatura, y nos lo agradecería muchísimo, a mí y a ella. Yo la contemplaba con los dientes apretados y trataba de resistirme a sus argumentaciones; pero al planteármelo de aquel modo no tuve más remedio que ceder y cuando le dije que consentía, me eché a llorar con ella. La ayudé a ponerse en pie, le enjugué los ojos, le aparté el pelo de la cara y me encargué de que estuviera presentable. Subimos las escaleras de puntillas, accedimos al vestíbulo, salimos a la calle y llegamos donde tenía aparcado el coche.

Fuimos en dirección sur, un tanto hacia el este, turnándonos al volante. El amanecer nos sorprendió en un terreno desolado y gris, poblado por cactos, yucas y artemisas, un desierto donde la arena escaseaba y cuya dilatada superficie aparecía moteada de cerros y rocas desprendidas. Abandonamos la autopista y tomamos un camino de carros lleno de pedruscos y que al parecer se utilizaba de uvas a peras. El camino subía y bajaba al ritmo de los cerros amorfos. Ya era de día cuando llegamos a una zona de desfiladeros y cárcavas en pendiente, a treinta kilómetros en el interior del desierto de Mojave. Allí era donde vivía Sammy, a nuestros pies, y Camila me señaló una casucha baja de adobes, situada entre tres colinas agrestes. Se encontraba en el límite mismo en que comenzaba la llanura arenosa. La llanura se extendía por el este hacia el infinito.

Los dos estábamos hechos cisco, muertos de cansancio por culpa del traqueteo del Ford. Hacía mucho frío a aquella hora. Tuvimos que detenernos a doscientos metros de la casa y seguir andando por un sendero empedrado que moría en la puerta. Yo iba delante. Me detuve ante la puerta. Dentro se oía roncar a un hombre. Camila se detuvo a cierta distancia, con los brazos cruzados para protegerse del frío cortante. Llamé y me respondió un gruñido. Volví a llamar y entonces oí la voz de Sammy.

—Como seas tú, sudaca de mierda, te voy a arrancar la dentadura a patadas.

Abrió la puerta y vi un rostro prisionero de las garras tenaces del sueño, los ojos grises y aturdidos, el pelo desordenado sobre la frente.

—Qué hay, Sammy.

—Vaya —dijo——. Creí que era ella.

—Está aquí -dije.

—Pues dile que se vaya a la mierda. No la quiero por aquí.

Camila se había apartado hasta pegarse a la pared de la casucha, la miré y vi que sonreía de modo forzado para vencer la turbación. Los tres teníamos mucho frío, nuestros dientes nos castañeteaban. Sammy abrió la puerta del todo y exhortó.

—Pasa tú —dijo—. Pero ella no.

Entré. El interior estaba oscuro como boca de lobo y olía a calzoncillos sucios y sopor de enfermo. Por un resquicio de la ventana tapada con un trozo de harpillera se colaba un débil rayo de luz. Sammy echó el cerrojo antes de que pudiera impedirlo.

Llevaba ropa interior larga. El suelo era de tierra, seco, arenoso y frío. Quitó la harpillera de la ventana y entró a raudales la luz matutina. De la boca nos salían nubes de vaho que se desvanecían en el aire frío.

—Déjala entrar, Sammy —dije—. Qué carajo.

—No quiero que entre esa puta —dijo.

Llevaba ropa interior larga, con las coderas y las rodilleras negras de tierra. Era un sujeto alto, macilento, un cadáver andante y bronceado casi hasta la negrura. Se acercó a una estufa

de carbón y se puso a encender el fuego. La voz le cambió, se le suavizó cuando volvió a tomar la palabra.

—La semana pasada escribí otro cuento —dijo——. Creo que esta vez me ha salido algo interesante. Me gustaría que le echaras un vistazo.

—Claro que sí —dije—. Pero, hostia, Sammy. Ella es amiga mía.

—Bah —dijo—. No es buena persona. Está como un cencerro. Sólo sabe crear problemas.

—Es igual, déjala que entre. Hace frío fuera.

Abrió la puerta y sacó la cabeza al exterior.

—¡Eh, tú!

Oí sollozar a la muchacha, oí que se esforzaba por calmarse.

—Sí, Sammy.

—No te quedes ahí como una imbécil -dijo-. ¿Vas a entrar o no?

Entró como una gacela asustada cuando Sammy volvió junto a la estufa.

—Creí que te había dicho que no quería verte por aquí nunca más -dijo.

—He venido para traértelo -dijo Camila—. A Arturo. Quería hablar contigo de literatura. ¿Verdad, Arturo?

—Exacto.

Camila se me había vuelto extraña. Era como si toda su belicosidad y gracia se le hubieran ido como sangre de las venas. Estaba como ausente, como una criatura sin espíritu ni voluntad, los omóplatos vencidos, la cabeza gacha como si le resultara demasiado pesada al cuello.

—Oye —le dijo Sammy—. Trae un poco de leña, anda.

—Yo iré -dije.

—Que vaya ella -dijo Sammy—. Sabe dónde está.

La vi salir por la puerta. Volvió al cabo de un rato con los brazos cargados. Dejó caer la leña en una caja que había junto a la estufa y la fue echando al fuego, pedazo a pedazo, sin decir palabra. Sammy se sentó en una caja al otro lado de la habitación para ponerse los calcetines. Hablaba sin parar de los cuentos que escribía, parecía una máquina de vomitar palabras. Camila permanecía cabizbaja junto a la estufa.

—Tú —dijo Sammy—, prepara café.

Hizo lo que se le había ordenado y nos sirvió el café en sendas tazas metálicas. Sammy, despejado ya todo rastro de sueño, estaba lleno de entusiasmo y curiosidad. Nos sentamos alrededor del fuego, me sentía cansado y con sueño, y el calor de la estufa jugueteaba con mis párpados. Camila se había puesto a hacer cosas, a nuestras espaldas y alrededor de nosotros. Barrió la casa, hizo la cama, lavó los platos, colgó la ropa desperdigada y se mantuvo en actividad incesante. Por lo que tocaba a Sammy, cuanto más hablaba, más cordial e íntimo se volvía. Le interesaba más el aspecto financiero de la literatura en sí. Cuánto pagaba tal revista, cuánto pagaba tal otra, y estaba convencido de que los cuentos se publicaban sólo por amiguismo. Para que se aceptase un cuento, en la redacción de la revista tenía que trabajar un primo, un hermano o alguien por el estilo. Convencerle de lo contrario era inútil, y no lo intenté siquiera, porque sabía que necesitaba argumentos de aquella clase, habida cuenta de su incapacidad crónica para escribir bien.

Camila nos preparó el desayuno, que tomamos con el plato en las rodillas. Consistió en maíz salteado, tocino y huevos. Sammy comió con la energía típica de los enfermos. Acabado el desayuno, Camila recogió los platos metálicos y los lavó. Acto seguido, se hizo su propio desayuno, se sentó en un rincón apartado y se mantuvo en un silencio roto solamente por el tintineo del tenedor al rozar el plato de aluminio. Sammy habló sin parar durante toda aquella mañana sin fin. En realidad no necesitaba consejos literarios. Por entre la niebla de la modorra le oí hablar vagamente acerca de cómo se debía y no se debía escribir.

Yo estaba muy cansado. Le pedí que me excusara. Me condujo al exterior, hasta un emparrado de hojas de palmera. El sol estaba alto y hacía ya un poco de calor. Me eché en la hamaca y me quedé dormido, y lo último que recuerdo es que vi a Camila inclinada sobre una tina llena de agua negra en que flotaban monos y calzoncillos.

Me despertó seis horas después para decirme que ya eran las dos y que teníamos que volver. Tenía que entrar a trabajar a las siete en el Columbia Buffet. Le pregunté si había dormido. Negó con la cabeza. Su rostro era un manuscrito de infelicidad y agotamiento. Bajé de la hamaca y me estiré para aspirar el aire tórrido del desierto. Tenía la ropa húmeda de sudor, pero me sentía descansado y nuevo.

—¿Dónde está el genio? —pregunté.

Señaló la casucha con la cabeza. Me dirigí a la puerta y tuve que agacharme bajo una gruesa cuerda de tender, repleta de prendas secas y limpias.

—¿Has lavado todo esto? —le pregunté.

—Por entretenerme -dijo sonriendo.

De la casucha brotaban ronquidos ruidosos. Eché un vistazo al interior. Sammy yacía en el camastro, medio desnudo, con la boca muy abierta y los brazos y piernas estirados. Me alejé de puntillas.

—Es la nuestra —dije—. Vámonos.

Camila entró en la casucha y se acercó a Sammy en silencio. Desde la puerta la vi inclinarse sobre él, observarle la cara y el cuerpo. Se agachó hasta pegar casi el rostro al de Sammy, como si le fuera a dar un beso. En aquel punto despertó el dormido y se encontraron las miradas de ambos.

—Largo de aquí -dijo Sammy.

Camila se dio la vuelta y salió de la casa. Emprendimos el regreso a Los Angeles en silencio absoluto. Ni siquiera cuando me dejó en la Pensión Alta Loma, ni siquiera entonces hablamos, aunque ella me dio las gracias con una sonrisa y yo le manifesté mi simpatía con otra, y se alejó. Había oscurecido ya, hacia occidente titilaban los últimos rescoldos rosáceos del crepúsculo. Bajé a mi cuarto, bostecé y me tendí en la cama. De pronto me acordé del ropero. Me levanté y abrí la puerta. Todo parecía en su sitio, los trajes colgaban de la respectiva percha, las maletas seguían en el estante de arriba. Como no había luz en el ropero, encendí una cerilla y observé el suelo. En un rincón había una cerilla quemada y unos cuantos granos de color pardo, semejantes a granos de café que se hubieran molido de manera superficial. Cogí uno con el dedo y lo probé con la punta de la lengua. Me di cuenta de lo que era: era marihuana. Estaba seguro porque Benny Cohen me la había enseñado una vez para prevenirme en contra. O sea que por aquello estaba Camila en mi habitación. Para fumar marihuana había que estar en un recinto herméticamente cerrado. De aquí que se hubieran movido los felpudos: Camila los había utilizado para tapar el resquicio inferior de la puerta.

La chica era drogadicta. Olisqueé el aire del ropero, pegué la nariz a las prendas colgadas. Olía a espigas quemadas. Camila la drogadicta.

No era asunto mío, pero se trataba de Camila; me había engañado, se había burlado de mí y amaba a otro, pero era hermosísima y me hacía mucha falta, así que decidí que fuera asunto mío. A las once de aquella misma noche me puse a esperarla en su automóvil.

—De modo que te drogas —dije.

—De tarde en tarde —dijo—. Cuando estoy agotada.

—Déjalo —dije.

—No tengo hábito —dijo.

—Es igual, déjalo.

Se encogió de hombros.

—No me hace ningún daño.

—Prométeme que lo dejarás.

Se puso la mano en el pecho.

—Lo prometo y que me muera si no lo cumplo —pero se estaba dirigiendo a Arturo, no a Sammy. Yo sabía que no cumpliría la promesa. Puso en marcha el coche y fuimos por Broadway hasta Eight Street y luego hacia el sur, hacia Central Avenue.

—¿Adónde vamos? -dije.

—Ya lo verás.

Accedimos al cinturón negro de Los Angeles, Central Avenue, clubes nocturnos, casas de vecinos vacías, establecimientos cerrados por quiebra del negocio, la arteria de la desesperación y la pobreza para los negros, de la ostentación y el oropel para los blancos. Nos detuvimos bajo la marquesina de un antro nocturno llamado Club Cuba. Camila conocía al portero, un gigante de uniforme azul con los botones dorados.

—Costo -dijo la joven. El gigante sonrió, hizo una seña a otro para que ocupara su puesto y se encaramó en el estribo. Me dio la sensación de que era un trámite rutinario, de que ya se había hecho otras veces.

Doblamos la esquina, recorrimos otras dos calles y accedimos a un callejón. Giramos por éste, Camila apagó los faros y se puso a escrutar las tinieblas con atención. Llegamos a una especie de portillo y Camila apagó el motor. El negro gigantesco bajó del estribo, empuñé una linterna y nos hizo señas para que le siguiéramos.

—¿Se me permite preguntar de qué hostias va todo esto? -dije.

Cruzamos una puerta. El negro iba delante. Cogió la mano de Camila y ésta me cogió la mía. Recorrimos un pasillo largo. El suelo era de madera y carecía de alfombra. A lo lejos, como pájaros asustados, el eco de nuestros pasos murmuraba en los pisos superiores. Ascendimos tres tramos de escalones y nos adentramos en otro pasillo largo. Había una puerta al final. El negro la abrió. El interior estaba sumido totalmente en tinieblas. Entramos. La habitación estaba llena de un humo que no se veía, pero que escocía como el colirio. El humo me irritó la garganta, me obturó las narices. Me puse a tragar aire a bocanadas. El negro encendió entonces la linterna.

El rayo de luz barrió la habitación, la pequeña habitación. Había cuerpos humanos por todas partes, cuerpos negros, de hombres y mujeres, una veintena tal vez, echados en el suelo y en una cama que constaba sólo de somier y colchón. Alcanzaba a verles los ojos, grisáceos y dilatados y semejantes a las ostras cuando les daba la luz, y poco a poco me fui acostumbrando al humo picante, y vi puntitos rojos por doquiera, porque todos estaban fumando marihuana, en silencio, en la oscuridad, y el olor picante me irritaba los pulmones. El negro gigantesco despejó la cama de ocupantes, los echó al suelo como si fuesen costales de trigo y a la luz de la linterna le vi sacar un objeto de un agujero del colchón. Era una lata de tabaco Prince Albert. Abrió la puerta y le seguimos escaleras abajo y hasta el coche, tras cruzar la misma zona oscura de antes. El negro entregó la lata a Camila y ésta le dio dos dólares. Lo llevamos de vuelta donde trabajaba de portero y nosotros seguimos por Central Avenue, hacia el centro de la ciudad.

Yo no podía articular palabra. Fuimos a su casa, en Temple Street. El edificio era de madera, estaba medio podrido, se moría por ver un rayo de sol y revolvía las tripas. En uno de aquellos pisos vivía Camila. Vi una cama empotrada, una radio y muebles llenos de polvo y con la tapicería rota. La alfombra estaba cubierta de polvo y migas de pan, y en un rincón, despatarrada como una persona desnuda, había una revista de cine. Por todas partes había muñequitas de plástico, recuerdos de noches escandalosas en hoteles playeros. En el rincón había una bicicleta cuyos neumáticos deshinchados daban testimonio de su prolongado desempleo. En otro rincón había una caña de pescar con el sedal y los anzuelos enredados, y una escopeta llena de polvo. Debajo del sofá había un bate de béisbol y una Biblia empotrada entre los cojines del sillón despanzurrado. La cama estaba preparada, pero las sábanas no

estaban precisamente limpias. En una pared había una reproducción del Blue Boy y en otra un cartel con un guerrero indio saludando al cielo.

Entré en la cocina, olí la porquería acumulada en el fregadero, vi las sartenes recubiertas de pringue en el fogón. Abrí el frigorífico y vi que no contenía más que una lata de leche condensada y un paquete de mantequilla. La puerta del congelador no cerraba bien, pero aquélla era al parecer su condición natural. Eché un vistazo al ropero que había tras la cama empotrada y vi montones de ropa, montones de perchas, pero la ropa estaba en el suelo, salvo un sombrero de paja colgado, ridículo de tan solitario.

¡De modo que era allí donde vivía! Olí el lugar, lo toqué con las manos, lo recorrí con los pies. Era como me lo había imaginado. Era su casa. La habría reconocido con los ojos vendados porque estaba impregnado del olor de la joven, cuya existencia febril y sin rumbo la elevaba a la categoría de parte de un plan sin futuro. Un piso de Temple Street, una casa de Los Angeles. Camila pertenecía a las colinas onduladas, a los desiertos anchurosos, a los montes elevados, habría destrozado cualquier piso, habría llevado la destrucción y la ruina a cualquier celda carcelaria del talante de aquélla. Así era, en mi imaginación por lo menos, siempre dentro del concepto que yo tenía de ella. Y aquélla era su casa, su destrucción, su fantasía desarticulada.

Se quitó la chaqueta y se dejó caer en el sofá. Vi que contemplaba la alfombra horripilante con apatía. Sentado a mi vez en el sillón despanzurrado, encendí un cigarrillo y recorrí con la mirada el perfil curvilíneo de su espalda y sus caderas. El pasillo oscuro de aquella pensión de Central Avenue, el negro siniestro, el cuarto sombrío de los drogadictos y ahora la chica que amaba un hombre que la despreciaba. Todo era harina del mismo costal, perverso, fascinante a causa de su fealdad misma. A medianoche en Temple Street, con una lata de marihuana entre ella y yo. Camila seguía echada, con los largos dedos colgando hacia la alfombra, a la espera, apática, cansada.

—¿La has probado alguna vez? —me preguntó.

—¿Yo? No señora.

—Por una vez, no te hará daño.

—¿A mí? No señora.

Se incorporó, rebuscó la lata de la marihuana en el bolso. Sacó un librito de papel de fumar. Cogió uno, lo enrolló, humedeció la goma, comprimió los extremos y me lo pasó. Lo cogí y le dije pese a todo:

—No señora. Yo, no.

Lió uno para sí. Se puso en pie entonces, cerró las ventanas y las aseguró con la falleba. Cogió una manta de la cama y la pegó al resquicio inferior de la puerta. Miró a su alrededor con atención escrupulosa. Posó los ojos en mí. Me sonrió.

—Cada cual reacciona a su manera —dijo—. A lo mejor te sientes triste y lloras.

—Yo, no.

Encendió el suyo y me alargó la cerilla para encender el mío.

—No debería hacerlo -dije.

—Aspira —dijo—. Retén el humo un rato. Hasta que no puedas más. Entonces lo expulsas.

—No me gusta esto -dije.

Aspiré el humo. Lo retuve un rato, hasta que no pude más. Entonces lo expulsé. Camila se retrepó en el sofá e hizo lo mismo.

—A veces hay que enchufarse dos -dijo.

—A mí no me hará ningún efecto -dije.

Los fumamos hasta que la colilla nos quemó las uñas. Lió otros dos. A mitad del segundo comenzó a surtir efecto, impresión de estar flotando, de estar despegándome de la tierra, júbilo triunfal de estar suspendido en el espacio, sensación impresionante de poder. Me eché

a reír y volví a inhalar el humo. Camila seguía echada, la languidez fría de la noche en sus facciones, la pasión cínica. Pero yo no estaba ya en aquella habitación, estaba fuera de los confines de mi carne, flotaba en una tierra de lunas resplandecientes y estrellas parpadeantes. Me sentía invencible. Yo no era yo, jamás había sido aquel individuo de felicidad ceñuda y valor inútil. Una bombilla en la mesa que había junto a mí, la cogí, la miré, la dejé caer al suelo. Se hizo añicos. Me eché a reír. Camila oyó el ruido, vio el destrozo y se echó a reír asimismo.

—¿Qué te hace gracia? —dije.

Volvió a soltar la carcajada. Me puse en pie, fui hasta ella y la cogí en brazos. Estos poseían una fortaleza soberbia y Camila jadeó al sentir el apretón de su deseo.

La vi ponerse en pie y desnudarse, y de algún lugar de un pasado terrenal me pareció recordar aquella cara suya, aquella sumisión, aquel miedo, y recordé una casucha, y a Sammy que le decía sal y trae un poco de leña. Era como si supiera que por fuerza tuviese que ocurrir antes o después. Se acurrucó entre mis brazos y me eché a reír al ver que lloraba.

Cuando terminó todo, el delirio de flotar hacia estrellas que reventaban, y la carne volvió a meter la sangre en sus prosaicos conductos, cuando volvió la habitación, la habitación sucia y sórdida, el techo vacuo y absurdo, el mundo deshecho y agotado, no notaba más que un sentimiento de culpa que ya conocía, la sensación de haber cometido un delito, de haber infringido la ley, de haber cometido el pecado de la autodestrucción. Camila seguía echada en el sofá y me senté junto a ella. Miré la alfombra. Vi los cristalitos de la bombilla rota. Y cuando me levanté para andar por la habitación, noté el dolor, el grito agudo de la carne de mis pies aplastados por mi propio peso. Era un dolor reparador. Los pies se me quejaron cuando me puse los zapatos, salí del piso y accedí a la turbación deslumbrante de la noche. Hasta mi cuarto había una caminata larga y la recorrí cojeando. Me repetía que nunca más volvería a ver a Camila López.

## 17

P E R O se sucedieron grandes acontecimientos y yo no tenía a nadie con quien comentarlos. Llegó el día en que terminé la novela sobre Vera Rivken, los días agradables de la corrección, de la limadura de asperezas, Hackmuth, unos cuantos días más y verá algo grandioso. Terminé de corregir la novela, la envié y comenzó la espera, la esperanza. Volví a practicar la oración. Fui a misa y comulgué. Hice una novena. Encendí velas en el altar de la Bienaventurada Virgen María. Recé porque se produjera un milagro.

El milagro se produjo. Ocurrió del siguiente modo: yo estaba junto a la ventana de mi cuarto, observando a una chinche que correteaba por el alféizar. Eran las tres y cuarto de un

jueves por la tarde. Oí que llamaban a la puerta. La abrí y allí estaba, el mozo de la estafeta de telégrafos. Firmé a cambio del telegrama, me senté en el lecho y me pregunté si el vino habría acabado por paralizarle el corazón al viejo. El telegrama decía: aceptado libro envío contrato hoy. Hackmuth. Nada más. Solté el telegrama, que cayó sobre la alfombra revoloteando. Estaba atónito. Me senté en el suelo y me puse a besar el telegrama. Me metí bajo la cama y me quedé allí. Ya no me hacía falta la luz del sol. Ni la tierra, ni el cielo. Allí me quedé, contento, dispuesto a morir. Ya no podía sucederme nada más. Mi vida había concluido.

¿Llegaría el contrato por avión? Pasé los días que siguieron paseando con nerviosismo por la habitación. Leía la prensa. El correo aéreo era poco práctico, demasiado peligroso. Abajo el correo aéreo. Todos los días se estrellaban aviones, cubrían la tierra de restos metálicos y pilotos muertos: era demasiado inseguro, un riesgo temerario, ¿y dónde coño estaba mi contrato? Llamé a correos. ¿En qué condiciones estaba Sierra Nevada para la navegación aérea? En buenas condiciones. ¿ Se encontraban en buen estado todos los aviones? En buen estado. ¿No ha habido accidentes ni averías? Entonces, ¿dónde estaba mi contrato? Pasé mucho tiempo ensayando firmas. Resolví hacer uso de mi segundo nombre, del nombre completo, Arturo Dominic Bandini, A. D. Bandini, Arturo D. Bandini, A. Dominic Bandini. El contrato llegó el lunes por la mañana, correo especial. Con él venía adjunto un cheque de quinientos dólares. ¡Dios mío, quinientos dólares! ¡ Ya era de la familia Morgan! Me podía jubilar para el resto de mis días.

Guerra en Europa, un discurso de Hitler, jadeo en Polonia, tales eran los temas de actualidad. ¡Paparruchas! ¡Partidarios de la guerra, carcamales que pobláis el vestíbulo de la Pensión Alta Loma, he aquí la verdadera noticia, hela aquí: un papelito con las firmas, endosos y refrendos correspondientes, un sencillo papel, mi libro! A la porra el Hitler ese, esto es más importante que Hitler, se trata de mi libro. No zarandeará el mundo, no matará ni a una mosca, no disparará ningún fusil, pero lo recordaréis hasta el día en que os muráis, estaréis en la cama, a punto de dar el último suspiro y os sonreiréis al recordar el libro. La historia de Vera Rivken, un fragmento de vida.

No les interesaba. Preferían la guerra de Europa, los pasatiempos del periódico, y a Louella Parsons, a los que sufrían, a los pobres. Yo me sentaba en el vestíbulo de la pensión y cabeceaba con melancolía.

Alguien tenía que saberlo y este alguien era Camila. No la había visto desde hacía tres semanas, desde que fumamos marihuana en Temple Street. Pero ya no trabajaba en el bar. Había otra chica en su puesto. Le pregunté por Camila. La otra chica no respondió. El Columbia Buffet me pareció de pronto una tumba. Pregunté al barman gordo. Hacía dos semanas que Camila no aparecía por allí. ¿La habían despedido? No lo sabía. ¿Estaba enferma? No lo sabía. Tampoco él quería hablar.

*Me podía permitir el lujo de tomar un taxi. Me podía permitir el lujo de tomar veinte taxis, de utilizarlos día y noche. Llamé a uno y fuimos a Temple Street, a la casa de Camila. Llamé a la puerta y no respondió nadie. Traté con el tirador. Se abrió la puerta, oscuridad dentro, encendí la luz. La vi en la cama empotrada. Su cara era la cara de una rosa marchita, apresada y puesta a secar entre las páginas de un libro, lívida, sin más vida que la que los ojos manifestaban. La habitación hedía. Las persianas estaban echadas y me costó abrir la puerta hasta que di un puntapié a la alfombra pegada al umbral. Jadeó al verme. Estaba contenta de verme.*

—Arturo —murmuró— Oh, Arturo.

No le conté lo del libro ni lo del contrato. ¿A quién le importaban las novelas, otra novela de mierda? La comezón que sentía en los ojos era por ella porque mis ojos recordaban a la joven extravagante y esbelta que correteaba por la playa al claro de luna, a la joven hermosa que bailoteaba con una bandeja en los brazos redondos. Y allí estaba ahora, hecha una ruina,

con un cenicero rebosante de colillas parduscas al lado. Había dejado de luchar. Quería morir. Tales fueron sus palabras.

—No me importa —dijo.

—Tienes que comer algo —dije, porque la cara se le había reducido a un pellejo lívido y tirante pegado a la calavera. Me senté en la cama, le acaricié los dedos, le palpé los huesos y me sorprendió que los tuviera tan menudos, ella, que había sido alta, bien plantada y llena de curvas.

—Tienes hambre —dije. Pero no quería comer—. Come de todos modos.

Salí a comprar algo. Había un colmado en aquella misma calle, a unos metros de la casa. Pedí surtidos enteros. Póngame todo lo de allí, y todo lo de allá, póngame esto, póngame lo otro. Leche, pan, zumos envasados, fruta, mantequilla, verduras, carne, patatas. Tuve que hacer tres viajes para trasladarlo todo a casa de Camila. Cuando lo tuve todo amontonado en la cocina, miré las compras y me rasqué la cabeza, mientras me preguntaba qué le daría.

—No quiero nada -dijo.

Leche. Lavé un vaso y lo llené. Se incorporó, tenía el camisón rosa desgarrado a la altura del hombro y cuando se movió para incorporarse, el descosido se hizo mayor. Se tapó la nariz y se tomó la leche, tres tragos, boqueó y se echó de espaldas, horrorizada, asqueada.

—Zumo de frutas —dije—. Mosto. Es más dulce, sabe mejor. —Abrí una botella, llené un vaso y se lo tendí. Lo apuró de un trago, se echó de espaldas y se puso a jadear. Sacó la cabeza por el borde de la cama y vomitó. Limpié el vómito. Limpié el piso. Lavé los platos, despejé el fregadero. Le lavé la cara. Bajé corriendo, subí a un taxi y recorrí toda la ciudad en busca de un establecimiento donde comprar un camisón nuevo. Compré también caramelos, y un montón de revistas ilustradas, *Look, Pic, See, Sic, Sac, Whack* y toda la pesca, para que se distrajera, para que se calmara.

Cuando volví, la puerta estaba cerrada por dentro. Sabía lo que aquello significaba. La aporreé con los puños, la pateé con los pies. El alboroto se oía en toda la escalera. Se abrieron algunas puertas del mismo rellano, se asomaron algunas cabezas. Una mujer subía por las escaleras envuelta en un albornoz raído. Era la propietaria; podía identificar a una casera al instante. Se quedó al pie de las escaleras, temerosa de acercarse.

—¿Qué quiere usted? —dijo.

—Está cerrado —dije—. Tengo que entrar.

—Deje en paz a esa pobre chica —dijo—. Conozco a los de su clase. O deja en paz a la pobre chica o llamo a la policía.

—Soy amigo suyo —dije.

Del interior de la casa brotó la risa histérica y eufórica de Camila, el alarido vertiginoso de la negación.

—¡No es amigo mío! ¡No quiero que esté aquí! —Y otra carcajada, aguda, aterrada, como chillido de pájaro, prisionera entre las cuatro paredes de la habitación. El descansillo se había llenado de vecinos a medio vestir. La atmósfera se había vuelto peligrosa y amenazadora. Por el otro extremo del descansillo aparecieron dos hombres en mangas de camisa. El grandote del puro se tiró de los pantalones y dijo:

—Echemos a este tío de aquí.

Me puse en movimiento, me alejé de ellos a buen paso, dejé atrás la sonrisa despectiva de la casera y bajé las escaleras hasta el zaguán. Una vez en la calle, eché a correr. En el cruce de Temple y Broadway vi un taxi estacionado. Subí y dije al conductor que arrancara.

No, no era asunto mío. Pero recordaba, recordaba su mata de pelo negro, el abismo salvaje de sus ojos, el nudo que sentía en la boca del estómago cuando la conocí. Me mantuve alejado del lugar durante dos días, pero después ya no pude soportarlo: quería ayudarla. Quería rescatarla de aquella trampa engañosa, enviarla a algún punto del sur, junto al mar. Podía hacerlo. Tenía dinero a espuertas. Pensé en Sammy, pero la odiaba demasiado.

A Camila le haría mucho bien aunque sólo fuera salir de la ciudad. Decidí intentarlo otra vez.

Era mediodía. Hacía mucho calor, demasiado calor en el cuarto de la pensión. Era el calor lo que me impulsaba, el aburrimiento pegajoso, el polvo que pendía sobre la tierra, las ráfagas de viento tórrido que venían del desierto de Mojave. Me dirigí a la parte trasera de la casa de Temple Street. Vi una escalera de madera que llegaba hasta el segundo piso. En un día como aquél tendría la puerta abierta para que corriera el aire que ventilaría el lugar y saldría por la ventana.

Estaba en lo cierto. La puerta estaba abierta, pero Camila no estaba en casa. Sus cosas estaban en medio de la habitación, cajas y maletas con ropa que sobresalía. La cama seguía bajada, pero el colchón carecía de sábanas. El lugar estaba exento de vida. Me llegó entonces cierto olor a desinfectante. Habían fumigado la habitación. Bajé los peldaños de tres en tres hasta que llegué a la puerta de la propietaria del inmueble.

—¡Usted! —exclamó al abrirla—. ¡Usted! —y me la cerró en las narices.

—Soy amigo suyo —le rogué—. Se lo juro por Dios. Quiero ayudarla. Tiene usted que creerme.

—Váyase o llamo a la policía.

—Estaba enferma —dije—. Necesitaba ayuda. Quiero hacer algo por ella. Tiene usted que creerme.

Se abrió la puerta. La mujer me miró a los ojos. Era de estatura media, corpulenta, de cara ceñuda y carente de emociones.

—Pase —dijo.

Entré en un piso aburrido, lleno de adornos y extrañezas, hasta los topes de cachivaches fantásticos, un piano sobrecargado de fotos grandes, mantones de colores chocarreros, lámparas y vasos de fantasía. Me pidió que tomara asiento, pero no lo hice.

—La joven se ha ido —dijo—. Está loca. Tuve que hacerlo.

—¿Dónde está? ¿Qué ha ocurrido?

—Tuve que hacerlo. Por lo demás, era una buena chica.

Se había visto obligada a llamar a la policía: tal me contó. He aquí lo ocurrido en la noche del día que yo había estado allí. Camila se había vuelto loca, rompía platos, tiraba muebles por la ventana, gritaba y aporreaba las paredes, rasgaba las cortinas con un cuchillo. La casera había llamado a la policía. La policía había acudido, había echado la puerta abajo y la había contenido. Pero los agentes se habían negado a echarla a la calle. La habían contenido y tranquilizado hasta la llegada de la ambulancia. Se la habían llevado entre gemidos y forcejeos. La historia se acababa aquí, aunque el caso era que Camila debía tres semanas de alquiler y había causado daños irreparables en los muebles y el piso. La casera aventuró una cifra y le entregué el dinero. Me dio un recibo y me sonrió con hipocresía zalamera.

—Sabía que era usted un buen muchacho —dijo—. Lo supe en cuanto le vi por primera vez. Pero en esta ciudad no se puede fiar una de los extraños.

Fui al Hospital Provincial en tranvía. La enfermera de recepción consultó un fichero cuando le di el nombre de Camila López.

—Sí, está aquí —dijo—-. Pero no puede recibir visitas.

—¿Cómo se encuentra?

—No sabría decirle.

—¿Cuándo la podré ver?

El día de visita era el miércoles. Tenía que esperar otros cuatro días. Salí del vasto edificio y paseé por los alrededores. Miré las ventanas, paseé sin rumbo fijo por los alrededores. Cogí entonces el tranvía de regreso a Hill Street y Bunker Hill. Cuatro días de espera. Los pasé jugando a las máquinas tragaperras y a las máquinas de pulsadores. La suerte no me sonreía. Perdí un montón de dinero, pero maté un montón de tiempo. El martes por la tarde fui al centro y me puse a comprar cosas para Camila. Le compré una radio

portátil[1], una caja de bombones, una bata, y un sinfín de cremas faciales y cosas por el estilo. Fui luego a una floristería y pedí dos docenas de camelias. Apenas podía andar, de cargado como iba, cuando fui al hospital el miércoles por la tarde. Las camelias se habían marchitado durante la noche porque no se me había ocurrido ponerlas en agua. El sudor me chorreaba por la cara cuando subí la escalinata de entrada. Me notaba las pecas a punto de estallar, casi las sentía burbujeándome en la cara.

La enfermera de recepción era la misma. Dejé los regalos en una silla y pregunté por Camila López. La enfermera consultó el fichero.

—La señorita López ya no está aquí —dijo—. La han trasladado.

Me sentía acalorado y muerto de cansancio.

—¿Dónde está? -dije.

Lancé un gruñido cuando me respondió que no podía decírmelo.

—Soy amigo suyo —dije a la enfermera—. Quiero ayudarla.

—Lo siento -dijo la enfermera.

—¿Quién me lo puede decir?

Exacto: ¿ quién me lo podía decir? Recorrí el hospital entero, de arriba abajo. Consulté con médicos y auxiliares, consulté con enfermeras y A.T.S. Esperé en vestíbulos y pasillos, pero nadie sabía decirme nada. Todos echaban mano del pequeño fichero y todos me decían lo mismo: que la habían trasladado. Pero que no había muerto. Todos lo negaban tras abordar el tema con presteza; no, morirse, no se había muerto: sólo se la habían llevado a otro sitio. Todo fue inútil. Salí por la puerta principal a la luz cegadora del sol y me dirigí a la parada del tranvía. Al subir a uno me acordé de los regalos. Me los había dejado no sé dónde; no alcanzaba a recordar en qué sala de espera. No me importó y volví desconsolado a Bunker Hill.

Si la habían trasladado, ello quería decir que la habían trasladado a otra institución regional o comarcal, porque Camila no tenía dinero. Dinero. Yo sí lo tenía. Tenía tres bolsillos repletos de dinero y más aún en casa, en los otros pantalones. Podía reunirlo todo y dárselo a quien fuera, pero el caso es que ni siquiera sabían explicarme lo que le había ocurrido. ¿Para qué servía el dinero? Lo iba a gastar de todos modos, y aquellos pasillos, aquellos pasillos que olían a éter, aquellos médicos enigmáticos que hablaban en voz baja, aquellas enfermeras silenciosas y reservadas me habían sumido en la perplejidad. Bajé mareado del tranvía. En mitad de las escaleras de Bunker Hill me senté en un portal y contemplé la ciudad que se extendía a mis pies envuelta en la neblina borrosa y polvorienta del anochecer. El calor venía de la neblina y me entraba por la nariz al respirar. Sobre la ciudad pendía una turbiedad semejante a una cúpula de bruma. Pero no era niebla, era el calor del desierto, las ráfagas turbulentas que venían de los desiertos de Mojave y Santa Ana, los dedos largos y pálidos de la tierra estéril que reclamaba su presa en aquellas incursiones reiteradas e incesantes.

Averigüé al día siguiente lo que le había sucedido a Camila. Puse una conferencia desde un drugstore del centro y me respondió la centralita del Psiquiátrico Provincial, que estaba en Del María. Pregunté a la telefonista por el nombre del médico que estaba a cargo de la institución.

—El doctor Danielson —dijo.

—Póngame con su despacho.

Introdujo la clavija correspondiente y escuché otra voz femenina.

—Despacho del doctor Danielson.

—Aquí el doctor Jones —dije—. Quisiera hablar con el doctor Danielson. Es urgente.

—Un segundo, por favor.

[1] No la confunda el lector con la radio de transistores; los transistores se inventaron en 1948 y la presente novela se publicó en 1939 (N. del T.)

A continuación, una voz masculina.

—Danielson al habla.

—Qué tal —dije—. Soy el doctor Jones, Edmond Jones, de Los Angeles. Tienen ustedes ahí a una paciente que ingresó procedente del Hospital Provincial, una tal Camila López. ¿Cómo se encuentra?

—Pues no sabría decirle -dijo Danielson—. Aún está en observación. ¿Ha dicho usted Edmond Jones?

Colgué. Por lo menos me había enterado de dónde estaba. Pero saberlo era una cosa •y querer verla otra distinta. No había ni que planteárselo. Hablé con gente que estaba al tanto de los procedimientos. Había que ser pariente del enfermo y esto tenía que demostrarse. Había que escribir para solicitar una visita, que se concertaba después de las averiguaciones pertinentes. No se podía escribir cartas a los enfermos ni mandarles regalos. No fui a Del Maria. Me contenté con hacer cuanto estaba en mi mano. Se había vuelto loca y no era asunto mío. Además, estaba enamorada de Sammy.

Pasaron los días, llegaron las lluvias de invierno. Octubre tocaba a su fin cuando recibí las pruebas de imprenta de mi libro. Me compré un coche, un Ford de 1929. No tenía capota, pero corría como el viento y cuando llegaron los días de cielo despejado emprendí viajes largos, siguiendo la línea azul de la costa, a Ventura y Santa Bárbara por el norte, a San Clemente y San Diego por el sur, siguiendo la raya blanca del asfalto, bajo las estrellas acechantes, con el pie apoyado en la consola de mandos, con la cabeza llena de proyectos para escribir otro libro, una noche, y otra, y otra, noches todas que en conjunto me proporcionaron una serie de días delirantes y visionarios como nunca había conocido, días serenos cuyo sentido temía cuestionarme. Patrullaba por la ciudad con el Ford: encontraba callejones misteriosos, árboles solitarios, casas antiguas y medio derruidas que procedían de un pasado desaparecido. Vivía en el Ford día y noche y no me detenía más que el tiempo necesario para pedir una hamburguesa y un café en desconocidos restaurantes de carretera. Aquello era vivir, dejarse llevar y detenerse para proseguir inmediatamente después, siguiendo siempre la raya blanca que corría paralela a la costa llena de accidentes, descansar un momento al volante, encender otro cigarrillo y observar como un tonto el cielo abrumador del desierto para preguntarse por el significado de las cosas.

Una noche llegué al punto de Santa Mónica donde Camila y yo nos habíamos bañado en el curso de los primeros días. Me detuve y contemplé las olas espumosas y la calígine llena de incógnitas. La recordé corriendo entre los rugidos coronados de espuma, deleitándose en la libertad salvaje de aquella noche. Camila. Qué criatura.

Y llegó aquella noche de mediados de noviembre en que me puse a pasear por Spring Street para curiosear en las librerías de lance. El Columbia Buffet estaba apenas a una manzana de distancia. «Por la cosa aquélla», me dije, «por los viejos tiempos», y entré en el bar y pedí una cerveza. Yo era ya un veterano. Podía mirar a mi alrededor con sonrisa irónica y recordar la época en que el bar había sido un sitio extraordinario. Pero nada más. Nadie me conocía, ni la nueva camarera de la barra, que se llenaba las quijadas de chicle, ni las dos intérpretes que seguían tocando los *Cuentos de los bosques de Viena* con violín y piano.

Pese a todo, el camarero gordo se acordaba de mí. Steve, Vince, o Vinnie, como porras se llamase.

—Hace tiempo que no te vemos por aquí -dijo.

—Desde lo de Camila —dije.

Chascó la lengua.

—Mala suerte —dijo—. Una buena chica, por lo demás. —Aquello fue todo. Me tomé otra cerveza y luego otra. Me pagó la cuarta y yo le invité a la siguiente ronda. Transcurrió una hora de esta guisa. De pronto se detuvo ante mí, metió la mano en el bolsillo y sacó un

recorte de periódico.

—Supongo que lo verías —dijo. Cogí el recorte. Era una noticia muy breve, con un titular de dos líneas, al final de una página interior.

> *La policía local ha comenzado hoy la búsqueda de Camila López, de 22 años, de la ciudad de Los Angeles, cuya desaparición del psiquiátrico de Del María fue descubierta anoche por las autoridades.*

El recorte era de hacía una semana. Dejé la cerveza en el mostrador y salí corriendo a la calle, colina arriba, hasta llegar a mi habitación. Algo me decía que iba a presentarse allí. Presentía su deseo de volver a mi cuarto. Acerqué una silla, me senté con los pies apoyados en el alféizar de la ventana, las luces encendidas, fumando y a la espera. Intuía desde lo más profundo que acudiría, ya que estaba convencido de que no existía ninguna otra persona a la que pudiera recurrir. Pero no apareció. Me fui a dormir, aunque dejé la luz encendida. Me quedé en la habitación casi todo el día siguiente y toda la noche, en espera del crepitar de las piedrecillas en la ventana. Después de tres noches de espera, comenzó a desvanecérseme la convicción de que iba a presentarse. No, no iba a ir a mi casa. Correría en busca de Sammy, en busca de su amor verdadero. La última persona en quien pensaría sería Arturo Bandini. Lo que tampoco me venía mal. Al fin y a la postre, yo era ya novelista, y en cierto modo un poco cuentista también, aunque esté feo que lo diga uno mismo.

A la mañana siguiente recibí su primer telegrama a cobro revertido. Era una petición de dinero que había que remitir a Rita Gómez, oficinas de la Western Union, San Francisco. Había firmado «Rita» el telegrama, pero estaba claro de quién se trataba. Le envié veinte dólares y la telegrafié diciéndole que se dirigiera al sur, a Santa Bárbara, donde me reuniría con ella. He aquí su contestación: «Prefiero ir al norte gracias lo siento Rita».

El segundo telegrama procedía de Fresno. Era otra petición de dinero que había que enviar a Rita Gómez, estafeta de Telégrafos. Lo recibí dos días después del primero. Fui al centro y le mandé quince dólares. Estuve un buen rato en la estafeta, tratando de escribir el mensaje que había de acompañar al dinero, pero no me pude concentrar. Al final desistí y le mandé el dinero sólo. Nada de cuanto yo dijera le importaría nada a Camila López. Aunque algo sí me había quedado claro. Me lo juré mientras regresaba a la pensión: no volvería a sacarme más dinero. Tenía que ser más cuidadoso en lo sucesivo.

El tercer telegrama me llegó el domingo por la noche, con mensaje idéntico, esta vez procedente de Bakersfield. Durante dos horas me aferré a la resolución que había tomado. Luego me la imaginé vagabundeando por ahí, sin un céntimo, probablemente a merced de la lluvia. Le mandé cincuenta dólares con un mensaje que le recomendaba comprarse ropa y resguardarse de la lluvia.

## 18

T R E S noches más tarde volvía de un paseo en coche y me encontré cerrada por dentro la puerta de la habitación. Sabía lo que aquello significaba. Llamé, pero no obtuve ninguna respuesta. Grité su nombre. Me precipité por el pasillo, camino de la puerta trasera y subí por la falda de la colina hasta llegar a la altura de mi ventana. Quería cogerla con las manos en la masa. La ventana estaba cerrada y se había echado la persiana, pero había un resquicio por el que se podía ver el interior. Una lámpara de mesa me permitía verlo a placer, aunque a ella no la vi por ninguna parte. La puerta del ropero estaba cerrada y caí en la cuenta de que se

encontraba allí dentro. Forcé la ventana sin hacer ruido y me colé en el cuarto. No vi en el suelo los felpudos de la cama. Me acerqué de puntillas a la puerta del ropero. La oí moverse como si estuviera sentada en el suelo. Percibí a lo lejos el olor tomilláceo de la marihuana.

Fui a coger el pomo de la puerta, pero de golpe y porrazo se me quitaron las ganas de sorprenderla. La impresión sería tan perjudicial para mí como para ella. Recordé entonces algo que me había sucedido de pequeño. Yo estaba en un ropero semejante a aquél y mi madre lo abrió de repente. Me acordé del terror que me produjo el que me descubrieran, me aparté de puntillas de la puerta y me senté en la silla que había ante la mesa. Al cabo de cinco minutos ya no aguantaba estar en la habitación. No quería que ella lo supiera. Salí por la ventana, la cerré y volví a la puerta trasera de la pensión. Esperé un tiempo prudencial. Cuando supuse acabada la sesión, me acerqué a pasos ruidosos a la puerta del cuarto y entré como si tal cosa.

Estaba en la cama protegiéndose los ojos con mano enjuta.

—¡Camila! —exclamé—. ¡Tú aquí!

Se incorporó y me miró con ojos negros y delirantes, negros y errantes, sumidos en fantasías, con el cuello vuelto y en una tensión que le realzaba los músculos. Nada tenía que decir con los labios, pero sus facciones cadavéricas, el tamaño y blancura excesivos de los dientes, la sonrisa asustada me hablaron con diáfana elocuencia del horror que presidía sus días y sus noches. Me mordí los labios para no llorar. Al acercarme a la cama, alzó las rodillas con miedo para encogerse y adoptar la posición fetal, como si esperase algún golpe.

—Tranquilízate —dije—. Pronto estarás bien. Tienes muy buen aspecto.

—Gracias por el dinero —dijo, y la voz fue la misma, profunda pero nasal. Se había comprado ropa. Eran prendas baratas y de mal gusto: un vestido amarillo chillón de un tejido que imitaba la seda, cinturón negro de terciopelo, zapatos azules y amarillos, y calcetines cortos con franjas verdes y rojas en la parte del elástico. Se había hecho las uñas, que llevaba pintadas de rojo sangre, y en cada muñeca lucía una pulsera de cuentas verdes y amarillas. Todo ello subrayado por la lividez exangüe de la cara y el cuello. Con el uniforme blanco del trabajo había tenido siempre un aspecto inmejorable. No le hice ninguna pregunta. Cuanto quería saber lo llevaba escrito con frases atormentadas en la desolación del rostro. No me parecía que sufriese ninguna clase de locura. Más bien parecía miedo, un terror pánico que me chillaba desde los ojos dilatados y ávidos, en guardia en aquel instante a causa de la droga.

No podía quedarse en Los Angeles. Necesitaba descansar, tiempo para comer y dormir, beber mucha leche y dar largos paseos. Me puse a hacer planes enseguida. ¡Laguna Beach! Era el lugar que le convenía. Como estábamos en invierno, no sería difícil dar con un sitio barato. Cuidaría de ella y comenzaría otro libro. Se me había ocurrido un nuevo argumento novelesco. No hacía falta que nos casáramos, bastaba con que pasásemos por hermanos. Iríamos a nadar y pasearíamos durante horas por la playa de Balboa. Nos sentaríamos ante el fuego del hogar cuando hubiese mucha niebla. Y cuando el viento irritase el mar, nos arroparíamos con mantas muy gruesas para dormir. La idea básica era ésta, pero la adorné y la fui vertiendo en sus oídos como palabras de un libro mágico, la cara se le iluminé y se echó a llorar.

—¡Y un perro! —dije--.—. Te regalaré un perrito. Un cachorrillo. Un terrier escocés. Y le llamaremos Willie.

Dio un par de palmadas.

—¡Willie! —exclamó—. ¡Aquí, Willie, ven aquí!

—Y un gato —dije—. Un gato siamés. Le llamaremos Chang. Un buen gatazo de ojos dorados.

Sufrió un escalofrío y se tapó la cara con las manos.

—No —dijo—. No soporto los gatos.

—De acuerdo. Nada de gatos. Tampoco yo los soporto.

Lo estaba reproduciendo todo en la imaginación, componiendo un cuadro con el pincel de la fantasía, y el júbilo le brillaba en los ojos con la intensidad del cristal.

—Y también un caballo —dijo—. Cuando ganes mucho dinero, los dos tendremos un caballo.

—Voy a ganar millones —dije.

Me desnudé y me metí en la cama. Durmió mal, sufría una sacudida brusca y despertaba, y cuando estaba dormida se quejaba y murmuraba. Se incorporó en cierto momento de la noche, encendió la luz y se fumó un cigarrillo. Yo mantuve los ojos cerrados, procurando dormir. No tardó en levantarse, se puso mi albornoz sobre los hombros y fue en busca del bolso, que estaba encima de la mesa. Era un bolso de hule blanco y estaba lleno de cosas. La oí arrastrarse con mis zapatillas por el pasillo, camino del lavabo. Estuvo fuera diez minutos. Cuando volvió, había recuperado la calma. Me creyó dormido y me besó en la sien. Percibí el olor de la marihuana. Durmió profundamente el resto de la noche con la paz dibujada en el rostro.

Salimos por la ventana de la pensión a las ocho de la mañana y nos dirigimos a la parte trasera del edificio, donde tenía estacionado el Ford. Estaba descompuesta, con la expresión malhumorada de los que no han dormido. Atravesé la ciudad, llegamos a Crenshaw y de aquí pasamos a Long Beach Boulevard. Camila iba con el ceño fruncido, gacha la cabeza, el viento frío de la mañana peinándole el cabello. En Maywood nos detuvimos para desayunar en un restaurante de carretera. Yo tomé salchichas con huevos, zumo de frutas y café. Ella no quiso tomar nada más que un café solo. Le dio un sorbo y encendió un cigarrillo. Yo quería inspeccionarle el bolso, porque sabía que allí escondía la marihuana, pero se aferraba a él como a la vida misma. Tomamos otro café y volvimos al coche. Se sentía mejor, aunque seguía con un humor de perros. No pronuncié palabra.

Unos tres kilómetros antes de llegar a Long Beach encontramos una granja dedicada a la cría de perros. Entramos en ella, bajamos del coche. Había palmeras y eucaliptos en el patio de entrada. Una docena de perros, procedentes de todos los puntos, se lanzó sobre nosotros entre ladridos de alegría. Los perros la querían, intuían al instante que Camila era amiga suya, y por primera vez en el curso de aquella mañana, la joven sonrió. Había perros pastores, perros policías y terrieres. Camila se dejó caer de rodillas para abrazarlos, pero no tardó en sentirse abrumada entre tanto gañido y lengua rosada y colgante. Cogió un terrier en brazos y lo acunó como a un niño, canturreándole con afecto. La cara le resplandecía otra vez, otra vez se le coloreaba; otra vez era la cara de la Camila de siempre.

El propietario de la perrera salió del soportal trasero. Era un anciano de barbita cana que andaba cojeando con ayuda de un bastón. Los perros no me prestaban mucha atención a mí. Se me acercaban, me olisqueaban los zapatos y las piernas y se alejaban con brusquedad, con desprecio manifiesto. No es que les disgustara, sino que preferían a Camila por su sentimentalismo desbordante y su extraño lenguaje canino. Dije al anciano que queríamos un cachorro y me preguntó de qué clase. Tenía que decidirlo Camila, pero la muchacha no tenía la cabeza para aquellos lances. Inspeccionamos diversas camadas. Todos los ejemplares eran conmovedoramente pequeños, pelotitas peludas que despertaban la ternura de un modo irresistible. Por último vimos un perro que le gustó: un perro pastor totalmente blanco. Aún no tenía seis semanas y ya estaba tan gordo que apenas podía andar. Camila lo puso en el suelo y el animal anduvo tambaleándose entre sus piernas, se alejó un metro, se sentó y se quedó dormido al instante. Fue el cachorro que más le interesó.

Tragué saliva cuando el anciano dijo «Veinticinco dólares», pero nos quedamos con el perro, con sus certificados, y la madre igualmente blanca que nos siguió hasta el coche, ladrándonos como para decirnos que a ver si lo criábamos bien. Al ponernos en marcha miré por encima del hombro. Vi en el camino a la madre blanca como la nieve, con las preciosas

orejas levantadas, la cabeza ladeada, observándonos mientras accedíamos a la autopista.

—Willie —dije—. Se llama Willie.

Lo llevaba Camila en el regazo y el animal se puso a gemir.

—No —dijo ella— Se llama Blancanieves.

—Pero ése es un nombre femenino.

—No importa.

Me desvié hacia el arcén.

—Sí importa —dije—. O le pones otro nombre o se queda.

—Está bien —transigió—. Se llamará Willie.

Me sentí mejor. No nos habíamos peleado. Willie la estaba ayudando ya. Camila se había vuelto dócil y parecía dispuesta a enfocar las cosas con lógica. Le había desaparecido la tensión y el relajamiento le dulcificaba la línea de los labios. Willie dormía como un tronco en el regazo femenino, aunque tenía el meñique de Camila en la boca. Ya en la zona sur de Long Beach, nos detuvimos ante un drugstore y compramos un biberón y una botella de leche. Cuando Camila metió el biberón en la boca de Willie, el animal abrió los ojos. Se puso a mamar como un bendito. Camila alzó los brazos, se pasó las manos por el pelo y bostezó con complacencia. Estaba contentísima.

Seguimos la preciosa costa blanquecina, siempre en dirección sur. Conducía despacio. Un día hermoso, el cielo del mismo color que el mar, el mar del mismo color que el cielo. A la izquierda, las colinas doradas, el oro invernal. Un día para no abrir la boca, para admirar los árboles solitarios, las dunas, los montículos de piedras blancas que flanqueaban la carretera. La tierra de Camila, su patria, el mar y el desierto, la tierra hermosa, el cielo inconmensurable, y muy lejos, hacia el norte, la luna, que no se había movido desde la noche anterior.

Llegamos a Laguna antes de mediodía. Entre que entrábamos y salíamos de las inmobiliarias y visitábamos las casas, tardamos dos horas en dar con lo que queríamos. A Camila le gustaban todas. Willie la absorbía ya por completo. No le importaba el lugar donde tuviese que vivir mientras estuviera con el perro. La casa que me gustó era de techo a dos aguas, estaba rodeada por una valla blanca y se encontraba a menos de cincuenta metros de la costa. El patio trasero era una balsa de arena blanca. Estaba totalmente amueblada, llena de cortinas claras y acuarelas. Fue la que más me gustó porque la habitación del piso superior me convenía. Daba a la playa. Instalaría la máquina de escribir junto a la ventana y podría trabajar. Trabajaría mucho, ay de mí, junto a aquella ventana. Me bastaría con mirar por la ventana para que me viniese la inspiración, y el caso es que de sólo mirar aquel cuarto ya me sentía inquieto y veía desfilar las frases por los folios.

Cuando bajé, Camila se había ido con Willie a dar un paseo por la playa. Me quedé en la puerta trasera para observarles, a unos trescientos metros. Vi a Camila inclinarse, batir palmas y echar a correr ante un Willie que la siguió dando traspiés. La verdad es que no veía a Willie a causa de su tamaño reducido y de lo mucho que se confundía con la blancura de la arena. Entré en la casa. Vi el bolso de Camila en la mesa de la cocina. Lo abrí, vacié el contenido del bolso en la mesa. Cayeron dos latas Prince Albert llenas de marihuana. Las vacié en el lavabo y eché las latas a la basura.

Luego salí al soportal y me senté en los peldaños de acceso para tomar el sol y observar a Camila y al perro, que ya emprendían el camino de vuelta. Eran las dos más o menos. Tenía que volver a Los Angeles, liar los bártulos y pagar la cuenta de la pensión. Tardaría unas cinco horas. Di dinero a Camila para que comprase comida y cuantas cosas hicieran falta en la casa. Cuando me fui, estaba tendida de espaldas, de cara al sol. Willie dormía como un tronco, acurrucado en su estómago. Me despedí, desembragué y puse rumbo a la autopista de la costa.

Mientras volvía cargado con la máquina de escribir, los libros y las maletas, se me pinchó

una rueda. No tardó en caer la noche. Eran casi las nueve cuando entré en el patio de la casa de la playa. Las luces estaban apagadas. Abrí la puerta principal con la llave y llamé a Camila. No obtuve respuesta. Encendí todas las luces y miré en todas las habitaciones, en todos los armarios. Había desaparecido. No había ni rastro de ella ni de Willie. Trasladé los bultos del vehículo. Tal vez se hubiera ido con el perro a dar otro paseo. Pero sabía que me engañaba. Se había marchado. A medianoche dudaba ya de que volviera y hacia la una estaba convencido de que no lo haría. Volví a recorrer la casa en busca de una nota, de algún mensaje. No había el menor rastro. Como si jamás hubiera puesto el pie en aquella casa.

Resolví quedarme. Había pagado el alquiler de un mes y quería probar el cuarto de arriba. Dormí allí aquella noche, pero por la mañana empecé a aborrecer el lugar. Con Camila formaba parte de un sueño; sin ella, no era más que una casa. Amontoné mis enseres en el asiento abatible y volví a Los Angeles. Al presentarme otra vez en la pensión, me dijeron que por la noche se había alquilado mi cuarto. Todo salía mal. Me dieron otra habitación, en la planta baja, pero no me gustó. Todo comenzaba a desarticularse. El nuevo cuarto me resultaba extraño, frío y exento de recuerdos. Al mirar por la ventana, vi que el suelo estaba a seis metros de distancia. Ya no volvería a salir por la ventana, ya no habría más piedrecillas contra los vidrios. Puse la máquina de escribir en un sitio, luego en otro. No parecía estar bien en ninguna parte. Algo marchaba mal, todo marchaba mal.

Me fui a la calle a dar un paseo. Dios mío, heme aquí otra vez, pateando la ciudad. Miraba las caras en derredor y sabía que no eran diferentes de la mía. Caras exangües, caras tensas, preocupadas, desorientadas. Caras semejantes a flores arrancadas de cuajo y metidas en floreros bonitos, flores cuyos colores y matices se marchitarían pronto. Tenía que escapar de aquella ciudad.

## 19

M I libro se publicó una semana después. Durante un tiempo fue muy divertido. Entraba en los grandes almacenes y lo veía rodeado de miles de volúmenes como él, mi libro, mis palabras, mi nombre, mi razón de vivir. Pero no me proporcionaba un placer comparable al que me había deparado el ver *El perrito rió* en la revista de Hackmuth.

Aquella época había desaparecido para siempre. Y no recibía ni una sola carta de Camila, ni un mísero telegrama. Le había dado quince dólares. Sabía que no le durarían más de dos semanas. Pensé que me telegrafiaría en cuanto se quedara sin blanca. Camila y Willie. ¿ Qué

habría sido de ambos?

Postal de Sammy. Cuando volví por la tarde, la vi en el buzón. Decía:

> *Estimado Bandini: la mexicana está aquí y ya puedes figurarte cómo me siento con mujeres alrededor. Si es tu novia, será mejor que vengas y te la lleves, porque no quiero tenerla por aquí. Sammy.*

La postal era de hacía dos días. Llené el depósito de gasolina, puse un ejemplar de la novela en el asiento delantero y puse rumbo al desierto de Mojave, al domicilio de Sammy.

Llegué después de medianoche. Salía luz de la única ventana de la casucha. Llamé y Sammy me abrió la puerta. Antes de decir nada, miré en derredor. Sammy volvió a una silla pegada a una lámpara de queroseno, cogió una revista barata de historietas de vaqueros y reanudó la lectura. No dijo nada. No había ni rastro de Camila.

—¿Dónde está? —dije.

—Que me ahorquen si lo sé. Se ha ido.

—Querrás decir que la echaste.

—No quiero que esté aquí. Estoy enfermo.

—¿Adónde ha ido?

Me indicó el sureste con el pulgar.

—Por allí, a cualquier parte.

—¿Al desierto?

Negó con la cabeza.

—Con el cachorro —dijo—. Con el perrito. Un animalejo más listo que el hambre.

—¿Cuándo se fue?

—El domingo por la noche —dijo.

—¡El domingo! —dije—. ¡Por el amor de Dios, hombre! ¡De eso hace ya tres días! ¿Se llevó algo de comer o de beber?

—Leche —dijo—. Se llevó una botella de leche para el perro.

Salí, me alejé de la casucha y oteé el horizonte del suroeste. Hacía mucho frío, la luna estaba en lo alto y las estrellas se apelotonaban en prietos racimos que tachonaban la bóveda azul del cielo. Por el oeste, el sur y el este no había más que una llanura desolada de matojos, yucas y cerros chatos. Volví corriendo a la cabaña.

—Sal e indícame por dónde se fue —dije.

Sammy dejó la revista y señaló hacia el sureste.

—Por allí —dijo.

Le tiré la revista de un manotazo, lo cogí por la nuca y lo saqué a la noche del exterior. Estaba muy delgado, pesaba poco y perdía el equilibrio con facilidad.

—Indícamelo —dije.

Nos alejamos de la cabaña y me gruñó que estaba enfermo y que yo no tenía ningún derecho a maltratarle. Y comenzó a arreglarse la camisa y a ajustarse el cinturón.

—Dime por dónde se fue la última vez que la viste —le dije.

—Se fue hacia aquellos cerros —me dijo, señalándomelos con el dedo.

Lo dejé allí mismo y anduve unos cuatrocientos metros hasta alcanzar la cima de los cerros. Hacía tanto frío que me subí el cuello de la chaqueta. La tierra que pisaban mis pies, lecho de algún mar prehistórico, era un revoltillo de arena oscura y gruesa y piedras pequeñas. Más allá de aquellos cerros había otros cerros idénticos, cientos de cerros que se prolongaban hasta el infinito. La tierra arenosa no revelaba ninguna huella, ninguna señal de que se hubiera pisado. Seguí andando, bregando con el suelo engañoso que cedía un poco y a continuación se nivelaba con grumos de arena gris.

Tras recorrer lo que se me antojó algo más de tres kilómetros, me senté a descansar en

una piedra redonda y blanca. Estaba sudando y sin embargo hacía un frío que pelaba. La luna descendía hacia el norte. Tenían que ser las tres y pico. Había caminado a paso uniforme, pero con lentitud, a paso de viandante, y los cerros y montículos seguían prolongándose sin fin, sin otra vegetación a la vista que cactos, artemisas y matojos de aspecto feo que no sabía distinguir en el oscuro horizonte.

Recordaba los mapas de la zona. No había carreteras, ni pueblos, ni vida humana entre aquel punto y el límite opuesto del desierto, nada salvo tierra estéril a lo largo de ciento cincuenta kilómetros. Me incorporé y seguí andando. Estaba aterido de frío, pero continuaba sudando. El este grisáceo se iluminó, cambió al rosa, luego al rojo y a continuación emergió la gigantesca bola de fuego de entre las montañas ennegrecidas. En toda aquella desolación dominaba una pasividad abrumadora, la rutina desganada del día que sigue a la noche, y no obstante, la intimidad misteriosa de las montañas, su milagro consolador y mudo, convertían a la muerte en un acontecimiento de escasa importancia. Moría una persona y el desierto mantenía su muerte en secreto, seguía acosándola hasta cubrir su recuerdo con viento, calor y frío inmemoriales.

Era inútil. ¿Cómo la buscaría? ¿Por qué tenía que buscarla? ¿Qué le podía ofrecer, salvo un retorno a la sociedad bárbara que había acabado con ella? Deshice lo andado a la luz del amanecer, melancólico a la luz del amanecer. Ahora pertenecía a las montañas. ¡Que las montañas la cobijasen! Que volviera a la soledad de aquellas montañas secretas. Que viviera con las piedras y el cielo, con el viento azotándole el cabello hasta el final. Que viviera de aquel modo.

Cuando llegué a la cabaña, el sol estaba alto. Ya hacía calor. Vi a Sammy en la puerta.

—¿La has encontrado? —preguntó.

*No le respondí. Estaba cansado. Me observó durante unos instantes y desapareció en la casucha. Oí que echaba el cerrojo a la puerta. Del suelo del desierto se despegaba la lejana neblina temblorosa del calor. Fui sendero arriba hasta llegar al coche. En el asiento estaba el ejemplar de mi novela, mi primera novela. Encontré un lápiz, abrí el libro por la primera página en blanco y escribí:*

*Para Camila con amor,*
*Arturo*

Me adentré con el libro en el desierto un centenar de metros, en dirección sureste. Lo arrojé con todas mis fuerzas por donde se había ido Camila. Luego volví al vehículo, lo puse en marcha y emprendí el regreso a Los Angeles.